

EL GENERAL
MARTINEZ CAMPOS
EN CUBA

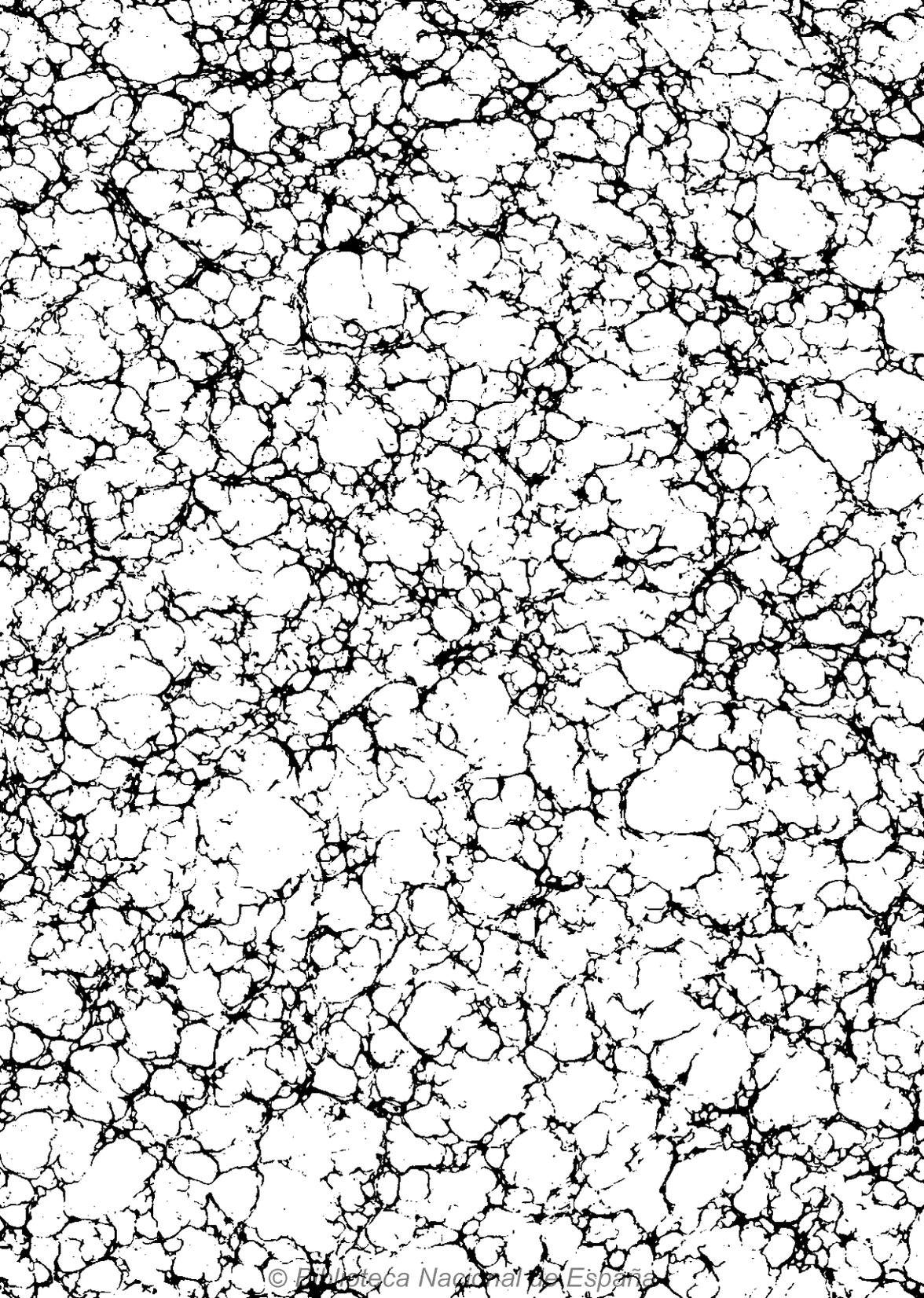
8841

M. B. U.

B.U.
2.062

H-A

8841



1894

EL GENERAL
MARTINEZ CAMPOS
EN CUBA

RESEÑA POLÍTICO-MILITAR DE LA ÚLTIMA CAMPAÑA
POR T. O.

(Noviembre de 1876 á Junio de 1878.)

MADRID

IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1878.

EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS EN CUBA.

EL GENERAL
MARTINEZ CAMPOS
EN CUBA

RESEÑA POLÍTICO-MILITAR DE LA ÚLTIMA CAMPAÑA
P O R T. O.

(Noviembre de 1876 á Junio de 1878.)



MADRID
IMPRESA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
—
1878

Á SUS QUERIDOS HERMANOS.

Poco nuevo encontrareis en un libro que recopila mis cartas, pero estoy seguro de que os será doblemente grato, como una página de la historia de amigo, y como trabajo de vuestro cariñoso hermano,

T. O.



PRÓLOGO.

La paz tan ardientemente deseada es un hecho en Cuba; la insurreccion armada ha concluido; las fincas devoradas por el incendio empiezan á reconstruirse; los campos yermos y abandonados tanto tiempo há, empiezan á animarse con un trabajo reparador, y la esperanza de mejores tiempos alienta á insulares y peninsulares, españoles todos, uniéndolos por intereses, aspiraciones y esfuerzos comunes, como lo están por sus costumbres, lenguaje, religion y lazos de familia.

La guerra ha terminado: ha llegado la hora del estudio y sobre todo la del trabajo; la de examinar las causas que la produjeron, las faltas y errores que la prolongaron, las salvadoras medidas que han puesto fin á la sangrienta lucha; conocimiento necesario para caminar con seguridad hácia la consolidacion de obra tan anhelada como dificilmente llevada á cabo.

No es mi ánimo hacer un estudio estratégico de la campaña: inteligencias mejores y más competentes se ocupan de un estudio militar tan interesante, por las provechosas lecciones que de él se han de deducir; tampoco voy á hacer un estudio político, hecho en gran parte ya, en numerosos folletos, memorias y otras publicaciones, cuya compilacion y análisis quitaria á mi trabajo el único mérito que tener pudiera: el de la oportunidad.

Pero si la falta de tiempo, y de competencia, me impiden hacer un completo estudio militar y político; reseñar lo que esta guerra ha sido, indicar las causas de su prolongacion; apuntar las dificultades vencidas, los trabajos sufridos por nuestro ejército sobre todo en la última campaña; dar á conocer el plan y la conducta politico-militar á que tan brillantes resultados debemos; examinar las causas que originaron el conflicto, y el espíritu del país al terminarlo, deduciendo de tan sangrientas lecciones, provechosa enseñanza, que nos haga mejores y más precavidos para el porvenir, son aún tratadas á la ligera materias sobrado difíciles, y que sólo tengo una excusa para abordar: la buena fe y el amor á mi patria.

Seré muy escaso en censuras y alabanzas personales; no puedo abarcar en un folleto los mandos politico-militares de once generales en jefe, influidos casi siempre por gobiernos que han variado cinco veces de forma, durante la guerra, y muchas más de ministerios que los representaran; y conoz-

co demasiado al jefe militar que ha dirigido la última campaña, objeto más inmediato de mi estudio, para prodigarle elogios, que aún siendo tan merecidos lastimarian su modesto carácter.

La opinion pública, con su sincero agradecimiento, su respetuoso cariño y su sentimiento de admiracion, son ya elogios más elocuentes y halagadores que las frases más ampulosas; y sé que el agradecimiento, el cariño, el respeto y la admiracion públicos, fundados hoy sobre las sólidas bases de una reputacion moral y una historia militar envidiable, crecerán más y más, á medida que los hechos de una campaña, poco brillante por su naturaleza, y casi desconocida en sus detalles, vayan haciendo del dominio público su ardiente patriotismo, su celosa buena fe, su incansable actividad, su exagerado desinterés, y sobre todo, el olvido de sí mismo y los nobles móviles de su conducta en las difíciles circunstancias que le han rodeado. Ningun elogio mejor que una sencilla narracion de esta campaña.

Algunas de mis aseveraciones parecerán duras y amargas para mi propia patria, pero la patria no es, no debe ser solidaria de medidas que se toman sin su acuerdo, contra su voluntad; y por otra parte, hay en mi juicio más patriotismo en decir la verdad que en adular á un pueblo disculpando sus faltas y haciéndole creer que no puede cometer errores.

Cuba 10 de Junio de 1878.

I.

OJEADA RETROSPECTIVA.

Principio de la insurreccion. — Separacion de bandos. — Nuestra imprevision. — Causas que han prolongado la guerra. — Concentracion de fuerzas y habitantes. — Sistemas de operaciones. — La Restauracion. — Fin de la guerra carlista. — Renuncia del general Jovellar. — Nombramiento del general Martinez Campos. — Su aceptacion y embarque.

La Revolucion de Setiembre habia arrojado del trono á la reina Isabel; el Gobierno provisional presidido por Serrano acababa de instalarse: estas noticias eran casi desconocidas en Cuba cuando el 10 de Octubre del mismo año (1868) se dió el primer grito insurrecto en Yara, sorprendiendo más aún que á nuestras propias autoridades, á los hasta entón-ces corifeos del partido rebelde en la Isla, que desde luégo quedaron oscurecidos ó relegados á segundo tórmino haciendo primero el odioso doble papel de amigos y consejeros de nuestras autoridades, al par que el de atizadores de un conflicto de cuyos peligros no se atrevieron á participar; y más tarde el de agentes ó meros simpatizadores de la insurreccion en el extranjero: miéntras los oscuros iniciadores de la rebelion activa tomaban para sí los primeros y más peligrosos puestos.

Los excesos cometidos desde un principio por insurrectos y peninsulares deslindaron pronto los partidos indecisos en

el momento de estallar la rebelion, separando al elemento peninsular español á todo trance animado por un patriotismo de estrecha intransigencia y exclusivismo, tanto más exagerado cuanto mayor era el peligro que le amenazaba, de los insulares autonomistas, anexionistas, republicanos, partidarios de la esclavitud los unos y de su abolicion inmediata los otros, y que definiendo mal casi todos sus deseos de reformas ó aspiraciones á cambios más radicales é importantes, mancomunaron desde luégo sus esfuerzos para combatir las fuerzas del Gobierno, sin comprender ni calcular los males que sobre su país atraian, como no definian de un modo concreto sus múltiples esperanzas si bien ligados por un sentimiento general de odio y hostilidad á nuestros Gobiernos, i. instintivo en los más y razonado en otros por arbitrariedades y vejaciones, madre siempre de implacables odios y violentas revoluciones.

La conspiracion era antigua: la rebelion prevista y anunciada por cuantos nuestra organizacion y espíritu colonial conocian. Algunos chispazos aislados, alguna intentona abortada, habian permitido conocer el mal en toda su gravedad; y conocidos eran de todos su origen, las causas que lo sostenian y aumentaban, así como los trabajos y personas de los cabecillas: nada, sin embargo, se habia hecho para evitarlo, y áun materialmente la incuria de nuestros Gobiernos, nuestra apática confianza y quizás algo de ese fatalismo arraigado en nuestro modo de ser como una triste herencia de la dominacion árabe, hicieron que nos cogiera desprevenidos, sin fuerza, sin armas, desprovistos de lo más necesario, hecho tan anunciado y previsto por todos.

El ejército era escasísimo y lo mismo los recursos de todo género para emprender una campaña que debió ser activa y rápida como el rayo. Esto, alguna falta de decision en los primeros momentos y las primeras represalias que hicieron tomar á la lucha el carácter feroz de las guerras civiles, dieron entre el humo de inútiles incendios y la

sangre de algunos ilusos ó inocentes, incremento y vida á una guerra que con alguna prevision, arrojo y tacto, no hubiera pasado de una intentona descabellada y áun desautorizada por la dudosa y tímida conducta de sus principales causantes y la poca importancia de sus primeros actores.

El triste período por el que de entónces acá ha atravesado nuestra patria; la inestabilidad de nuestras instituciones y Gobiernos, y como consecuencia, la de los jefes supremos de la Isla, disminuian la iniciativa de éstos y desalentaban á nuestros parciales, al par que alentaban la confianza del enemigo, sabedor de que no habiendo nada estable en la metrópoli todo era inestable é interino aquí.

Una Regencia provisional, prolongada sin perder su carácter de interinidad, una Monarquía buscando rey y un rey combatido casi desde el primer momento por los mismos creadores de la Monarquía; una República escasa de republicanos verdaderos, y muerta por los que tomaban su nombre; los excesos de unos cantonales que serian ridículos sin las sangrientas manchas de su efímera historia; y, por último, la carcoma de la guerra carlista en que un partido sediento de mando é intolerante, aprovechaba nuestras desgracias para convertir en su maniquí un príncipe ambicioso, y á nuestra España en saugriento campo de la última batalla en pró de ideas é instituciones muertas para siempre, todo, todo parece haberse confabulado para que la atencion del país absorbida y preocupada por la magnitud de los males que tan cerca tenía, y la de los distintos Gobiernos concentrada para salvar situaciones apuradas y difíciles, y prolongar existencias que eran una continúa agonía, no hayan dado á la insurreccion cubana toda la importancia que tenía, y llegara á convertirse en un cáncer doloroso y casi crónico un mal que hubiera sido ligero á hallarse la metrópoli completamente libre de los males que la han destrozado interiormente.

Con los ministerios, y aún sin ellos, sacrificando á las exigencias políticas la conveniencia nacional han variado los capitanes generales de la Isla, generales en jefe al mismo tiempo del ejército en campaña. Once (1) han tenido sucesivamente el mando de las fuerzas y diez el gobierno superior al mismo tiempo. No es mi objeto examinar los hechos llevados á cabo por cada uno de ellos, pero es obvio que agobiados por los deberes de su doble mando político y militar en circunstancias anormales, apenas han tenido tiempo para estudiar la guerra que debían dirigir: muchos no han salido de la capital, y no podían, por consiguiente, conocer ni el enemigo ni el teatro de la guerra sino por estudios siempre difíciles y casi imposibles, tratándose de un país que no conocían bien sus propios hijos, del que sólo se habían estudiado las costas, no habiendo un plano del interior que mereciese tal nombre, debiéndose los primeros algo detallados y exactos á los trabajos de jefes y oficiales que han hecho esta campaña.

Con los capitanes generales ha variado el sistema político y de conducta y aún el personal de empleados; mal grave en un país levantado por razones políticas y quejas de arbitrariedades y vejaciones cometidas por los dependientes y representantes del Gobierno. Con cada general ha variado en todo ó en importantes detalles el sistema de operaciones militares y aún el plan general de campaña, y fácil es demostrar cuán perjudicial ha sido para los adelantos de la guerra, esa continua variacion de jefes y sistemas, y cuánto debía alentar al enemigo, la esperanza de que no serian duraderos los tiempos en que se veía verdaderamente acosado. Momento ha habido, en que un general conocedor del

(1) Lersundi vino el 67; Dulce el 68; Caballero de Rodas el 69; Villate el 70; Ceballos el 72; Pieltain el 73; Jovellar el 73; Concha el 74; Villate el 75; Jovellar el 76; Martínez Campos el 76.

país, militar inteligente y activo, ha tenido casi dominada la insurrección armada, cuando un relevo que no quiero juzgar políticamente pero altamente perjudicial para los intereses de la guerra, vino á hacernos no sólo perder lo adelantado, sino á dar á los rebeldes nuevos bríos con la seguridad de que no podía haber para ellos situación tan desesperada de que no pudiera librarles las exigencias políticas en Madrid, y las órdenes emanadas de nuestros propios gobernantes que espíritus murmuradores han acusado en algunos casos de venalidad y tibieza por los intereses nacionales.

Las circunstancias que á la ligera he indicado; variando unas veces la dirección de la guerra é impidiendo otras la venida á tiempo y en suficiente número de las tropas regulares necesarias para operar en una extensión de unas cuatro mil leguas cuadradas, explican la duración de la lucha y la concentración de nuestras fuerzas y cuidados para el sostenimiento de nuestras ciudades y zonas cultivadas, fuente única de la riqueza de la Isla, destruida la cual, quedaban agotados todos los recursos que de ella podíamos esperar. La opinión pública, eco en esto de los justos temores de los hacendados, exigía sobre todo la conservación de las fincas rurales en explotación, se alarmaba descontenta, cuando un incendio inevitable venía á lastimar sus más preciados intereses y de ahí el origen de los sistemas de trochas militares, fuertes aislados y perímetros de defensa de cultivos en los que el número de fuertes, fortines y torres (blok-háuser) llegó á ser tan considerable que todo el ejército de la Isla era insuficiente para guarnecerlas. De ahí también el sistema de concentración, por el que no pudiendo guardarlos, se quiso hacer el vacío en el campo obligando á todos sus habitantes, y áun á los de muchos poblados más ó menos importantes, que no se creyó conveniente conservar, á abandonar sus pueblos, casas y labores para reconcentrarse en grandes poblaciones en que la vida es cara, en las que carecían de

trabajo y recursos, y que les eran completamente desconocidas.

Aumentada la poblacion de las ciudades de un modo anormal; privado casi de sus pagas el ejército que siempre hace vivir una porcion de gentes menesterosas á su amparo, reducidos los habitantes al perimetro fortificado, privados los reciénvenidos de sus casas y de los recursos de sus sembrados; rodeados por un enemigo nada escaso y libre en sus movimientos que hacía inseguro y peligroso todo trabajo aún en los arrabales mismos de los pueblos, la miseria, desconocida hasta entónces en Cuba, se desarrolló con rapidez, y muchos de los campesinos trasplantados á un medio desconocido, echando de ménos el desahogo con que en sus campos vivian, y reducidos á una miseria tanto más horrible cuanto ménos prevista, huyeron á los montes sin más idea que la de huir del hambre y vivir tranquilamente con sus familias, pero dando de hecho y por segunda vez gran incremento á la insurreccion, que encontró en ellos soldados ó trabajadores con los que crearon las innumerables estancias que cubren los más escondidos rincones de Cuba, manantial de víveres que aún no se ha agotado.

Concentradas así nuestras fuerzas, ocupadas en la conservacion y defensa de una valiosa propiedad, no poseíamos más que los centros de poblacion y el terreno que pisábamos: el resto inmenso de la Isla era «Cuba libre» completamente desconocido para nosotros, cubierto de espesos bosques, sin caminos, y en donde campeaba el enemigo libremente, rara vez incomodado por nuestras fuerzas. De tiempo en tiempo, se emprendía alguna gran operacion militar, exigida muchas veces por la imperiosa necesidad de racionar los puntos del interior que conservábamos; y los que sepan lo que es un convoy de cien carretas, arrastradas cada una por seis bueyes, por un país sin caminos, por terrenos blandos y empapados por las lluvias, teniendo que cruzar con frecuencia los barrancos y cauces profundos que ha-

cen los arroyos en terrenos de aluvion durante la estacion de las aguas, ó atravesando á la desfilada enmarañadas espeduras, no extrañará que un enemigo sabedor de estas expediciones con muchos dias de anticipacion, conocedor del terreno y libre en sus movimientos, pudiera reunirse, y aprovecharse momentos oportunos para atacar estos convoyes extendidos quizás en más de una legua, con éxito á veces y causándonos siempre más daño del que podian recibir. Las guarniciones prolongadas, que cnervan al oficial y demoralizan al soldado; el escaso numero de nuestras fuerzas, y algunas sorpresas afortunadas del enemigo, que hacia una guerra sin cuartel, habia levantado su espíritu, disminuyendo el nuestro, y el mal era grave y pedia pronto remedio á mediados de 1876 despues de más de ocho años de lucha.

Una Restauracion rápida y llevada á cabo con tanta fortuna que no se derramó una gota de sangre en pró del nuevo Rey y de las nuevas instituciones; un Gobierno que por su estabilidad rompía la tradicion de largos años de revueltas y contínuas crisis ministeriales, señalaron la nueva fase en que entraba la política española, quitando á la insurreccion cubana, uno de sus más constantes apoyos, una de sus más firmes esperanzas: la inestabilidad de los Gobiernos y de los jefes con quienes los insurrectos tenian que luchar: ellos que, como haré ver más adelante, estimaban los dias ganados en más que las victorias, y que sabian por experiencia que toda crisis, todo cambio, trae consigo variaciones y pérdidas de tiempo, es decir, el triunfo de la rebelion.

Una campaña rápida é inteligente, coronada por un éxito felicísimo, concluía la guerra civil en la Península, ahuyentando, esperamos que para siempre, los fatídicos y tenaces representantes del absolutismo intolerante é intransigente. España quedaba libre de la peste de la guerra que por tantos años la oprimiera, desangrando su poblacion, agotando sus recursos, y matando en górmén los elementos

de su pública vida y riqueza. La confianza empezaba á renacer en el país, y con ella el trabajo y el crédito; libre el pueblo del cáncer que le devorara, empezaba su nueva vida, preocupándose de males no ménos graves por ser más lejanos, y desembarazado el Gobierno de la preocupacion continua que por tanto tiempo reclamara su atencion, se decidía á hacer un nuevo y más poderoso esfuerzo, para dar á Cuba los beneficios de que disfrutaba ya la madre patria, mandando de una vez refuerzos suficientes, para reemplazar, ayudar y relevar el ejército de la Isla, diezmado por el clima, y cansado por ocho años de ruda campaña.

Sucesos desgraciados en esta campaña, de más importancia aparente que real, hicieron que pidiera su relevo el digno General que entónces la dirigia, y el Gobierno, accediendo á este deseo, incitado por la opinion general, que ya le designaba para este mando, nombró al general Martinez Campos; general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.

No desconocia éste las dificultades de la empresa que se le confiaba; habia prestado en la Isla largos años de servicio como jefe de Estado Mayor; habia hecho en ella una larga campaña, durante la guerra actual, y en ella habia ganado en continuas operaciones, hasta el empleo de brigadier; dejando entre paisanos y militares, recuerdos tales de su actividad extraordinaria é inteligente, y de su recta moralidad, que ni el tiempo trascurrido, ni la distancia, ni los méritos de sus sucesores, habian podido borrar, siendo su nombramiento saludado con general satisfaccion.

Conocia el general Martinez Campos, como muy pocos, la topografía de Cuba, y sus elementos de vida y recursos, el carácter de los habitantes y el de la insurreccion, las fuerzas que en el campo contaba, y las no ménos importantes que tenía en el extranjero y en nuestras propias ciudades de donde recibia toda clase de auxilios; conocia cuán grave era el mal, las causas de su origen y de su sostenimiento, y quizás por más que lo ocultara, dudaba del buen éxito de

la empresa que iba á intentar, como lo dudaban muchos y muy inteligentes entre los jefes del ejército, que conocian esta lucha.

Había, sin embargo, dos razones que le impulsaban á aceptar el cargo ofrecido por el Gobierno. El sitiador de Valencia y Cartagena, cantonales; el general que mantuvo la disciplina en el ejército de Cataluña, cuando nuestro Gobierno alentaba su desmoralizacion; el héroe de las Muñecas, de Estella, Canta-Vieja y Seo de Urgel; el vencedor del Centro y Cataluña; el caudillo que concibió y llevó á cabo con entendida audacia la marcha del Baztan, y en una palabra, el pacificador de la Península, despues de rechazar por dos veces el empleo de teniente general, y el título de grande de España, se creía sobrado recompensado con sus ascensos militares, ganados todos de capitán arriba, por méritos de guerra, y á más de su deber como militar y como español, se creía obligado á aceptar el peligroso honor de mandar el ejército de Cuba, como medio de agradecer y justificar recompensas que juzgaba excesivas.

Otra razon habia, y ésta es hija de su carácter: es la atraccion que sobre él ejerce el peligro, el incentivo que para él tienen las dificultades, y la satisfaccion propia que siente en arrostrar los unos y vencer las otras. El general Martinez Campos, que es prudente, reflexivo y hasta cachazudo cuando se ventilan cuestiones de importancia para su país, para el ejército, y aún cuando está en juego la vida de un solo soldado, es impaciente, temerario y hasta imprudente, cuando sólo se trata de sí mismo. No digais al General que hay en una medida ó en una accion cualquiera riesgo puramente personal para él, porque por escasas que sean las ventajas que la nacion ó el servicio tengan en ella, la llevará seguramente á cabo; y esto lo saben muy bien por numerosas experiencias, no sólo todos los que le rodean y le ven exponer su reputacion siempre que lo cree de coucien-
cia, sino los ejércitos de Cataluña y Cuba, que muchas y

muchas veces le han visto exponer su vida atravesando largas distancias del país ocupado por el enemigo, solo ó con la cuarta parte de la escolta que hacía llevar á cualquiera jefe ú oficial á quien ordenase semejantes excursiones. Quien tal hace puede exigir mucho, y virtud es el dar las órdenes con precision y prudencia, en quien tan poca de una y otra tiene cuando se trata de si mismo.

Habia, pues, además del deber de patriotismo, un motivo de delicadeza personal y otro de carácter para hacerle aceptar tan difícil cargo. El General exponia una reputacion brillante y justamente adquirida, pero debia á su juicio aceptar y aceptó el mando del ejército de Cuba, pero el del ejército sólo, y con la condicion de que el general Jovellar siguiera de capitán general y gobernador civil de la Isla; porque, por una parte, ninguno como él podia apreciar la poca importancia real de los últimos sucesos militares, y la facilidad con que pueden acacer en semejante campaña, y ligado por otra con aquel General por los lazos de una profunda estimacion de sus cualidades, lazos y estimacion mútua que su mando simultáneo en tan difíciles circunstancias han estrechado más y más, no queria aparecer como el sucesor del amigo, y juzgaba además utilísima su inteligente cooperacion, si las operaciones militares no habian de resentirse de las preocupaciones político-administrativas inherentes al mando superior civil. No se le ocultaba el peligro de que se enfriaran sus relaciones amistosas con el general Jovellar, dada la division de atribuciones que por primera vez se hacía, ni los inconvenientes y dificultades que la dualidad de mandos trae consigo; pero creia ver en ello una ventaja para la patria, y estaba decidido á sacrificar mucho al mantenimiento de una buena armonía que juzgaba necesaria para el buen éxito de su empresa, y ha conseguido su objeto. Preciso es confesar, y sé que si el general Martínez Campos lo lee, leerá esto con gusto, que D. Joaquín Jovellar ha desplegado un patriotismo y un

celo por auxiliar al General en jefe, tan grandes como su amistosa deferencia y esfuerzos para marchar de acuerdo con él en todo. ¡¡Raro ejemplo de lo que pueden la buena fe y el deseo de servir á su patria, en jefes cuyos mandos se deslindaban por vez primera, y cuyos caracteres, además, difieren mucho en su modo de ser!!

Decidido y hecho su nombramiento, expuso el General al Gobierno sus ideas político-militares sobre la Isla y la campaña; se acordó el número de soldados que habian de venir, los medios de trasportarlos, y un empréstito escaso y consumido en gran parte en atenciones anteriores; y con su actividad característica embarcó en Santander con los primeros soldados y desembarcó en la Habana en los primeros dias de Noviembre de 1876, ocupándose desde luégo en organizar su ejército y señalar sitio á las fuerzas que iban llegando, para desarrollar su plan de campaña sin pérdida de tiempo, estudiando á la par el estado de la Isla y el de la insurreccion.

Necesario me es describir á grandes rasgos el teatro de la guerra y su estado en aquella época, siquiera no sea más que para mejor inteligencia de mis sucesivas narraciones.

II.

CAMPAÑA DE LAS VILLAS.

Descripcion general. Oriente.—Centro.—La Trocha.—Occidente.—Estado de la Isla en Noviembre de 1876.—Organizacion civil de los insurrectos.—Organizacion militar.—Su espíritu y esperanzas al empezar la campaña.

La isla de Cuba es, no sólo la más rica y graude de las Antillas mayores, sino la de más importancia por su situacion entre las penínsulas de Yucatan y Florida, que forman la boca del seno mejicano, del que es Cuba realmente la llave. Tiene unas 280 leguas (1) en su mayor longitud de E. á O., y una anchura de N. á S. que varía de 10 á 40 leguas, con una superficie de 3.800 leguas cuadradas próximamente.

El suelo, ligeramente accidentado por suaves colinas que rara vez merecen el nombre de montañas en la parte occidental, es llano en la central y montuoso en la oriental.

El sistema orográfico, si bien siguiendo la direccion general de O. á E., afecta rara vez la forma seguida ó de espinazo, siendo más bien una série de lomas aisladas, ó de

(1) La legua cubana tiene 4.240 metros, y á ella me refiero siempre que no exprese otra cosa.

mamelones cónicos aglomerados desordenadamente unos sobre otros. Los más interesantes para este estudio, son: el grupo de las lomas de Trinidad, de Sancti Spiritus y Chamabas, á Occidente; los de San Pedro y Najaza, en el Centro; en la parte S. del Departamento oriental, la Sierra Maestra, de la que se desprenden poderosas ramificaciones y estribos, que cruzando el Departamento en todos sentidos van á morir en los pinares de Mayari y Sierra del Cristal al N., en las cuchillas de Baracoa al NE. y en los montes de Guantánamo al E., convirtiendo este territorio en un mar alborotado por distintos vientos, cuyas olas monstruosas se hubieran solidificado repentinamente, y entre las que algunas, como el pico Tarquino, alcanza una elevacion de 9.000 piés. La Isla, en general, está cubierta por bosques espesísimos, y en algunos sitios por praderas siempre verdes, y cruzada por algunos rios caudalosos y navegables en sus bocas, y por numerosos arroyos que desprendidos de las mesetas centrales se hinchan extraordinariamente en la estacion de las lluvias, y son siempre alimentados por las filtraciones de la humedad absorbida por una vigorosa vegetacion. Su direccion general, perpendicular á la de las montañas, es desde el Centro al N. y al S., á excepcion del Cauto, el más largo, caudaloso é importante de todos, que naciendo en la Sierra Maestra, cerca de la costa S., y no lójos de Santiago de Cuba, corre primero hácia el N. unas 30 leguas, cruzando al O. despues por espacio de otras 30, 20 de las cuales son navegables, y desemboca en el mar del Sur á corta distancia de Manzanillo.

Las costas son bajas en su mayor parte, bordadas de peligrosos arrecifes, rodeadas de cayos é islotes medio sumergidos y cubiertos de espesos manglares, cortada por las bocas de sus profundos puertos, y los millares de pasas y canales, zanjas, esteros, brazos y desembocaduras de ramblas y rios, tan propicios á la ocultacion y al contrabando como poco conocidos y de navegacion y vigilancia difícilísima.

El clima es cálido y húmedo, especialmente en la estación de las aguas (de Mayo á Octubre), sin que dejen de ser éstas frecuentes en los restantes meses del año. La fiebre amarilla es endémica en la costa, epidémica en el interior, y el calor y la humedad producen en muchísimos puntos emanaciones pútridas, causa de fiebres palúdicas de todas formas, pero de mal carácter casi siempre, y seguramente más perjudiciales por su rebeldía y continuos estragos para la salud de un ejército en campaña, que el mismo vómito negro.

En el Departamento oriental, además de su capital Santiago de Cuba, son importantes los puertos de Guantánamo al S. y Manzanillo al SO. y Baracoa, Nipe (de Mayarí) Jibara y Puerto-Padre al N., teniendo además en el interior como poblaciones más considerables á Bayamo, Holguin y las Tunas que hoy empieza á levantarse de nuevo. Sus producciones principales son el tabaco en la parte N. y el café y el azúcar en los valles de Cuba, y el valioso de Cuba, conservados casi por completo á pesar de los ataques del enemigo.

En el Departamento central (el Camagüey), además de su capital Puerto-Príncipe, hay el puerto de Santa Cruz al Sur, y el de Nuevitas al N., como más principales. El cultivo era ya escaso ántes de empezar la guerra y hoy apenas queda un ingenio en pié. Su principal riqueza consistía en la facilísima cría de numerosos ganados. Hoy todo está destruido; los incendios y devastaciones de uno y otro bando han convertido en un desierto y hasta en bosques espesos aquellas extensas praderas tan ricas y animadas hace diez años: éste es indudablemente el Departamento en que la guerra ha causado mayores males. En él, lo mismo que en el Oriental, estaba el enemigo al empezar esta campaña, sino potente, cuando ménos desahogado y gozando casi de tranquilidad; y además de las ciudades ya mencionadas, apenas poseíamos algunos poblados y fuertes conservados como puntos

estratégicos, y los ferro-carriles de Cuba y Guantánamo, y el que une á Puerto-Príncipe con Nuevitas conservados unos y otro con numerosos blok-haus que no siempre han bastado para dar seguridad á las líneas. Estas vías férreas son, por otra parte, los únicos medios seguros de comunicacion en el Centro y Oriente, no existiendo en el resto más caminos que las veredas abiertas por las caballerías ó carretas que pasaron ántes atravesando con mil inconvenientes y dificultades insuperables á veces profundos barrancos, espesos bosques y terrenos blandos y pantanosos, y en los que en alguna ocasion despues de lluvias abundantes han quedado las carretas cargadas y áun los animales enterados en un fango pegajoso y condenados á morir de hambre.

Estos departamentos están separados del Occidental por la Trocha, camino militar que une Moron en la costa Norte con el Jucara en el Sur, en una extension de catorce leguas, en cuya mitad próximamente se halla Ciego de Ávila. Este camino militar, intentado desde un principio para ser un obstáculo serio que cortara las comunicaciones de los insurrectos de una y otra banda, sólo ha sido una línea de observacion y racionamiento; y á pesar del tiempo y trabajos en ella empleados, no era al principiar la campaña más que un obstáculo moral para la tranquilidad de los hacendados de Occidente, y aunque durante ésta se han terminado un ferro-carril, la estacada de proteccion y más de cien torres para su defensa, no sería impedimento serio para el ataque de un enemigo decidido á pasar la Trocha para invadir las Villas ó retirarse al Camagüey.

El Occidental es el más rico y poblado de los tres departamentos; sus principales puertos son: al N., Moron, Caibarien (de Remedios), Sagua la Grande, Cárdenas, Matanzas y la Habana; y al S., Jucaro, Tunas (de Sancti Spiritus), Casilda (de Trinidad), Cienfuegos y Batabanó, este último unido á la Habana por un ferro-carril que atraviesa la Isla

en su parte más estrecha. Al O. de esta línea hasta cabo San Antonio no ha penetrado la insurrección armada, librándose del azote de la guerra las ricas vegas de la Vueltabajo, así como las jurisdicciones de Matanzas y Cárdenas, extendiéndose en cambio por las de Spiritus, Remedios, Sagua, Trinidad, Villa-Clara, Cienfuegos y aún Colon, hasta la Ciénega de Zapata y margen izquierda del río Hanabana; riquísimas todas ellas por sus plantíos ó ingenios, que era preciso conservar á todo trance tanto por su importancia vital para nuestra causa como por ser la invasión y el dominio en esta parte el sueño dorado de las mejores inteligencias enemigas que sabían cuántas ventajas les reportaría y cuán fatal nos sería su preponderancia en esa fuente casi exclusiva de nuestros recursos.

Éramos, pues, en Noviembre de 1876, dueños de los pueblos citados al hablar del Centro y Oriente; el enemigo del campo que desierto para nosotros era para ellos su casa; tenían legumbres de todas clases (viandas) sembradas por todas partes, carne en muchas, y no escasos recursos sacados del monte, los unos adquiridos, los otros en las ciudades con más facilidad de lo que á primera vista pudiera parecer. Teníamos que vigilar grandes perímetros y guarnecer innumerables fortines en nuestros caminos y zonas de cultivo. Las operaciones militares limitadas por la escasez de fuerza se hacían por obligación de racionar ó socorrer nuestros puntos del interior y para estas expediciones preparadas con antelación, y conocidas casi siempre por el enemigo, eran necesarios al ménos tres batallones que formaban una columna que teniendo que llevarlo todo consigo se hacía pesada por la excesiva impedimenta y poco á propósito para encontrar á un enemigo completamente desembarazado que sólo se presentaba ante nuestros soldados, en el punto y hora que creía oportuno y ventajoso para él. Los racionamientos se hacían con dificultad y con dificultad se conservaban las zonas de cultivo y aún los poblados del interior, tanto que el

general Jovellar se había visto obligado por las apremiantes circunstancias, á mandar los tres primeros batallones que vinieron de la Península á reforzar las tropas de Cuba, Holguin y el Centro.

Al O. de la Trocha que cruzaba fácilmente estaba el enemigo crecido en las jurisdicciones de Spiritus y Remedios, y poco ménos en Sagua, Villa-Clara, Trinidad y Cienfuegos, llegando hasta la Ciénega y el Rio Hanabana, y el mal era doblemente grave por su importancia real y por la amenaza continúa de invadir las jurisdicciones de Cárdenas y Matanzas, acercándose á la capital de la Isla. Una invasion de Oriente no sólo hubiera encontrado prácticos que la guiaran, fuerzas que la apoyaran, y recursos sobrados que la mantuvieran, sino que hubiera hecho muy precaria nuestra situacion, mala ya, por la perentoria necesidad de guardar eficazmente una propiedad extensísima y valiosa que impedía el movimiento de gran parte de nuestras fuerzas ocupadas en guarnecer los ferro-carriles, las fincas y las poblaciones rodeadas aquí como en los otros departamentos de fortines y áun de barricadas que obstruían las salidas de las calles al campo.

Se ignoraba el número y movimiento del enemigo; se le creía mucho ménos numeroso é importante de lo que lo era en realidad; error general que han padecido casi todos, áun estando en los focos de la insurreccion, hijo en parte de nuestros escasos movimientos, y en parte de su sistema de vivir por pequeñas fracciones que solo se unian para un ataque premeditado, dividiéndose otra vez en seguida ó *regándose*, subdividiéndose en casos de persecucion activa hasta hacer perder todo rastro y juzgar que han desaparecido de una jurisdiccion por completo. A pesar del optimismo con que se juzgaba al enemigo, los jefes de éste como los de los otros departamentos no creían prudente debilitar sus columnas, á ménos de dos batallones, ni aún el privarlas de una artillería, rara vez empleada con utilidad, é impedi-

menta de consideracion, en un país que como éste carece de caminos en absoluto.

La insurreccion tenía tanto civil como militarmente una organizacion bastante completa. El presidente de la república, jefe del Poder ejecutivo, tenía á su lado un ministerio responsable, y la Cámara legislativa tenía casi completos los diputados representantes de los distritos en que habian dividido la Isla. Estos centros han estado casi siempre en el Camagüey, desde donde, por su posicion central, les era más fácil recibir noticias y enviar órdenes, teniendo bastante bien organizado su sistema de comunicaciones, y se entendian con los agentes de la república cubana en el extranjero, particularmente con los de Haití y Jamáica, de donde han recibido algunos auxilios en pequeñas embarcaciones de pesca, y sobre todo con la Junta cubana de New-York, centro del que han partido todas las calumnias para denigrarnos, todas las noticias de falsas victorias que podian dar importancia para los extraños á la insurreccion, todos los trabajos para buscar simpatías á su favor y conflictos internacionales á nuestro Gobierno, y donde se han organizado las expediciones de auxiliares, enganchados entre la escoria de los numerosos vagamundos que huidos de todos los países buscan un refugio en el Norte de América, y que seducidos con brillantes promesas han encontrado en los bosques de Cuba el digno fin de su vida aventurera, así como el envio de armas y municiones en buques fletados y áun adquiridos para este objeto.

Esta clase de expediciones han sido nulas durante la última campaña; primero, porque los esfuerzos de la Marina de guerra que ha cogido muchas de ellas sobre la misma costa, é inutilizado otras ya preparadas en los pueblos vecinos de Costa Firme, Nassau, Haití y otros les hacían difícil encontrar armadores y tripulantes que quisieran correr los riesgos de una expedicion pirática, y aún más difícil el enganche de los aventureros, escarmentados con el miserable

fin de los anteriormente seducidos; porque nuestras numerosas columnas, siempre en movimiento, hacian casi imposible la reunion del enemigo sobre la costa en número y por el tiempo preciso para salvar , una expedicion que hubiera escapado á la vigilancia de los cruceros; porque la naturaleza de la insurreccion iba siendo conocida, y la Junta cada vez más desautorizada y escasa de recursos metálicos , no encontraba ya apoyo, simpatías ni tolerancia en el extranjero: y por último , porque poco satisfechos los jefes de la Isla del manejo del dinero que se habia enviado fuera, encontraban más fácil, barato y seguro comprar cuanto querian en nuestras poblaciones donde han tenido siempre amigos decididos, espías y simpatizadores numerosos y gente ávida, dispuesta á facilitarles cuanto desearan á trueque de realizar ganancias faublosas.

Entendíase además el Poder ejecutivo con las Juntas cubanas establecidas en la mayor parte de las poblaciones de la Isla, la Habana inclusive, y con los prefectos ó jefe civiles de cada distrito , ocupados unos y otros en comunicar noticias, allegar recursos, enviar soldados al campo y facilitar auxilios, cobrando contribuciones más ó menos voluntarias, que han pagado no sólo los simpatizadores y partidarios de la insurreccion en las ciudades, sino la mayoría de los hacendados, incluso muchos peninsulares y extranjeros amenazados con la pérdida de capitales enormes y valiosas cosechas, que sólo así podian salvar no tanto de un ataque á viva fuerza sino de un incendio facilísimo durante gran parte del año, y hecho así siempre sin riesgo ninguno para sus perpetradores.

No es de extrañar, pues, que miéntras la propiedad no ha estado garantizada, y era difícil guardarla en este país, por sus condiciones especiales y por el sinnúmero de agentes y partidarios que por do quier tenian los rebeldes, haya tenido el enemigo no sólo dinero seguro y abundante, sino ropas, víveres, y hasta municiones, fácilmente adquiridas

y más fácilmente llevadas al campo desde las poblaciones, tiendas aisladas y fincas en explotación: lo que sucedería en cualquiera país, y ha sucedido aún más en éste y en esta guerra que ha desarrollado de un modo extraordinario la avidez y codicia y la desmoralización y venalidad ya excesivamente arraigadas en él de muy antiguo.

En la parte militar, tenían los insurrectos dividida la Isla en comandancias generales, y asignados á cada una de ellas los batallones que con los naturales de cada localidad habían podido formar, y aunque en alguna ocasión los han sacado de ellas para servir en otras, han sido en corto número y con escasos resultados, pues la guerra ha desarrollado más y más, celos y rivalidades ya antiguas entre los habitantes de los distintos departamentos.

También ha sido contingente considerable para sus filas el gran número de esclavos y colonos chinos contratados fugados de sus fincas; bastantes criminales de más ó ménos consideración escapados de la persecución de la justicia, que buscaban refugio en el campo insurrecto, y por último, y aunque duela decirlo, bastantes desertores de nuestras filas, los más de ellos espíritus inquietos y vagamundos, enganchados por los banderines de Ultramar, voluntarios y vendidos, que con distintos nombres ha enviado el Gobierno en épocas de apuro, y aún sabiendo que dado el modo de su adquisición, habían de ser tan malos como caros soldados, y peores servidores de su patria.

En el departamento Oriental, ha mandado durante esta época Antonio Maceo mulato de escasa instrucción, pero activo, valiente y con verdaderos instintos de guerrillero, que á pesar de su raza y modesto origen, ha llegado á ocupar el primer puesto de su milicia á fuerza de servicios y heridas varias de las cuales ha recibido en la última campaña: su mando se extendía á Guantánamo, Baracoa, Cuba y Mayarí. En la parte de Manzanillo, Bañamo y Fignani, era el jefe más caracterizado Modesto Díaz, dominicano que

servió á España, en nuestra descabellada intentona de anexion de Santo Domingo, uniéndose á los insurrectos desde el primer momento de la rebelion, el que en union de Marciano, también dominicano, dió la primera organizacion á la resistencia de los cubanos. Vicente García mandaba los territorios de Holguin y las Tunas, de cuyo último punto era natural; salido tambien de una posicion modesta, ha llegado á mayor general, y á ser finalmente el último presidente de la república cubana. En el Centro, donde como ya he dicho han estado casi siempre la Cámara insurrecta y su Poder ejecutivo, tenía el presidente, Tomás Estrada, en el nombre el mando supremo de las fuerzas, y en realidad Goyo Benitez y Máximo Gomez, cubano aquél: dominicano éste y como Modesto Diaz, procedente de nuestras filas en la anexion y venido á Cuba, cuando abandonamos á Santo Domingo: Máximo Gomez era quizá el carácter más organizador, y la mejor inteligencia militar de la insurreccion, si bien su calidad de extranjero le ha quitado parte de la autoridad é importancia á que sus cualidades le hacian acreedor. Tambien era un extranjero, el polaco Roloff, el jefe más caracterizado de Occidente, y como en el anterior ó más que en él, su calidad de extraño ha perjudicado á su autoridad é influencia, que han ejercido principalmente Pancho Jimenez y Serafin Sanchez en Spiritus y Remedios; Mistre y otros poco importantes en las Villas Occidentales, y al Oeste del ferro-carril de Cienfuegos, Cecilio Gonzalez, que encerrado en las tembladeras y pantanosos bosques de la Ciénega de Zapata, salia de ella para ejercer sus depredaciones en aquella zona, hasta la orilla izquierda del Habana, teniendo en jaque á Colon, Cárdenas y Matanzas, que no estaban seguras al principiar esta campaña.

La organizacion político-militar que acabo de bosquejar, era más ó ménos completa segun el sistema de guerra que por necesidad ó iniciativa de los generales en jefe hemos seguido. La actitud casi exclusivamente defensiva á que

la escasez de fuerzas nos ha obligado con frecuencia; la concentracion de habitantes en los poblados y de tropas en las guarniciones y defensa de las zonas del cultivo, y el sistema de grandes operaciones, dejando al enemigo libre y casi tranquilo en sus inmensos terrenos, les permitia organizar su gobierno y administracion, allegar recursos para las épocas de apuro, y montar sus servicios con tal perfeccion, que crearon fábricas de sal, nitro, pólvora y curtidos, talleres de talabartería, zapatos, armerías y hasta construccion de buques; establecer almacenes, depósitos y hospitales; tener escuelas, imprentas y periódicos, sellos de correos, administracion de justicia, establecimientos penales, y hasta llevar sus registros civiles y hacer censos de la poblacion y catastros de sus riquezas (1).

Por el contrario; cuando por sistema de los jefes ó por permitirlo el número y salud de nuestros soldados se operaba á la ligera y con actividad, sus prefecturas ó centros administrativos y sus correos se desorganizaban pronto, ya por huir de los sitios que tenian señalados, ya por caer en nuestras manos su correspondencia, documentacion y empleados, y á poco desaparecian de la zona explorada sus fábricas, depósitos, hospitales y demás centros con tanto trabajo creados. El Poder ejecutivo y la Cámara, obligados

(1) De todas estas cosas, además de los depósitos, fábricas y talleres destruidos en gran número por nuestras columnas, y de las detalladas relaciones de los mismos presentados, han caído en nuestras manos con sus archivos oficiales, correspondencias cifradas y sus claves y muchísimas particulares, pruebas muy curiosas.

Todos hemos tenido muchas ocasiones de ver, y algunos los conservan, billetes de banco y sellos de correo; colecciones de *El Mambi*, *El Cubano libre*, *La Estrella solitaria*, *El Boletín de la guerra* y otros periódicos publicados en el monte, reglamentos de la Cámara, Constitucion de la República, Código penal, escalafones de jefes y oficiales, estados de fuerzas, registros de contribuciones civiles, y numerosas cartas cifradas y sin cifrar, cambiadas entre los rebeldes entre sí, ó con sus agentes, simpatizadores y amigos de nuestras ciudades.

á buscar una incierta seguridad en una variacion continua de domicilio, faltos de noticias y comunicaciones, perdian muchas de sus facilidades para mandar, y de su actividad, por consiguiente, y con ellas quedaban faltas de unidad de miras las operaciones de sus tropas y las de sus empleados civiles. Sus familias y estancieros (agricultores), sorprendidos y prisioneros unas veces, forzados otras á abandonar sus casas á la carrera, perdian en breve y quizá de un solo golpe el fruto de muchos meses de tranquilo trabajo y los recursos para muchos más de existencia desahogada, traduciéndose todo esto en intranquilidad, miseria, privaciones y desaliento para los rebeldes y sus familias.

Al principiár esta campaña, no eran muchas nuestras fuerzas, gran parte de las que habian cumplido con exceso su tiempo de servicio, y casi en todas partes nos manteníamos á la defensiva. El enemigo, perfectamente enterado de nuestra situacion, sabía que en el espíritu público era escasa la confianza en el porvenir, que habian disminuido en proporcion los negocios, y que se habian retirado grandes capitales extranjeros, que han sido siempre los promovedores de las empresas agrícolas de la Isla, cuya produccion ha venido decayendo durante la insurreccion hasta el punto de que sólo en el ramo de azúcares quedó reducida á cien mil una produccion que en 1869 fué de trescientas treinta y cuatro mil toneladas; y si bien otros ramos como el del tabaco habian sufrido poco, algunos otros, como el café y los ganados, habian desaparecido casi por completo. Sabía que nuestras contribuciones anormales por causa de la guerra eran excesivas y pagadas con disgusto y dificultades, sobre todo por los pequeños propietarios; que teníamos muy atrasados los pagos de contratistas de víveres, vestuarios y otros servicios; que se debía un año de pagas al ejército; que nuestros hospitales eran insuficientes, escasos nuestros medios de arrastre, y más escasos aún nuestros recursos para hacer frente á unos gastos que no

bajaban de mil quinientos millones de reales por año, y esperaban que nuestra apatía, nuestros descuidos y nuestras enfermedades, es decir, el tiempo, harían por el triunfo de su causa lo que jamás podían conseguir por la fuerza de las armas.

«Se dice, escribía un jefe caracterizado en Julio de 1876. »al entónces secretario de la guerra, que vienen treinta mil »hombres; las fábricas de nitro y pólvora trabajan con una »actividad asombrosa; aprestamos nuestras teas y afilamos »nuestros machetes; el tiempo, sus torpezas y la señora en- »démica (1), harán lo que los buenos cubanos no puedan »hacer.» Su interés era, pues, ganar tiempo; no nos hostiliza- zaban sino para quitarnos algún recurso ó destruir la riqueza pública, y esto eligiendo la ocasion de hacerlo sin riesgo y el sitio para batirse con ventajas, y con la convicción de que una cosecha perdida y un mes ganado sin ver á nuestros soldados, les eran más provechosos que una victoria brillante, que á pesar de poner de su parte las mejores circunstancias, sería siempre pagada con la vida de muchos de sus partidarios.

(1) La fiebre amarilla.

III.

CAMPAÑA DE LAS VILLAS.

Orden general del ejército.—El general Prendergast.—Plan militar y distribución de fuerzas.—Creación de zonas y centros de operaciones.—Columnas ofensivas.—Humanización de la guerra.—Ideas y esfuerzos del General.—Conducta de las tropas.—Instrucciones del General á los jefes de columna.—Su inspección.—Subdivisión del enemigo y de nuestras columnas.—Resultados obtenidos en Marzo.—Deseos del General.—Sus esfuerzos y medidas políticas.

Así las cosas, y con un gran conocimiento de ellas que le fué fácil adquirir en pocos días, no sólo por su antigua experiencia de los asuntos de la Isla y de la guerra, sino por los estados de fuerza y hospitales, de acémilas y arrastres, depósitos de raciones, parques, fuertes y demás documentos de campaña que á su disposición tenía, dió Martínez Campos su orden general de 5 de Noviembre del 76, á los dos días de haber desembarcado en la Habana. Por ella quedaba la Isla dividida en comandancias generales, y éstas en brigadas, disponiendo que inmediatamente que iban desembarcando fuese cada batallón al puesto que se le designaba.

Hé aquí un extracto de aquel documento, necesario para la mejor inteligencia de los hechos sucesivos:

Comandancia general de Cuba, al mando del general Saenz de Tejada, con tres brigadas: la primera mandada

por el brigadier Bargés, la segunda al mando del brigadier Galvis, y la tercera á la del brigadier Menduïña, con sus centros en Guantnamo, Santiago de Cuba y Manzanillo; respectivamente.

Comandancia general de Holguin y de las Tunas, mandada por el brigadier Valera.

Comandancia general del Centro ó Puerto-Príncipe, mandada por el brigadier Esponda.

Comandancia general de la Trocha, con el centro en Ciego de Ávila, mandada por el brigadier Rodriguez Arias.

Comandancia general de Remedios, mandada por el general Morales de los Rios, con dos brigadas mandadas por Lasso y Jaquetot.

Comandancia general de Sancti-Spíritus, mandada por el general Cortijo, con las dos brigadas de Quesada y Polavieja, cuyos centros eran Cabaiguan y Arroyo-blanco, respectivamente.

Comandancia general de Trinidad, mandada por el brigadier Armiñan.

Comandancia general de Villa-Clara, mandada por el general Cassola, con cuatro brigadas al mando de Bonanza, Boniche, Daban y Camino, y centros en Villa-Clara, Sagua y Cienfuegos.

Y por último, la brigada de reserva, que situada sobre el rio Hanabana, á retaguardia del terreno ocupado por los rebeldes, mandaba el brigadier Rodriguez de Rivera.

Además de estos jefes, tenía el General en jefe á sus órdenes con el carácter de jefe de Estado Mayor general, al mariscal de campo D. Luis Prendergast, de vasta instrucción, carácter justo y firme al par que benévolo, y tan perfectamente de acuerdo con su plan político-militar, que no solamente le ha secundado admirablemente, sino que le ha sustituido, pudiendo decirse con verdad, que, penetrado éste del espíritu é ideas de aquél dotado de cualidades político-militares poco comunes, y de una actividad y de una

aptitud para el trabajo excepcionales, ha habido con frecuencia en dos puntos opuestos del teatro de la guerra dos generales en jefe, pensando y obrando de la misma manera.

El plan militar del General era acumular al O. de la Trocha todas las fuerzas disponibles, dejando los departamentos Central y Oriental en una situacion casi defensiva, reforzándolos, sin embargo, con algunas tropas, además de los tres batallones que el general Jovellar habia ya enviado para que se conservaran todos los puntos avanzados del interior que poseíamos como centros de racionamiento y bases de las futuras operaciones, y proteger eficazmente las zonas del cultivo que aún quedaban en pié, algunas de ellas muy importantes, como las pobladas vegas de Jibara, Mayari y Baracoa, y las ricas zonas de ingenios de Cuba y del valioso valle de Guantnamo.

Empezábase por aquel entónces la zafra (recoleccion de la caña y fabricacion del azúcar), y como ya he dicho, á Occidente de la Trocha es donde están los más numerosos ingenios y las fincas de más valor y produccion. Era preciso salvar las cosechas y salvar las haciendas, por los hacendados y opinion pública, y por interés nacional. Era preciso que los rebeldes del Centro y Oriente perdieran la esperanza de pasar la Trocha é invadir las Villas, aumentando la insurreccion, ya muy crecida en Occidente, é impedir á toda costa la destruccion de tanta riqueza, destruccion que no sólo hubiera privado á nuestro Erario de sus más pingües ingresos, sino que hubiera dado á la rebellion tantos bríos y recursos que hubiera sido difícil, ya que no imposible, y seguramente infructuoso, el cortar el mal, á haberse llevado á cabo con éxito la invasion de aquellos poblados territorios y la destruccion de sus elementos de riqueza.

Si ántes de la época de las aguas (Mayo), conseguia aniquilar al enemigo de las Villas, limitando la insurreccion al Este de la Trocha, pensaba llevar la guerra al departa-

mento Oriental, en el que aún conservábamos alguna riqueza importante, y terminar la lucha en el Centro, donde fuera de las poblaciones más considerables, nada le había librado de la devastación y los incendios.

Cubrió, pues, la línea del Hanabana con la brigada de reserva, para impedir que el enemigo se extendiera hacia el Oeste, y asegurar las ricas jurisdicciones de Colon y Cárdenas; destinó cinco de los batallones de los recién llegados para operar en la de Cienfuegos, y Ciénega de Zapata, inmenso terreno pantanoso, en el que entre numerosas lagunas de escaso fondo, terrenos movedizos y tembladeras cubiertos de espesos bosques, hay algunos pedazos de tierra firme, formando el todo un dédalo malsano y desconocido, en cuyos laberintos se ha ocultado casi siempre el cabecilla Cecilio Gonzalez; y repartió los diez y siete batallones restantes entre la Trocha y jurisdicciones de Sancti-Spíritus, Remedios, Sagua la Grande, Villa-Clara y Trinidad, asignándolos á las Comandancias generales ya mencionadas y abrazando un territorio de unas ochocientas leguas cuadradas, aguardando para el definitivo desarrollo de su plan á que cada cual hubiera ocupado su puesto (mediados de Diciembre).

En la segunda quincena de Noviembre, y mientras el ejército expedicionario iba llegando á la Isla, recorrió todo el territorio comprendido entre el Hanabana y Colon al O., y la Trocha al E., enterándose minuciosamente de todas las necesidades, y en cuanto le era posible (dada la variada contradicción de las noticias que le daban) del número, posiciones y espíritu del enemigo, mandando tan luego como fué posible empezar las operaciones en la Ciénega de Zapata y Villas Occidentales.

El 1.º de Diciembre reunió en Alonso Sanchez (Sancti-Spíritus) seis batallones, y puesto él á la cabeza de uno de ellos (el de Reus), cruzaron las Villas Orientales, cada uno de ellos solo, si bien combinando sus movimientos de modo

que impidieran la concentracion del enemigo sobre un punto, y que pudieran los batallones prestarse mútuo auxilio en caso preciso. Llevóse la operacion á cabo felizmente, levantando como el General se proponia el espíritu de nuestras fuerzas, que segun he dicho, creian la de un batallon fuerza muy escasa para formar una columna. Inmediatamente despues dividió los territorios de cada Comandancia general en zonas de brigada y medias brigadas, y estas últimas en zonas de batallon, estableciendo en todas centros de racionamiento, ya nuevamente creados, ya en antiguos poblados que fué reconstruyendo, y en los que las columnas pudieran sobre el teatro mismo de las operaciones, abastecerse de víveres y dejar su impedimenta y enfermos seguros y bien atendidos, evitando el cansar al soldado con marchas largas y penosas y la pérdida de un tiempo precioso, para venir á buscar raciones ó dejar los enfermos á los grandes centros de poblacion, quedando así las columnas sin la embarazosa impedimenta, necesaria ántes para operar á largas distancias de los centros de abastecimiento.

El enemigo, que hasta entónces habia disfrutado en sus montes de una tranquilidad rara vez turbada, poco deseoso de batirse siempre, lo estaba mucho ménos ahora que nuestras fuerzas habian aumentado, y ménos contra columnas que operando á la ligera y sin impedimenta ni les ofrecian el incentivo del botin, ni la facilidad de sorprender y áun destruir á tropas divididas y embarazadas con la custodia de un convoy. Esforzábese, por lo tanto, para evitar nuestro encuentro, ocultándose á nuestras persecuciones confiando que ahora, como otras veces, el tiempo variaria las circunstancias y mejoraria su situacion. Teníamos, pues, si queriamos batirle, que tomar la ofensiva é irle á buscar, pero ¿qué se adelantaba con derrotarle? ¿Era esto posible? ¿Se podia aniquilar completamente á los rebeldes? Siendo posible su exterminio ¿era conveniente llevarlo á cabo?

Seguramente se habia hecho el General todas estas pre-

guntas, y su línea de conducta era hija de las reflexiones que debieron sugerirle. Era difícil batir á un enemigo que sólo se presentaba á nuestra vista cuando quería, y no quería nunca, si en ello no tenía un gran interés, y una gran superioridad de número y de posición. Los insurrectos no buscaban gloria en los combates: su objetivo era el hacer á nuestra fuerza el mayor daño posible, con el menor riesgo propio, evitando toda clase de combates, y sin la pretensión de arrojarnos de la Isla por la fuerza de las armas. La destrucción de la riqueza pública, fuente de nuestros recursos; la de nuestros depósitos y almacenes, el saqueo de algún poblado en cuyas casas y tiendas encontraban las ropas y efectos de que carecían, ó el ataque de un convoy doblemente provechoso por lo que con él adquirían ó por los apuros en que podían colocar á las fuerzas para quien iba destinado; eran casi siempre los móviles de sus ataques, á no ser que la casualidad ó algún descuido les ofreciese ocasión muy propicia de batir nuestras tropas con tantas ventajas que fuese casi segura para ellos la victoria. Establecidos ahora los centros de zona para cada batallón, con sus enfermerías, almacenes y depósitos de víveres, las columnas no podían alejarse de ellos, sin entrar en la zona próxima de otro batallón, operando por consiguiente sin embarazo de ningún género y sin nada que sirviera de incentivo á los ataques del enemigo, que tenía, por el contrario, un gran interés, en evitar encuentros, en que sin ganar nada, podía perder mucho.

Éramos, pues, nosotros los que debíamos buscar los insurrectos, y la primera condición necesaria para este objeto era dar á nuestras fuerzas su misma desenvoltura y movilidad, imitando en lo posible sus hábitos de marcha fuera de camino y penetrando con él en los espesos bosques tan comunes en toda la Isla: pero ¿qué adelantábamos con encontrarle? Poco ó nada como combate y como victoria, pues no merecía ni uno ni otro nombre un encuentro en

que el enemigo desaparecía como por encanto á los primeros disparos: sólo una sorpresa, siempre difícil cuando su número era algo crecido, era cuando solía sufrir alguna pérdida, dispersándose en seguida con rapidez, para reunirse en breve y huir de nuevo al primer asomo de peligro, para volver á juntarse pasado éste, quizá á retaguardia de la columna que creía perseguirle. Podíamos tratar de aniquilarlos, pero además de ser la obra lenta y dificultosa, era cruel, poco política é inconveniente para nuestros intereses.

Fortuna es que la política conveniente y los intereses de toda causa justa y los medios violentos y crueles de que inteligencias cegadas por pasiones irreflexivas suelen echar mano, sean antagónicos. Si podía halagar á los jefes de la rebelion cubana el ver triunfar sus ideas en un país vacío, miserable, yermo y desolado por el incendio y la devastacion; ni á la gloria ni á los intereses españoles convenia una victoria tan triste que dejara sumida en la miseria una provincia hermana y exterminada una poblacion de españoles más ó ménos extraviados, pero españoles al fin, por su historia, religion y lenguaje, por sus costumbres, por sus nombres y por su sangre; y ninguno mejor que el General en jefe para tratar de llevar á cabo su empresa armonizando la gloria y los intereses de su patria con los eternos principios de la justicia y sus propios sentimientos personales. Seguro estoy de que el general Martínez Campos no hubiera aceptado el mando si como creian ciertos pesimistas exagerados, hubiera sido condicion precisa para el triunfo de nuestra causa, el faltar á la moral y á la justicia ejerciendo crueles represalias en víctimas inocentes y cubriendo con un sangriento velo el escudo español.

El General comprendió que confiada su obra exclusivamente á la fuerza de las armas, sería costosísima de gente y de dinero, lenta é insegura en sus resultados; que las crueldades con el vencido, con el prisionero, y con el simpatizador, como algunos aconsejaban, no sólo eran injustas

é inútiles sino contraproducentes, por convertir en mártires los que no eran más que ilusos sin fe; en enemigos irreconciliables los que tenían algun atropello deshonoroso, ó alguna sangrienta víctima que vengar; en soldados decididos por la desesperacion, los que perdida toda esperanza de perdon no tenían otro camino que elegir, sino matarnos ó perecer á nuestras manos.

Faltas nuestras y aspiraciones políticas habian originado la guerra, y con satisfacciones justas y concesiones políticas era necesario combatirla. Muchos de los rebeldes pedían reformas que el Gobierno estaba dispuesto á conceder, que ya habia concedido á la isla de Puerto-Rico, y el General hubiera deseado que estas concesiones se hubieran hecho extensivas á Cuba desde un principio, quitando á la mayor y mejor parte de los insurrectos su bandera. Pero eran pocos los que como él pensaban; tenía que contar con el Gobernador Superior, con el Gobierno y con una opinion pública, en la que predominaban los elementos de estrecho y exagerado españolismo: y ya diré oportunamente el cambio de ideas que se fué obrando, por sus esfuerzos, y examinaré las consecuencias de las medidas liberales que fué planteando lentamente, con la aprobacion de un Gobierno naturalmente influido por lo que creia ser la expresion de la opinion pública.

Habia en el campo insurrecto muchos cubanos llevados y mantenidos en él, por la miseria, por el temor que nuestras medidas gubernativas habian desarrollado en ciertas épocas, por la desconfianza que les inspirábamos, por la creencia, fomentada siempre por su jefes, de que su libertad y su vida peligraban al presentarse ó caer prisioneros. Era preciso hacer desaparecer esos temores y esas desconfianzas, y á esto se dirigieron los primeros esfuerzos políticos del General, empleando desde luégo y segun los casos, su autoridad ó su influencia, para cambiar algunas autoridades, levantar arrestos gubernativos, sobreseer sumarias incoadas

por infidencia, libertar los presos por sospechosos, conseguir la devolucion de bienes embargados á viudas ó huérfanos de insurrectos ó emigrados, y en una palabra, á aliviar las miserias y desfacer los entuertos y agravios que tocaba por do quier en sus incesantes excursiones, y que estaba en su mano remediar.

Los insurrectos hacian una guerra sin cuartel: nuestros soldados sorprendidos, ó rendidos á un enemigo superior, eran inhumanamente degollados casi por regla general, y por nuestra parte, tambien se daban casos de represalias sangrientas, ejercidas especialmente con los desertores aprehendidos, que eran juzgados segun la ley. La guerra habia tomado un carácter de crueldad impropia de pueblos civilizados; no eran los soldados de uno y otro bando las únicas víctimas de este espíritu ferozmente sanguinario, y el General se propuso humanizar la lucha, por nuestra parte al ménos. Dió primero su bando de 12 de Noviembre, indultando á todos los desertores que se presentasen, y prohibió terminantemente á nuestros jefes y oficiales que se ejercieran represalias de ninguna especie, castigando con severidad los primeros excesos que á su noticia llegaron; mandó que se diera buen trato á los prisioneros y aún dejó en libertad á muchos de ellos, recomendando severa y frecuentemente la mayor humanidad con el vencido; dispuso que se socorriera á los presentados y á las familias recogidas por nuestras columnas, facilitándoles recursos para trasladarse á los puntos que elegian y raciones para mantenerse miéntras que encontraban trabajo, ó recogian el fruto de las labores que muchos emprendian en los terrenos próximos á nuestros centros de zona y poblados.

Las numerosas familias que con gran provecho del enemigo habian huido al monte para sustraerse á la miseria que habia causado su concentracion en las grandes poblaciones, y que el temor á nuestras tropas y autoridades, retraía de presentarse, supieron poco á poco que ni su hon-

ra ni su vida peligraban entre nosotros y que podían dedicarse de nuevo á las labores del campo, en sus antiguos poblados reconstruidos ahora. Los soldados rebeldes, viendo que su vida era sagrada para nuestras fuerzas, ni huyeron con la ligereza que presta el miedo al que tiene la seguridad de morir si cae prisionero, ni se batieron con el valor de la desesperación.

Pero la obra fué lenta y paciente; muchos insurrectos heridos en la lucha y prisioneros, han sido dejados en el campo, despues de curados, con las medicinas necesarias para su completa curación y alimentos para esperar hasta que sus compañeros los recogieran; muchas mujeres aprehendidas, despues de pasar algunos días con nosotros y ver la vida que hacían otras familias cogidas anteriormente, han vuelto libres y respetadas para unirse á los suyos en el monte; muchos niños abandonados en sus precipitadas fugas, han sido recogidos y cuidados por nuestros soldados, hasta que se ha encontrado ocasión de devolvérselos á sus padres ántes de que en los bosques de «Cuba libre» y en las filas insurrectas desaparecieran los temores inspirados por nuestra conducta anterior y por la suya propia, y la desconfianza con que miraban todo lo nuestro; temores y desconfianzas mantenidos y fomentados por la conducta de sus jefes para con nuestros soldados prisioneros, y sus calumniosos discursos; sistema en que no han cejado, convencidos de que la mayoría de las familias y gran número de rebeldes se mantenían en el monte y los seguían, más que por amor á una causa mal definida y que apenas comprendían, por la creencia en que estaban, de que no tenían más camino que la elección entre mantenerse en el monte y batirse contra nosotros, ó caer en nuestras manos y perecer.

Nuestros jefes y soldados, penetrados pronto de la mente de su General, le secundaron admirablemente, divulgando primero por medio de impresos dejados en las cabañas, sembrados, senderos y escondrijos del monte, las nobles y

generosas ideas que animaban al Gobierno y al ejército español, y tratando despues á todos los que procedian del campo enemigo con una benevolencia que llegaba frecuentemente hasta á privarse de sus víveres y ropas para socorrer la miseria y deznudez de los prisioneros y familias recogidas.

Esta conducta, y la guerra sin cuartel continuada por los insurrectos, al par que aumentaba la confianza de nuestro ejército en su General, levantó el espíritu de nuestros soldados, dándoles una decision que en muchos casos ha producido heróicas acciones de valor.

Colocado cada batallon en su zona, y provisto de los elementos necesarios para operar con desahogo, dividió el General del mismo modo la caballería, y asignó artillería á algunas columnas, si bien prohibiendo el abuso de esta arma, y aún recomendando que sólo en casos muy especiales se recurriese á ella. Hizo á cada jefe responsable de la permanencia tranquila del enemigo en el mismo punto, y de los acaecimientos dentro del territorio que se le habia confiado; ordenó que las operaciones fueran continuas, á la ligera y sin impedimenta de ningun género; exigió las marchas fuera de los caminos conocidos de antiguo, y la exploracion minuciosa de los montes y bosques de cada zona, y pidió combates ó encuentros frecuentes, sin exigir responsabilidad por un éxito dudoso ó desgraciado, haciendo comprender á todos sus subordinados que más que de un encuentro serio y de una victoria nunca decisiva y casi inútil, habia que esperar grandes resultados de la intranquilidad del enemigo, de su movilidad forzada y continua, de su cansancio, de la pérdida de sus centros de noticias y recursos, y en una palabra, de su aislamiento y desorganizacion.

Al mismo tiempo y de un modo paulatino, para no alarmar poblaciones acostumbradas de largo tiempo á no creerse seguras sino rodeadas por ellas, fué disminuyendo las guarniciones del exagerado número de fuertes y torres

que defendian nuestras ciudades, terminando por suprimirlas casi por completo, y demoler las tapias y barricadas que cerraban muchas calles en los extremos que daban al campo; mandó á operar las tropas de las poblaciones; disminuyó notablemente el número de las que estaban en los fuertes aislados, poblados y fincas, hasta dejar sólo de cinco á treinta hombres en cada una de las últimas, segun su importancia y situacion, dedicando estas fuerzas enervadas por el ocio y la inaccion á proteger los numerosos convoyes que por do quier organizaba para tener al soldado bien atendido y abastecido de todo lo necesario, los centros de zona; en todos los que por órden suya construyeron las mismas tropas, depósitos para víveres y utensilios, barracones, abrigos para el soldado y enfermerías en que atender á los heridos y enfermos leves, descargando así los hospitales de los grandes centros, de un gran número de enfermos, que no cabian en ellos y los convertian en peligrosos focos de infeccion por su hacinamiento excesivo.

Dadas estas órdenes, dejó Martinez Campos á cada comandante general la libertad de ponerlas en ejecucion en el territorio de su mando; recomendó á éstos que á su vez dejaran todo lo posible á la iniciativa de cada jefe en la zona que le estaba encomendada, dedicándose él, unas veces acompañado por el general Prendergast, otras cada cual por distintos distritos, á la inspeccion general de las operaciones, recorriendo incesantemente y casi sin escolta todo el territorio de las Villas, sus poblaciones, poblados, campamentos y fuertes aislados, viéndolo todo por sí mismo, enterándose de cómo se ejecutaban sus órdenes, de cómo se trataba al soldado, de sus necesidades, de las de los hospitales y enfermerías, que visitaba á menudo, así como los depósitos de raciones, examinando la calidad y conservacion de cada género, dictando sobre la marcha las órdenes para remediar las faltas ó necesidades que observaba. Al mismo tiempo oia las numerosas solicitudes, reclamaciones y

quejas con que por todas partes le asediaban, se enteraba de la conducta de los tenientes gobernadores, comandantes de armas, capitanes de partido y otras autoridades, procurando corregir los abusos cuando estaba en su mano, recomendando lo que no dependía de él, y procurando satisfacer todas las reclamaciones justas. Ocupábase también cuidadosamente de la organización de los racionamientos y convoyes, procurando satisfacer no sólo todas las necesidades del momento, sino la creación de las brigadas de acémilas y medios de arrastres, precisos para llevar la guerra activa á los otros departamentos.

Su actividad es inconcebible para los que no la han presenciado. De ella puede dar una idea el hecho de que ya en el mes de Diciembre de 1876 no había en las ochocientas leguas cuadradas que comprendía el teatro de la guerra al O. de la Trocha, centro de zona de batallón, fortín, fuerte, poblado ni ciudad que el General no hubiera visitado, examinando todos los depósitos, hospitales y demás dependencias militares; y quizás no había un soldado que no conociera personalmente á su General en jefe, ni casi un habitante de todo el territorio de las Villas que no se hallara en el mismo caso.

En 1.º de Enero de 1877 estaba cada cuerpo en su puesto y establecidos sus depósitos y enfermerías, ansioso cada cual de arrojar al enemigo de su comandancia, brigada ó zona de batallón; empezaron las operaciones con una actividad desconocida, y facilitada por la creación de los centros, en medio de las guaridas en que hasta entonces habían vivido tranquilos los rebeldes. No se hicieron esperar los resultados del plan del General; encuentros como los de Pamplona, Primer-hoyo, Cayo-Infierno, La Tinaja y algún otro, convencieron á muchos jefes, no sólo de que el enemigo existía en todas partes, sino de que era más numeroso de lo que generalmente se creyera, pero levantaron extraordinariamente el espíritu de nuestros soldados, que no dudaron

ya de la victoria, al par que abatieron el de nuestros contrarios, que perdida la larga tranquilidad de que venian disfrutando, se acostumbraban mal á aquella incesante movilidad, á aquella falta de seguridad y áun del conocimiento anticipado de nuestras marchas y operaciones, que siendo ahora diarias, decididas sobre el terreno, y empezada la desorganizacion de sus espías y correos, les cogian desprevenidos siempre, y de sorpresa con frecuencia, obligándoles en breve á subdividir sus partidas para ocultarlas más fácilmente á nuestras pesquisas y reconocimientos, al paso que algunos hombres y familias, enterados por nuestros impresos y por los prisioneros puestos en libertad de nuestra benignidad y buena fe, empezaron á presentarse voluntariamente en nuestros campamentos y ciudades.

Por consecuencia de esta subdivision de las fuerzas rebeldes, empezaron las nuestras á operar por medios batallones desde mediados de Enero, suprimiendo por completo la artillería, con ventaja de la movilidad de nuestras columnas duplicadas en número, y con proporcional aumento del cansancio y miseria del enemigo y del de las presentaciones que empezaron á ser considerables.

La debilitacion sucesiva de los insurrectos nos permitió empezar á operar por compañías en Febrero, y á fines de este mes estaba el enemigo tan apocado, tan desorganizado y tan subdividido, que en 1.º de Marzo se pudo empezar á operar con grupos de quince hombres, que pululando en todos los sitios y direcciones, emboscados en las encrucijadas de las veredas de los montes y en los terrenos cultivados donde tenian que ir á buscar alimento, siguiendo todos los rastros y explorando minuciosamente las espesuras de los bosques, recogieron numerosas familias y prisioneros, produjeron numerosas presentaciones, y diseminaron de tal modo al enemigo, que á mediados de mes apenas daba muestras de su existencia, haciendo creer á los optimistas que realmente no lo habia, y á los más desconfiados,

que no llegaban á un par de centenares los que se ocultaban en todo el territorio de las Villas, número bien escaso dadas las condiciones topográficas y extension del terreno, y que no excedia seguramente al de los bandidos y negros huidos de sus amos (cimarrones) que habia habido en las mismas localidades en épocas normales, si bien careciendo de la bandera política que aún arbolaban los jefes ahora ocultos y dispersos.

Para disminuir el número de negros y contratados chinos, que á favor de las circunstancias se habian fugado de sus fincas, viviendo muchos de ellos en los montes sin unirse á los rebeldes, pero manteniéndose del robo y cometiendo frecuentes daños en la propiedad, dió el General, de acuerdo con Jovellar, el bando de 12 de Enero sobre arranchadores, que así se llaman ciertos hombres avezados al campo, que con la debida autorizacion se dedican á la persecucion y captura de los esclavos fugados, sin más retribucion que un tanto alzado por cada negro esclavo ó colono chino que cogen; dándoseles por este bando seis y dos onzas de oro respectivamente por cada uno de los primeros y segundos, siendo este pago hecho por los dueños, y quedando el valor total del aprehendido á favor del aprehensor cuando el dueño no parece.

La zafra se habia salvado; la cosecha tocaba casi á su término sin que el enemigo hubiera podido llevar á cabo sus deseos y amenazas y hasta sus intentonas de destruccion. No se habian destruido ni incendiado las fábricas ni viviendas de ningun ingenio; alguno que otro cañaveral aislado era todo lo que el enemigo habia conseguido incendiar, y el remedio habia sido siempre tan inmediato, que dominados los fuegos desde el primer momento, no habian causado daño ninguno de importancia. Por casualidad ó mala intencion, eran ordinariamente en tiempos demás, los incendios de cañaverales más destructores que lo habian sido este año, y esta disminucion en pleno estado de guerra, cuando

la destruccion era el objetivo más deseado del enemigo, y uno de los medios de presion más frecuentemente empleados por los prefectos y cabecillas de todas categorías para conseguir de los hacendados noticias, auxilios y sobre todo dinero, no puede atribuirse sino al mayor número de precauciones para que no se encendieran lumbres cerca de los campos de caña, á la mayor vigilancia de los esclavos y trabajadores, que concentrándose todas las noches para evitar una sorpresa, no tenían la libertad de vagar á su capricho, y al cuidado de las guarniciones de las torres fortificadas interesadas en evitar cualquier siniestro, que acudian á cortar el mal tan luégo como empezaba su aparicion. En muchas fincas quedaba mucha caña sin moler porque el año había sido excepcionalmente bueno, y la escasez de brazos esclavos y libres, y la de medios de arrastre, causada por la gran pérdida de bueyes y carretas durante la guerra, habían impedido dar á la recoleccion todo el impulso que la abundancia de caña exigia; y unos precios extraordinariamente altos para los azúcares, venian á levantar las fortunas de los hacendados y el espíritu agrícola ya muy decaido despues de lucha tan prolongada.

El General hubiera deseado continuar las operaciones por grupos de quince hombres y aún ménos numerosos, durante mes y medio más, y seguramente hubiera concluido con los restos dispersos de la insurreccion de las Villas, recogiendo por completo el fruto de su sistema militar y de su conducta política, que había continuado no sólo con firmeza, sino ensanchando su espíritu de tolerancia tanto como se lo habían permitido sus deseos de marchar de acuerdo con las demás autoridades, y de conservar la armonía con los elementos exagerados del partido español, que aún tocando los resultados miraban con prevenccion toda medida liberal ó tolerante, y otras causas ajenas á su voluntad.

A pesar de estos inconvenientes, además de sus contí-

nuas recomendaciones á todos los jefes y oficiales á sus órdenes, para evitar abusos de autoridad, vejacion y malos tratamientos irritantes, habia concedido racion de campaña á todos los presentados de ambos sexos, por el tiempo necesario para buscar trabajo ó esperar el resultado de los que por cuenta propia emprendian en los campos cercanos de nuestros establecimientos; los habia dejado en libertad de ir á donde quisieran avecindarse y en el punto que más les conviniera, auxiliándoles en lo posible para la construccion de sus habitaciones y desmante de sus tierras; habia interpuesto su amistad con el general Jovellar y su influencia con otras autoridades para activar gran número de expedientes, de orfandades, viudedades, pensiones de todas clases, indemnizaciones, devoluciones de bienes embargados, excarcelaciones, sobrecimientos de sumarias y otros asuntos en que con frecuencia conseguia sus deseos, haciendo siempre comprender á los interesados la buena fe y propósitos que animaban al Gobierno, al Gobernador Superior y á él mismo, para que las leyes se cumplieran y la moralidad y la justicia fueran un hecho en la vida pública de la Isla.

Además de estos esfuerzos particulares, de acuerdo con el general Jovellar, dió en 8 de Febrero un decreto indultando á todos los naturales ó avecindados en las jurisdicciones de Sancti-Spiritus, Remedios, Trinidad, Villa-Clara, Sagua la Grande, Cienfuegos, y en una palabra, á todos los de Occidente de la Trocha que por medidas gubernativas se hallaban presos ó desterrados en Isla de Pinos por sospechas de infidencia ó delitos políticos. Muchos fueron los que á consecuencia de este decreto volvieron á sus casas y familias despues de largos años de extrañamiento, y no poco contribuyó esta medida á levantar en nuestro favor el ánimo de los insulares, dándoles confianza en el porvenir. El 9 de Febrero se pasaba una circular á los jueces y tenientes gobernadores de los mismos territorios, mandándo-

les poner en libertad á todos los presos y confinados comprendidos en el decreto del día anterior; y al siguiente, 10, se autorizaba á los mismos para expedir á los recién libertados pasaporte para el punto que lo desearan, sin restriccion de ningun género.

Mayores eran los deseos de Martínez Campos en sentido liberal, y á obrar segun sus convicciones, hubiera concedido desde luégo á la isla de Cuba todas las libertades político-administrativas planteadas años atrás en Puerto-Rico, y prometidas por el Gobierno á esta Isla cuando la situacion se normalizara. En su juicio, era la falta de estas libertades una de las causas del malestar que nos aquejaba, y más lógico en esto que el Gobierno, creia que para curar el mal fácilmente era conveniente suprimir las causas que lo originaran, al paso que el Gobierno podia una curacion completa ántes de suprimir las causas de la enfermedad. Concedidos aquellos derechos, *desideratum* de muchos liberales sensatos del país, se hubiera quitado á gran número de insurrectos su razon de serlo y su bandera, mucho más si la moralidad y la justicia en el Gobierno y en la Administracion se armonizaba lentamente con los deseos generales: pero obstáculos indicados ya anteriormente, y otros ajenos al objeto de este estudio, le privaban de la libertad de accion, y preciso es confesar que obraba prudente y patrióticamente en plegarse á las circunstancias que le rodeaban, y que era y aún es numeroso, y más que numeroso influyente el partido de oposicion que en la Isla tiene la política de progreso liberal.

IV.

GENERALIZACION DE LA CAMPAÑA ACTIVA.

Razones para avanzar y generalizar la campaña. — Preparativos. — Orden general del ejército. — Avance y establecimiento de las fuerzas. — Estado del Centro. — Operaciones. — Reconstrucción. — Holguín y Tunas. — Bayamo. — Primeros tratos de los jefes insurrectos. — Cuba. — Las Villas.

A pesar de los deseos del General en jefe, de continuar operando en las Villas con grupos de quince, de diez y de cinco soldados, hasta desarraigar de ellas por la fuerza los últimos restos de la rebelión, ya que las circunstancias le impedían el quitarla su bandera; tenía razones poderosas que le obligaban á precipitar los sucesos llevando la guerra á otros departamentos.

Estaba en primer término, la opinión pública en la Península; sabía el país que con el General habían venido á Cuba unos 20.000 hombres, y que para activar esta guerra se había hecho un empréstito de 15 millones de pesos; pero no sabía el número de bajas que las enfermedades habían producido, el de enfermos inútiles enviados á la Península, y el mayor aún de licencias absolutas dadas por el General desde un principio á soldados que llevaban años de cumplido su tiempo de servicio y habían hecho toda la campaña. Aunque le privaba de los mejores soldados, era esta

medida de justicia una de las primeras que habia tomado, así como la de enviar á la Península gran número de soldados enfermizos y enclenques, naturalezas anémicas empobrecidas por la fatiga y el clima, las privaciones y enfermedades, que podian restablecerse en la madre patria, al paso que aquí aumentaban solo nominalmente el número de nuestras fuerzas, y en realidad el de nuestros cuidados é inconvenientes, porque eran huéspedes contínuos en hospitales, ya muy escasos para las atenciones del ejército, y originaban gastos de muchísima consideracion, sin beneficio propio y con gravísimo perjuicio del Estado y de los demás enfermos.

Todas estas causas habian disminuido el número de soldados disponibles, hasta el punto que á fines de Marzo eran las fuerzas en la Isla muy poco mayores que las que figuraban en los estados que el General encontró á su llegada; pero el público no lo sabía, como tampoco el que de los 15 millones del empréstito, gran parte no habia venido á la Isla, y todo él era pequeño comparado con las deudas que pesaban cuando se hizo, sobre el Tesoro de Cuba, que tenía atrasados los pagos de todos los servicios civiles y de guerra, incluso las pagas de empleados, oficiales y soldados, en cantidades mucho más considerables que las allegadas por el empréstito.

Por otra parte, el carácter de esta guerra tan penosa y llena de privaciones y miserias para el ejército, es oscura y poco fecunda en hechos brillantes. Hay marchas incesantes por un país vacío, en las que cada cual debe llevar sobre sí lo que necesita para muchos días; hay fatigas indecibles bajo un sol devorador, ó con lluvias torrenciales; noches pasadas sobre el fango y acosados por los mosquitos y jejenes; sorpresas y emboscadas en que apenas se ve al enemigo que nos hiere; pero no hay batallas, no hay plazas tomadas, no hay, en fin, ninguno de esos hechos de armas ruidosos ó decisivos, que al par que levantan el espíritu del

soldado, mantienen el de la nación. El General, modesto por carácter, no quería llenar las columnas de los diarios con relaciones siempre parecidas, de marchas, reconocimientos y exploraciones; con partes de combates cuyos resultados son algun muerto ó herido y en los que no se ha visto al enemigo; con descripciones de operaciones que terminan recogiendo algunas familias ó con la destruccion de algunos sembrados, hechos todos importantes para el buen éxito de la campaña, pero poco á propósito para excitar la atención pública, mucho más cuando tanto se habia abusado de ellos. Por el contrario, sus esfuerzos habian tendido desde el principio á hacer que los partes fueran sobrios en detalles, concisos y verdaderos, enterándose por sí mismo sobre el terreno de lo que cada jefe de columna hacía, pero sin publicar más que breves extractos con los resultados obtenidos; y la opinion pública, que conocia los sacrificios hechos por la nación, pero no que los hombres enviados eran relevo de cumplidos é inútiles, y el dinero pago escaso de deudas atrasadas, y que ninguna noticia tenía del ejército expedicionario, se admiraba impaciente y esperaba saber de un momento á otro hechos decisivos en la campaña, augurando malos resultados del silencioso trabajo del General, y explotándose la característica impresionabilidad de nuestro pueblo por gentes mal avenidas con lo existente, ó envidiosas quizás de sus laureles, para interpretar en mal sentido el modesto silencio del general Martínez Campos.

El Gobierno, anheloso de acallar las oposiciones, deseaba el anuncio de la pacificación de las Villas, como una noticia de sensacion que habia de satisfacer la opinion del país, y escaso de recursos y con pocas facilidades para mandar nuevos refuerzos, ansiaba el avance de nuestras tropas hácia el Centro y Oriente, creyéndolo prólogo de una próxima terminacion de la guerra. El General, como ya he dicho, creía conveniente prolongar aún por mes y medio las operaciones por pequeños grupos, tanto para dejar el departa-

mento Occidental perfectamente limpio y pacificado y disponer de más fuerzas en el momento del avance, cuanto para dar tiempo á la llegada de acémilas, bueyes y carretas pedidas muy de antemano, pero que aún no habian llegado por las dificultades de todas clases con que el general Jovellar tropezaba para su adquisicion; pero, por otra parte, sabía los apuros y deseos del Gobierno, y queria ayudarle cuanto le fuera posible, y evitar, si se podia, que se exigieran nuevos sacrificios al país; tocaba á cada momento los inconvenientes de la falta de dinero, y sabía que la penuria habia de aumentar de dia en dia, y sobre todo pesaba en su ánimo la reflexion de que el mes y medio que la extirpacion del enemigo en las Villas requería, era casi todo lo que de estacion seca quedaba. Si no aprovechaba este tiempo para hacer el movimiento de avance y establecer en el nuevo teatro de la guerra ofensiva, los centros de zona y racionamientos con sus depósitos, enfermerías y abrigos para el soldado; venidas las aguas (Junio), las marchas por país desprovisto de todo serian mucho más lentas y penosas; los arrastres de víveres, difíciles ya por la escasez de elementos, se harian casi imposibles por empantanamiento de los caminos, y sin centros, sin raciones, sin enfermerías y sin abrigos, en la estacion más enfermiza, la campaña sería desastrosa, y pronto quedaria inutilizada y en los hospitales la mayor parte de sus fuerzas. De no hacer el avance inmediatamente, era preciso prorogarlo hasta Noviembre, es decir, prolongar la campaña un año más; y despues de meditar bien todas estas razones, decidió el General iniciar en seguida el movimiento, aún creyendo prematura su salida de las Villas.

Los hacendados de Occidente no veian tampoco con tranquilidad este movimiento; alarmábanse á la idea de una considerable disminucion de fuerzas, que segun su juicio dejaba sus fincas á merced de un enemigo escaso en el campo sí, pero crecido en las ciudades por la benignidad

y tolerancia del General, que segun decian, y no sin que algunos hechos parecieran darles la razon, no habia hecho más que ingratos, dando á los simpatizadores más ó ménos embozados de la insurreccion, la audacia de la impunidad, audacia que, en su juicio, sólo con severos ejemplares podia contenerse.

Cediendo en parte al espíritu de estos alarmados pesimistas, dió el General el 23 de Marzo (77), un bando por el que considerando como bandidos á los insurrectos dispersos que no se presentaran á nuestras autoridades ántes de finalizar el mes, mandaba que fueran juzgados y sentenciados á muerte todos los aprehendidos con las armas en la mano. Este bando, poco en armonía con su política general, y ménos aún con sus sentimientos personales, no produjo víctima ninguna ni fué puesto en práctica, porque pocos dias despues daba instrucciones reservadas á todos los jefes que quedaban mandando en las Villas, para que no se separaran bajo ningun pretexto de la línea de conducta generosa y humanitaria que desde el principio de la campaña habia establecido.

Decidido el movimiento de avance, era aún preciso determinar el departamento á que debia llevar la guerra, ó si debia emprenderla en los dos al mismo tiempo. He dicho anteriormente que en el Centro quedaba poca riqueza que conservar, y no era por esto tan urgente su pacificacion, siendo por otra parte obra más fácil, ya por ser su terreno ménos accidentado, ya por ser ménos extenso (poco más de 600 leguas cuadradas). El departamento Oriental, por el contrario, era vastísimo (Tunas y Holguin 600; Bayamo, Manzanillo y Jiguani 300, y Cuba más de 1.000 leguas cuadradas): con un terreno quebrado, áspero y difficilísimo para operar, teniendo además en él zonas de cultivo importantísimas por su extension y riqueza. En Oriente era donde más falta hacian los refuerzos, donde más potente estaba la insurreccion, y donde debia combatirsela primero para ha-

cerlo con mayores fuerzas y con más vigorosos soldados. Esto era indudablemente lo más militar, y creo que así lo pensaba el General en jefe, pero no era lo más político, y había poderosas razones para obrar de otro modo. Si la Trocha del Jucaro á Moron hubiera sido una verdad, si hubiera sido un obstáculo real para impedir la invasion de las Villas, no hubiera habido inconveniente ni aún duda en enviar todas las fuerzas disponibles al departamento Oriental; pero estaba muy léjos de ser así, y aunque las condiciones de defensa de aquella línea militar habian mejorado mucho con la terminacion de sus torres y prolongacion de la via-férrea, que se habia rehecho en gran parte así como la estacada, aún quedaba mucho por hacer y tal como estaba no hubiera sido difícil forzar su paso, aún para un enemigo poco numeroso. La invasion de las Villas, despues de haber sacado de ellas gran parte de las tropas, nos hubiera sido funesta: hubiera sido la pérdida de todo lo ganado en el espíritu público y en el campo insurrecto, á fuerza de constancia y trabajos; la destruccion segura de la mayor y mejor parte de la riquera de la Isla, y con ella el agotamiento de la única fuente de nuestros recursos, al par que la reanimacion del partido rebelde, ya muy desalentado.

Alarmados los jefes insurrectos con la rapidez y buenos resultados de la nueva campaña, y más aún con la levantada política de atraccion y la generosa conducta del General en jefe, necesitaban algo que reanimara el espíritu de sus partidarios, y para ello, ninguna empresa de resultados más brillantes y positivos, que cruzar la Trocha, invadir los riquísimos territorios de las Villas, encender allí de nuevo la guerra, reunir los dispersos, atraerse los vacilantes, destruir nuestras riquezas, y con ellas casi todas las probabilidades de mantenernos en la Isla. Vicente García, designado por el Gobierno insurrecto para jefe de esta expedicion, se habia adelantado por el Centro reuniendo su gente en las cercanías de Ciego de Ávila, y aún cuando eran

poco conocedores del terreno que iban á invadir, hubieran encontrado entre los dispersos y rezagados prácticos inteligentes que los guiaran y partidarios que aumentaran sus fuerzas, sin contar con que los numerosos presentados y recogidos, temian el porvenir, y abrigaban respecto á la buena fe del Gobierno y la de los que sucederle pudieran, una desconfianza harto justificada por nuestro mal, con nuestra anterior conducta, y por tantas y tantas promesas hechas y no cumplidas, y era muy fácil que fueran de nuevo arrastrados al campo.

Si se llevaba á Oriente toda la guerra activa, quedaba el enemigo dueño del Centro y libre para moverse, y aglomerar sus fuerzas y elementos cerca de la Trocha, cuyo paso no era difícil, é inminente la invasion de las Villas, con todas las fatales consecuencias que he apuntado. Necesario era por lo tanto ocupar la atencion de enemigo en el Camagüey, llevándoles la guerra activa para desorganizarlos, y como por otra parte y diré en su lugar, el mal era grave en Oriente, habia que activar las operaciones en ambos departamentos, aceptando para evitarlos mayores, los inconvenientes de subdividir nuestras ya mermadas fuerzas para abrazar en sus operaciones un terreno vastísimo.

Respondiendo á su nuevo plan de campaña, mandó desde luégo el General preparar los buques que habian de trasportar las tropas, reunió los cuerpos que debian embarcarse y los concentró en los puntos de Cienfuegos, Trinidad, Tunas de Zaza y Júcaro al Sur, y en Sagua la Grande y Remedios al Norte; haciendo converger al mismo tiempo sobre la Trocha las fuerzas que habian de avanzar á través del departamento del Centro, ya para situarse en él, ya para hacerlo en el departamento Oriental, dejando en las Villas suficientes fuerzas para evitar la reunion de los escasos enemigos que en ellas quedaban y continuar con actividad su persecucion; fuerzas más numerosas aún que las que en

aquel territorio habia encontrado á su llegada, cuando los insurrectos estaban potentes en él.

El 23 de Marzo daba la órden general de distribucion del ejército para la nueva campaña bajo la forma siguiente :

Comandancia general de Cuba al mando del general Saenz de Tejada con tres brigadas : 1.^a, la de Guantanamo; 2.^a, Sagua de Tanamo y Mayari, y 3.^a, la de Cuba con centros en Palma Soriano y Canto-abajo, y mandadas respectivamente por los brigadieres Bargés, Galbis y Polavieja.

Comandancia general de Holguin y las Tunas, mandada por el general Morales de los Rios, con las dos brigadas: 1.^a, Holguin, y 2.^a, Tunas, mandadas por los brigadieres Daban y Valera.

Comandancia general de Bayamo, Manzanillo y Jiguani, al mando del general Cortijo, con dos brigadas : 1.^a, Manzanillo, mandada por el brigadier Meduiña, y 2.^a, Bayamo por el brigadier Quesada.

Comandancia general del Centro, á las órdenes del general Cassola y las cuatro brigadas de Esponda, Lasso, Bonanza y Pando, que tenian sus centros respectivos en el Príncipe, Caunao, Najaza y Guaimaro, y además media brigada que, mandada por el coronel Vazquez, cubria el ferro-carril entre Puerto-Príncipe y Nuevitás.

Comandancia general de la trocha, mandada por el brigadier Rodriguez Arias.

Comandancia general de las Villas, con el general Armiñan y las tres brigadas de Spiritus y Remedios ; Villa-Clara y Sagua; y Cienfuegos y Trinidad, mandadas por los brigadieres Ayuso, Camino y Boniche, quedando además el brigadier Rodriguez Rivera con el mando de Matanzas.

En ésta, como en la organizacion anterior, hubo algunos jefes que ocuparon sus puestos poco tiempo. Así, el general Daban recién llegado de la Península, sucedió á Saenz de Tejada que falleció en Cuba; Cortijo que regresó á España,

fue relevado por Zea, y el brigadier Menduiña ascendido fué nombrado jefe de la subinspeccion de caballería nuevamente creada; las Villas se dividieron en dos comandancias generales, dejando el mando Armiñan, y tomando el general Figueroa el de las Villas-Occidentales, y el general Rodriguez Arias el de Spiritus, Remedios y la Trocha. Entre los jefes de brigada fueron los cambios más numerosos, exigidos por ascensos como el de los brigadieres Menduiña, Lasso, Rodriguez Arias y Bonanza, ya por enfermedades graves como las de los brigadieres Galbis y Fuentes ó por conveniencias del servicio.

El 1.º de Abril rompía el General en jefe el movimiento de avance, desde el Ciego de Ávila, poniéndose á la cabeza de una columna, con la que entraba cuatro días despues en Puerto-Príncipe y casi al mismo tiempo, y tambien de la Trocha salian otras dos que por distintos caminos terminaban su marcha en la capital del Camagüey, sin haber tenido ningun encuentro serio con el enemigo. Lo mismo sucedió con otra que salió el 6 de aquella ciudad al mando del general Prendergast y que por Guaimaro y Cascorro atravesó el departamento Central hasta Vitoria de las Tunas, yendo de allí por el Guamo á situarse en las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo. El General en jefe recorria al mismo tiempo la sierra de Najaza y la parte S. E. del mismo departamento, señalando á cada cuerpo su centro y zona de operaciones, organizándolo de un modo parecido al que habia empleado en las Villas, con las modificaciones que la localidad exigia, y despues de haber inspeccionado por si mismo la division y colocacion de fuerzas en el Camagüey, Holguin y Tunas, se unía el 3 de Mayo con el general Prendergast en Manzanillo, marchando los dos á Cuba para inspeccionar el modo con que allí se habian cumplido sus órdenes, porque simultáneamente con los movimientos por tierra que acabo de reseñar, las tropas de las Villas, concentradas de antemano en los puertos, como ya he dicho,

se embarcaron parte en buques mercantes, parte en los de guerra, que multiplicaron sus viajes, y á mediados de Abril estaba terminado el movimiento, y cada cuerpo en el puesto designado empezaba sus operaciones militares y la construccion de enfermerías, depósitos y abrigos de los centros de zona.

Abraza ahora la guerra las tres cuartas partes del territorio de la Isla, y siendo las operaciones y movimientos subordinados á la topografía del terreno y condiciones del enemigo en cada jurisdicción, me sería imposible relatar los hechos de tanta pequeña columna, ni aún llevarlos todos de frente sin gran confusion. El sistema del General era el mismo, en cuanto las fuerzas ahora más escasas y las circunstancias locales lo permitían. El de los insurrectos era también, con corta diferencia, el mismo que sus compañeros de las Villas habían usado, y extenderme sobre uno y otro sería exponerme á repeticiones pesadas, y no siendo mi ánimo, como en el prólogo he dicho, hacer la historia militar de la campaña, resumiré todo lo posible las operaciones militares, haciendo, para mayor claridad, una reseña de las efectuadas en cada una de las Comandancias generales.

Durante la campaña de las Villas había habido en el Centro nueve batallones, fuerza escasa para atacar de una manera activa y provechosa á un enemigo crecido en número y espíritu, pero muy sobrada para la defensa de nuestras poblaciones, que era lo único que conservábamos y quedaba en pié en aquel ántes tan rico territorio, y aunque opuesto el General al antiguo sistema de operaciones con grandes masas, pesadas siempre y de escasos resultados por lo común, y más todavía, á las guarniciones numerosas en las ciudades, y al lujo de fortines y torres, que inútiles para proteger eficazmente los perímetros de las zonas de cultivo, ejercen una acción enervadora sobre el oficial, hastían al soldado con su monotonía inacción y apocan el ánimo de los

habitantes; no habia querido variar nada de lo que á su llegada existia sin un perfecto conocimiento de las localidades y sin verlo todo por sí mismo. Una visita detenida á todos los puntos de la Isla le hubiera separado por mucho tiempo de las Villas, donde concentraba todos sus esfuerzos y atencion, y no habia querido pasar al Este de la Trocha sino de un modo definitivo, dejando por lo tanto las cosas en el estado en que las encontró al tomar el mando, hasta el momento en que trasladó la guerra al Centro y Oriente.

Habia, sin embargo, comisionado al general Prendergast para que visitase todos los puntos de la Isla en que teníamos fuerza, inspeccionando todos los servicios, especialmente el de hospitales y racionamientos; y la luminosa Memoria que presentó al terminar su comision, producto de sus concienzudas y minuciosas visitas y perspicaces observaciones, facilitó en gran manera el trabajo personal del General en jefe.

Era el departamento Central, como ya he indicado, el que más habia sufrido los males de la guerra; fuera de Puerto Príncipe, Nuevitas y Santa Cruz del Sur, apénas quedaban en pié dos ó tres poblados poco considerables, habiendo desaparecido por completo arrasados por el incendio algunos muy importantes, cuya poblacion en tiempos mejores habia llegado á seis y ocho mil almas, que ahora aumentaban la de los montes, ó la aglomeraba sin hogares, trabajo ni recursos en nuestras poblaciones. Conservábamos como puntos estratégicos algunos fuertes, pero fuera de esos establecimientos aislados en que aún tremolaba nuestra bandera, el país estaba destruido en absoluto; para nosotros era un desierto. Las praderas (potreros) se habian cubierto de espesa maleza y monte bajo; las cercas que separaban las antiguas fincas habian sido quemadas; los caminos que las unian entre sí estaban cerrados por la vegetacion; los ántes innumerables ganados habian desaparecido casi por completo, encontrándose apénas alguna que otra res aislada y

salvaje, donde al empezar la guerra se contaban por millones el número de vacas y de cerdos; sólo alguna pared arruinada, algún monton de escombros calcinados y ennegrecidos, y casi cubiertos por una vigorosa vegetacion, señalaban los sitios donde se alzaron en otro tiempo las numerosas y hospitalarias casas de vivienda de los ántes opulentos, hoy míseros propietarios del Camagüey; y ni alrededor de nuestros fuertes, ni aún al de la misma capital, había zona de cultivo que ayudara al mantenimiento de sus míseros habitantes y de los en ella refugiados. Todo, absolutamente todo lo necesario para la vida venía de fuera, y como no había industria, ni agricultura, ni produccion, ni trabajo de ningun género, la miseria se había extendido, ganando primero á las clases trabajadoras, á los pequeños propietarios despues, y finalmente á los más poderosos hacendados que habían agotado en nueve años de inaccion y de guerra sus recursos metálicos, su crédito, y por último, las alhajas compradas en dias más felices, llegando la necesidad y miseria pública á un extremo horrible á principios de 1878. Los que nunca habían conocido los apuros de la estrechez, los que no comprendían la necesidad del trabajo, los que siempre vivieron en una lujosa opulencia, los que no sabían andar á pié, buscaban en vano alivio á su afflictiva posicion en trabajos penosos y mal retribuidos, considerándose felices cuando podían encontrarlos, y la caridad, la distribucion de víveres y limosnas, no bastaban á impedir los horrores del hambre que se dejaban sentir entre muchos de aquellos infelices, entre los que han sido frecuentes, casi generales, los ejemplos de dignidad y valerosa resignacion, tanto más notables cuanto mayor era la opulencia con que la mayor parte había vivido hasta la época de la insurreccion.

Preciso era ante cuadro tan angustioso, no sólo batir la rebelion del campo, sino crear á la par en las ciudades elementos de vida para los habitantes que aún se conservaban

fieles á la causa española, y para las numerosas familias que el temor á la miseria mantenía en los montes y que era de esperar se presentarían tan luégo como empezando las operaciones activas llegara á su conocimiento, por experiencia de sus allegados, lo que la fama llevaba á sus oídos respecto á la conducta humana y tolerante del General en jefe y del ejército que mandaba. Era necesario reconstruir el país, hacer frente á las escaseces y miserias actuales, y preparar las cosas de modo que se evitara que la mejora del espíritu público, y la consiguiente aglomeración de presentados no sólo no fuera un bien, sino que se convirtiera en un mal gravísimo, aumentando la miseria ya excesiva.

Importantísimo era el mando del departamento Central bajo el punto de vista militar, pero aún lo era mucho más, considerado como mando político, tanto por el estado que dejó narrado, cuanto por ser la capital cuna de muchos y muy principales jefes de la insurrección, y asiento de la mayoría de sus familias. El general Cassola, que había hecho esta campaña como oficial subalterno, que se había ganado una buena reputación militar como jefe y oficial general en las de la Península, aumentándola en la actual con el acertado desempeño de la Comandancia general de las Villas occidentales, joven, activísimo, trabajador y estudioso, justificó bien, como diré más adelante, la confianza que en sus cualidades tenía el General en jefe, eligiéndole para mando tan difícil y delicado.

Hízose aquí á imitación de las Villas una operación preliminar de reconocimiento por columnas combinadas, que por el número del enemigo y la extensión de las marchas, fueron esta vez de dos batallones y un escuadrón, y terminada ésta sin que el enemigo se atreviera á provocar un encuentro formal, y colocadas en sus zonas respectivas las fuerzas de cada una de las cuatro y medias brigadas que el general Cassola tenía á sus órdenes, aumentó hasta ocho el número de los centros, y poco después hasta diez y seis,

creando en todos ellos depósitos de víveres, enfermerías y abrigos, y uniéndolos todos con Puerto-Príncipe por medio de una red telegráfica.

De advertir es, que todos los edificios para almacenes de víveres y efectos, hospitales y barracones, abrigos para las tropas de los centros de zona de toda la Isla, así como los telégrafos y fortificaciones, han sido dirigidos en su mayor parte por los ingenieros militares, y hechos por los mismos soldados con materiales sacados de los montes próximos, casi sin ningún gasto para el Erario. Empleábanse en estos trabajos las guardias necesarias de cada centro, los enclenques y convalecientes que no podían resistir las fatigas de las operaciones activas, y muy especialmente los bomberos del país y milicias de color, que por su práctica de los recursos del monte para esta clase de obras, las construyen con tanta rapidez como economía.

Situada cada fuerza en su zona, operaron en seguida, según las reglas é instrucciones dadas en las Villas, y poco á poco, y á medida que nuestras armas adelantaban, fué subdividiendo las columnas, hasta llegar á principios de Diciembre á operar por grupos de quince á treinta hombres, ayudando la fortuna de tal modo sus inteligentes disposiciones, que en su largo y extenso mando no ha habido que registrar un solo hecho de armas desgraciado para nuestras tropas, ni un ataque á la línea férrea del Príncipe á Nuevitas, única en el Departamento, y doblemente importante como medio de comunicacion con el exterior, y único seguro para el racionamiento de todo el territorio de su mando y abastecimiento de la capital de todo lo necesario para la vida.

Al mismo tiempo que impulsaba vigorosamente las operaciones militares, dirigido unas veces, estimulado otras, y auxiliado siempre por el General en jefe, con medidas como la libertad de los prisioneros, levantamiento de destierros, excarcelacion de sospechosos é infidentes, devoluciones de

bienes embargados, exenciones de contribucion por cinco años, repartimiento de terrenos realengos entre las clases pobres, creacion de talleres, iniciacion de suscripciones para facilitar auxilios á los necesitados y reconstruir el país y otras medidas que en lugar oportuno he de examinar, y sobre todo con el planteamiento en todas las esferas y centros de autoridad y gobierno de la política de atraccion, tolerancia, moralidad proseguida con tanta firmeza por el general Martinez Campos, fué levantando el abatido espíritu de aquellos habitantes, suavizando sus sentimientos de hospitalidad y desconfianza hácia nosotros, y haciéndoles concebir fundadas esperanzas en un porvenir más halagüeño y no lejano. Aprovechó tambien desde los primeros momentos los síntomas de subdivision y abatimiento del enemigo para animar á los que estaban á nuestro lado, y en cuanto el número de presentados lo permitió fué creando primero y aumentando despues, zonas de cultivo importantes alrededor de los fuertes y poblados, que al par que apegaban los recien llegados á los intereses que ellos mismos creaban, fueron lentamente destruyendo la miseria producida por nueve años de guerra asoladora.

Dificil por la falta de comunicaciones, largas distancias desde los puertos de desembarque á los centros de operaciones y escasez de medios de arrastre, ha sido el mando de Holguin y las Tunas. Esta última ciudad, sorprendida el año ántes por una vergonzosa traicion, habia quedado reducida á un informe monton de escombros ennegrecidos por el incendio con que el enemigo habia terminado el saqueo, coronando otra vandálica con el degüello á sangre fría de doscientos inermes prisioneros. Ni una sola de sus casas quedaba en pié, cuando á mediados de Abril (1877) convergieron en ella una columna que con el general Prendergast venía de las Villas y el Príncipe, y otra mandada por el brigadier Valera que venía de Holguin. Este último jefe, nombrado para dirigir las operaciones de esta zona,

las empezó activamente desde luégo, al par que bajo su direccion se aclaraban las calles obstruidas por las ruinas, y empezaba la reconstruccion de la poco ántes floreciente poblacion.

El comandante general Morales de los Rios procuró hacer frente á las dificultades de su mando, pero las causas ya indicadas, la escasez de las fuerzas de que disponia y el gran número de enfermos, no permitieron aquí como en otras partes plantear por completo el sistema de zonas, multiplicando los centros de racionamiento y operaciones, siendo tardía su instalacion por haberse adelantado la época de las aguas, y habiendo pasado por esto nuestras tropas grandes trabajos y privaciones, y aún hambre algunas veces. La necesidad obligaba á llevar convoyes pesados á largas distancias y sin caminos, y aunque por regla general hayan tenido las operaciones un éxito feliz, hemos tenido algun encuentro parcial y algunas sorpresas de pequeñas escoltas, cuyo resultado ha sido desfavorable. A pesar de todas las dificultades con que luchaba, iba el general Morales de los Rios dominándolas poco á poco, levantando mucho el espíritu de los habitantes de su jurisdiccion. Buena prueba de ello son el concurso activo y brillantes servicios prestados por los voluntarios de todos aquellos poblados, insulares en su gran mayoría; y aunque más adelante haya de hablar de todos los de la Isla, no quiero pasar á ocuparme de otra Comandancia general sin consagrar un elogio bien merecido al constante valor y fidelidad de los de Fray Benito, Samá, Jibara, San Andrés, Santa María y otros de esta jurisdiccion.

En Bayamo, Jiguani y Manzanillo, pertenecientes entónces á la Comandancia general de Cuba, habian sido las operaciones poco activas hasta el momento del avance; se habia, sin embargo, creado un batallon compuesto de las guerrillas locales, que organizado y mandado por el activísimo coronel Miret, prestó desde principios de 1878 servicios bri-

llantes y de importancia suma. Al empezar el mes de Abril tomó el mando de estas tres jurisdicciones, separadas de la de Cuba, para formar una nueva Comandancia, el general Cortijo, quien con su característica actividad planteó acto continuo aquí el sistema de centros por zonas de batallón que tan excelentes resultados había dado en su mando de Sancti-Spiritus, creando también los depósitos, enfermerías y líneas telegráficas necesarias. Las operaciones emprendidas desde el primer momento arrojaron al enemigo muy pronto de los llanos de Manzanillo hacia las escabrosidades de la Sierra-Maestra, donde se estableció también una de nuestras brigadas con sus centros en las primeras estribaciones, operando en el mismo terreno el batallón de guerrilleros del país organizado por el coronel Miret. Sostuviéronse muchos y felicísimos encuentros con el enemigo, que hasta entonces no se había visto incomodado en aquel laberinto de montañas, refugio que ellos creían seguro y en el que jamás nos atreveríamos á penetrar; destruyeron muchas y extensas siembras, privándole de sus abundantes recursos, y abatidos y obligados á subdivirse y estar en movilidad continua, empezaron á presentarse gran número de familias, con cuyo motivo empezaron á ensancharse las zonas de cultivo de nuestros poblados.

A mediados de Setiembre, acosado y destrozado por la activa persecución de nuestras fuerzas, estaba el enemigo de la sierra desalentado y ansioso de descanso. Aprovecharon hábilmente aquella disposición de ánimo el brigadier Daban y el coronel Miret, y el 20 tuvieron estos jefes y los generales Cortijo y Bonanza una conferencia con los cabecillas insurrectos Antonio Bello, Félix Marcano, Enrique Céspedes, Valeriano y otros, asistiendo también Estéban Varona, insurrecto influyente aprehendido poco ántes por las fuerzas de la brigada Bonanza, en las cercanías de Santa Cruz del Sur (Centro).

Manifestáronse los jefes insurrectos cansados de una

guerra que destrozaba al país sin ventaja ni esperanza alguna, y propicios de una paz que asegurase el porvenir de la Isla, añadiendo que nada querían hacer sin contar con la anuencia del Gobierno y Cámaras insurrectas, acordándose en la reunión que el brigadier Daban y Estéban de Varona fueran á conferenciar con el General en jefe y general Jovellar, haciéndoles presentes las buenas disposiciones de estos jefes, para que en su vista los autorizaran á ponerse en comunicacion con lo que ellos llamaban su gobierno, y acordaran las concesiones ó garantías que pensaban conceder á los rebeldes. Hizose así, y el 28 regresaban Daban y Varona á Manzanillo, donde despues de una nueva conferencia, nombraron los insurrectos á los coroucles Bello y Santistéban y al teniente Rivero, ayudante del primero, para que en union con Estéban de Varona, que voluntariamente se ofrecia á ello, buscasen al Gobierno y Cámara de diputados rebeldes, y les participasen el estado de la insurreccion en Bayamo, y los buenos deseos del General en jefe. Salieron, pues, los comisionados, desembarcando en Santa Cruz, y por Contramaestre llegaron á Chorrillo, donde dejaron nuestras fuerzas, marchando solos, provistos de salvo-conductos y guiados por Agustin Castellanos, práctico de uno de nuestros batallones. En la mañana del 5 de Octubre encontraron alguna fuerza cubana, mandada por Máximo Gomez, quien ya debía tener conocimiento del objeto de los comisionados, porque sin indagar otra cosa que su procedencia de nuestras líneas, y sin querer oír sus explicaciones, mandó amarrar á los cinco y envió aviso al Gobierno que se hallaba á dos leguas, en Ceiba Mocha, llevándolos el mismo dia á aquel punto. Fueron allí interrogados por el titulado presidente Tomás Estrada y los generales Máximo Gomez y Javier Céspedes, y aunque dijeron que nada habian acordado con los españoles ni traian más mision que exponer el estado precario y el espíritu de cansancio que reinaba entre los insurrectos de Bayamo, así

como los buenos deseos que animaban á los generales Martínez Campos y Jovellar, fueron puestos en el cepo terminado que hubo el interrogatorio. Al día siguiente, 6, salió el presidente Estrada y el Gobierno hácia Bayamo con objeto de reanimar el espíritu de la fuerzas rebeldes de aquella jurisdicción, y quizás con el de no presenciar el horrible crimen que se preparaba, atentado tanto más infame y vergonzoso para Estrada, cuanto que hay gravísimos indicios para asegurar que la prision de Varona por nuestras tropas fué en cierto modo buscada por él mismo y de acuerdo con el presidente, con objeto de avistarse con el General en jefe, y saber hasta qué punto estaba dispuesto á hacer concesiones y dar garantías para asegurar la paz y el porvenir de Cuba. El mismo día llevó Máximo Gomez los prisioneros á San Martín de Vialla, donde se hallaba toda la Cámara con el brigadier Goyo Benítez. Allí se sujetó á Varona y al práctico Castellanos á un consejo de guerra verbal, y á pesar de la enérgica defensa del diputado Aurelio Estrada, fueron condenados á muerte y ahorcados en la mañana del 7, á la vista de Bello, Santistéban y Rivero. Estos, como pertenecientes al ejército cubano, fueron sujetos á un consejo de guerra ordinario, y aunque bien defendidos por los diputados Betancourt, Perez Trujillo y Marcos García, fueron condenados á ser pasados por las armas los dos coroneles y á degradacion y presidio el teniente Rivero. Notificóseles la sentencia el 9, dándoles una hora para escribir á sus familias, y se formó el cuadro para ejecutarlos. Salváronse, sin embargo, porque los asesinatos de Varona y Castellanos habian causado mal efecto entre los soldados y diputados cubanos, protestando varios de ellos contra esta nueva sentencia, por falta de formas. Máximo Gomez, no creyéndose seguro de las tropas que allí estaban, ó no queriendo romper de frente con la Cámara, acordó aplazar la ejecucion hasta que la sentencia fuera aprobada por el presidente Estrada. Gracias á esto pudieron escapar los prisioneros du-

rante una marcha, acompañados por el oficial que los custodiaba, llegando á nuestro campamento de Santa Ana despues de correr á pié diez y seis leguas en siete horas, y el 18 de Octubre entraban en Manzanillo.

Con el acto de ferocidad mencionado habia querido Máximo Gomez, no sólo amedrentar á los que con nosotros tuvieran relaciones, sino tambien, y muy principalmente, colocar al Gobierno y más influyentes jefes cubanos en una actitud irreconciliable con el General en jefe, asesinando á los que iban autorizados con sus salvo-conductos. Así creia contener los efectos que nuestras incesantes operaciones militares y nuestra generosa conducta iban causando en el campo rebelde, suavizando los ánimos ántes tan enconados y predisponiendo á muchos de sus jefes á aceptar como conveniente la idea de una paz que garantizase algunas libertades y derechos políticos para Cuba, permitiéndoles dejar con seguridad una vida tan azarosa y llena de fatigas y privaciones.

Pero estos cálculos salieron fallidos; durante la mision de Bello y Santistéban habia habido de hecho una suspension de hostilidades entre nuestras tropas y las que aquéllos mandaban en Manzanillo; los soldados insurrectos en diario contacto con los nuestros habian fraternizado de tal modo, que áun sin el bárbaro atropello de que los comisionados habian sido víctimas, y que hacía imposible su continuacion en el campo rebelde, sus mismas fuerzas convencidas ya de que se les habia ocultado la verdad de los hechos, haciéndoles concebir temores y desconfianzas sin fundamento, hubieran ejercido presion sobre sus jefes para presentarse en masa, ó hubieran desertado para hacerlo por pequeños grupos. Hiciéronlo todos con sus jefes á la cabeza, y fué esta presentacion importantísima, no sólo por la fuerza material que quitaba al enemigo, sino por ser esta la primera señal positiva de que la organizacion insurrecta perdía su cohesión y empezaba á desmoronarse. Siguiéron á

ésta otras presentaciones más ó ménos numerosas, pero que aumentaron las inquietudes y mataron para siempre la confianza de los jefes rebeldes entre sí y en los soldados que á sus órdenes tenían.

Los crueles asesinatos cometidos por Gomez y sus partidarios habian acentuado aún más rivalidades ya muy antiguas entre los jefes rebeldes, exacerbando los ánimos entre civiles y militares, blancos y de color, cuyas aspiraciones eran diferentes, y á quienes sólo el peligro comun mantenía unidos. Tampoco logró cortar las comunicaciones que los insurrectos, jefes y soldados mantenian con sus familias y presentados en nuestro campo, comunicaciones toleradas y aún favorecidas y aprovechadas en algunos casos por nuestros jefes, que sabian que cuanto más fáciles y frecuentes fueran estas relaciones, menores serian las desconfianzas que mantenian el espíritu de hostilidad, ventaja muy superior al pequeño inconveniente de que los insurrectos recibieran alguna noticia ó pequeño auxilio enviado por sus familias; siendo, como ya he dicho, imposible evitar que adquirieran unas y otras en nuestras poblaciones, si tenían dinero para pagarlos.

Era el departamento Oriental, no sólo el más extenso, sino el de territorio más áspero y desconocido. Sierra Maestra al Sur y Oeste; los montes de Guantanamo y el Toro ó Rouge al Este; los Pilotos, Pinares de Mayari, el Cristal y Cuchillas de Baracoa al Norte, entrelazan sus contrafuertes y estribaciones formando un caos de montes espesos y empinados, separados por estrechas cañadas y profundos valles pantanosos con murallas roquizas, casi cortadas á pique (farallones), sobre el pedregoso cauce de los rios, que con frecuencia son el único camino practicable, ofrecian por doquier al enemigo escondidos abrigos y posiciones casi inexpugnables contra nuestras fuerzas, escasas no sólo para atacarle en sus guaridas, sino para defender zonas de cultivo tan importantes como las de ingenios de Cuba y Guanta-

namo, y vegas de Manzanillo, Mayari y Baracoa. Maceo, crecido á proporcion de la libertad de movimientos que nuestras escasas fuerzas le dejaban, recorria sin trabas todo el territorio, atacando nuestros convoyes y amagando los puntos que creia más débiles, habiendo invadido la jurisdiccion de Baracoa; amenazaba el valle de Guantnamo y causaba inquietudes por la zona de Santiago de Cuba. El general Saenz, aunque gravemente enfermo y con pocas fuerzas de que echar mano, decidió poco despues de tomar el mando atacar al audaz cabecilla en sus guaridas de Mayari-arriba y Pueblo-nuevo, proyecto excelente bajo el punto de vista militar por ser aquéllos los puntos en que Maceo tenía sus principales estancias y recursos, pero prematuro ántes que la pacificacion de las Villas permitiera traer la guerra á Oriente. Llevóse á cabo la operacion con arrojo y feliz éxito, miéntas Maceo se habia corrido hácia Baracoa, y ántes de que llegara la órden del General en jefe para aplazarla; viéndose obligado, cuando tuvo conocimiento de sus felices resultados, á enviar á Oriente dos batallones más que sacó anticipadamente de las Villas, porque nuestras atenciones en Cuba se duplicaban con la ocupacion de los terrenos conquistados, y no queria abandonar aquellas asperezas para que no decayeran los ánimos, muy levantados con esta expedicion.

A principios de Abril (órden general de 23 de Marzo) se creaba dentro de la Comandancia general de Cuba, la de Bayamo, con aquella jurisdiccion y las de Manzanillo y Jiguani de que acabo de hablar, dejando áun el mando del general Saenz de Tejada, el más extenso de todos, con las brigadas de Mayari, Guantnamo y Cuba, con centros esta última en Canto-Abajo y Palma-Soriano.

Desembarcadas en Cuba, Guantnamo, Mayari y Baracoa las fuerzas que de Occidente venian, se planteó desde luégo el sistema de zonas y centros de racionamientos, construyéndose en ésta, como en el resto de las Comandancias

generales, depósitos, enfermerías y telégrafos, abriéndose además muchos caminos á través de espesos montes, al par que se emprendian las operaciones activas con felicísimo éxito. No fueron éstas, por desgracia, de larga duracion, porque adelantándose la época de las lluvias, siendo éstas excesivas, el año anormalmente enfermizo, algo tardía la instalacion de los centros de operaciones, y mayores aquí que en parte alguna las fatigas y privaciones del soldado, por la extension y asperza del terreno, empezaron pronto á diezmar nuestras filas las enfermedades de todas clases, especialmente las fiebres intermitentes, disenterías y úlceras en las piernas, causando estragos tales en nuestras fuerzas, que la mayor parte de los batallones quedaron en cuadro, y los hospitales y enfermerias triplicados, cuando ménos, por la solícita prevision del General en jefe, fueron escasos para albergar el excesivo número de enfermos, y aunque hubo alguna brigada, como la tercera, en que, con una instalacion más rápida y mayores cuidados con el soldado, se consiguió sostener las fuerzas en mejor estado de salud, sin dejar de operar y destruir los recursos [que el enemigo tenía en aquella zona; en cambio los batallones que operaban en las ásperas sierras de Mayari, y más aún los de la Maestra, colocados en fatales condiciones higiénicas y con una fatiga excesiva, aunque inevitable, quedaron reducidos á un puñado de hombres, y las fuerzas conservadas en una parte fueron muy pocas para llenar el triste vacío hecho en las otras.

La disminucion de las fuerzas limitó mucho las operaciones, y la abundancia de las lluvias obligó á nuestros jefes á suspenderlas por completo frecuentemente, aprovechando siempre, sin embargo, las cortas temporadas de seca que se presentaron para operar con la posible actividad, dedicándose con preferencia á la destruccion de los extensos y numerosos sembrados de todas clases, para ir quitando al enemigo los abundantes recursos que para su alimentacion tenian por do quier.

Tambien habia causado la estacion lluviosa en las villas los mismos estragos que en Cuba; los hospitales estaban completamente llenos, y disminuida forzosamente la vigilancia, pudieron reorganizarse algun tanto los insurrectos que allí habian quedado, que eran algo más numerosos de lo que generalmente se creia, aumentándose ahora su número con algunos de los presentados vueltos á seducir por los trabajos y maquinaciones de los simpatizadores y juntas de las ciudades que trabajaban con actividad tanto mayor, cuanto mayores eran la desesperacion de su causa y el despecho que los triunfos de nuestras armas les causaban. Fueron, sin embargo, impotentes los desesperados esfuerzos de los cabecillas Roloff, Pancho Jimenez, Serafin Sanchez Maestre, y otros que allí quedaban, para intentar algo serio contra nosotros, y aún para impedir los trabajos agrícolas y de reconstruccion de fincas, á las que el general Arias daba gran impulso, y que por todas partes se llevaban á cabo.

V.

ADELANTOS MORALES Y MATERIALES.

Inspeccion y trabajos del General en jefe.—Medidas rectoras — Medidas políticas.—Cambios del espíritu público.—Espíritu del ejército.—Ideas de paz.—Mister Pope.—Desengaño de los insurrectos en la estacion lluviosa.—Captura del presidente Estrada.— Muerte del presidente de la Cámara.— Eleccion de Vicente García. — Estado de la insurreccion.— Nuestro estado.

Si sus itinerarios llegan á hacerse y publicarse, parecerá fabuloso el número de leguas que á caballo, en ferro-carril, ó embarcado, ha recorrido el General en jefe durante esta campaña. Ahora era su movilidad más continua que durante la campaña de las Villas, por ser el territorio de las operaciones cuatro veces mayor. Ni él ni su Jefe de Estado Mayor paraban un momento, recorriendo la Isla entera en todas direcciones, visitando repetidas veces y de improviso todos los campamentos y columnas de operaciones, para ver por sí mismos los adelantos hechos en los trabajos y los resultados obtenidos, y disponiendo lo necesario para que nada faltase al soldado y fuesen todos los movimientos más fáciles y fructuosos. Por sus cuidados se habian levantado en todas partes grandes depósitos de víveres, almacenes de ropas y utensilios y barracones para abrigar las fuerzas; se habian construido grandes hospitales en Ciego de Ávila,

Santa Cruz, Manzanillo, Mayari y otros; terminado varios empezados anteriormente, y levantado innumerables enfermerías de campaña en todos los centros de batallón, con notable ventaja del Erario, del servicio y del soldado; se habían reconocido ríos y embarcaderos, utilizando las vías marítimas y fluviales, para racionar muchos puntos con más seguridad y economía; se habían abierto nuevas comunicaciones, mejorando las antiguas; cuadruplicado los medios de arrastre con carretas y brigadas de acémilas, y se había cubierto literalmente la Isla con una red telegráfica de campaña, que aunque algo imperfecta, y cortada alguna que otra vez por el enemigo, prestaba servicios incalculables, para comunicar el General en jefe con todos los centros, cubrir con rapidez todas las atenciones, y combinar nuestros movimientos y operaciones en relación con las noticias ahora más frecuentes y exactas de la situación ó intenciones del enemigo.

Con todos estos elementos preparados y creados con previsora inteligencia, á fuerza de constante paciencia para desarraigar prácticas viciosas y vencer muchas dificultades, se pudo, al empezar la estación seca, muy tardía este año, dar un gran impulso á las operaciones que nunca habían cesado, á pesar de que los hospitales continuaron llenos por mucho tiempo, sin que el número de enfermos disminuyese notablemente, tanto porque como ya he indicado, el año era anormalmente enfermizo, como por las fatigas excesivas de una campaña sin tregua ni descanso.

Al par que dirigía é inspeccionaba las operaciones militares, comunicando á todos su febril actividad, llevaba el General de frente la obra material de reconstruir un país destrozado por tan prolongada y vandálica lucha, y perseveraba con una constancia y paciencia inalterables la obra político-moral de suavizar los antiguos odios y enconos, disminuyendo, en cuanto de él dependía, muchas de las causas que originaron la insurrección, sin desanimarse con

oposiciones más ó ménos interesadas, y consiguiendo por fin dar á la mayoría confianza en un porvenir más halagüeño.

Para remediar el mísero estado de los habitantes y reconstruir un país arruinado, he mencionado ya los auxilios de víveres con que ponía al abrigo de la necesidad, hasta ver el resultado de sus trabajos, á cada uno de los presentados y sus familias, permitiéndoles establecer sus habitaciones y cultivos al amparo de los fuertes y campamentos. Protegió á los que venían de las filas rebeldes y á los antiguos campesinos que, á consecuencia de la concentracion, vivían míseramente en las ciudades, para que volvieran á sus poblados que se iban reedificando como por encanto; creó muchos poblados nuevos, en los que al lado de los establecimientos militares, depósitos, enfermerías y cuarteles, se fueron aglomerando segun planos ordenados de antemano, las casas de los propietarios cercanos y de otros labradores que encontraban fácilmente y de balde tierras en qué trabajar. Las zonas de cultivo fueron ensanchándose con bastante rapidez, y como el terreno es feracísimo, á los dos meses de reedificar ó crear un nuevo poblado, nada de fuera necesitaban sus habitantes para vivir, y poco tiempo despues obtenían grandes utilidades vendiendo el sobrante de sus viandas (legumbres ú hortalizas), granos, frutas, tabacos y demás producciones, que encontraban fácil salida entre nuestro ejército ó en las ciudades cercanas. Los grandes propietarios empezaron por recoger en los montes los restos dispersos de sus ganados, y confiados despues en una paz general que cada día parecía más próxima y segura, continuaron levantando las cercas necesarias para la cria de animales y preparar los trabajos para explotar de nuevo sus fincas, desapareciendo con unas y otras empresas la miseria de las ciudades y de los campos vivificados por el trabajo.

Años hacía ya que en las poblaciones de la costa se había

coartado, casi suprimido la pesca, prohibiendo á los pescadores alejarse de tierra y áun ejercer su industria fuera de la vista de los poblados, por temor de que con este pretexto comunicaran los insurrectos con el exterior, ó recibieran algunos auxilios, y por las mismas causas se habian prohibido los cortes de madera y su embarque, los de yarey (palma para fabricacion de sombreros y otros tejidos), los de cáscaras para las fábricas de curtidos, y en general todo trabajo, toda industria que separara á los habitantes del casco de la poblacion donde moraban ó habian sido concentrados. Todas estas medidas lastimaban gravemente la industria y el comercio, ya harto paralizados por la guerra; habian concluido con las importantes exportaciones de maderas, cueros y yareyes; mantenian sumergidos en un ócio forzoso y en una horrible miseria á gran parte de las clases trabajadoras que ántes vivian de aquellas ocupaciones; arrojaba á muchos de nuestro lado, obligándolos á buscar en los montes un refugio donde al ménos no morian de hambre ellos y sus familias, y privaba á los pueblos del recurso de la pesca, tan abundante en aquellas costas, que es en muchos puntos uno de los principales artículos de alimentacion de las clases menesterosas, y aunque el General no dudaba de que á la sombra de su tolerancia recibirian con más facilidad los insurrectos algunos auxilios; como sabía que los adquirian fácil y frecuentemente en nuestras poblaciones, juzgó que eran mayores los inconvenientes y perjuicios de tantas restricciones, y poco á poco, segun lo iban permitiendo las circunstancias y variacion del espíritu público, fué pidiendo al Gobernador general la libertad de pesca, la de cortes de cáscara, yarey y madera, dando nueva vida á la industria y comercio, ocupacion y sustento á muchos trabajadores y familias, y alicientes para que regresaran á sus pueblos muchos de los que por necesidad habian huido al monte.

Iban desapareciendo, con estas medidas, la miseria de los

poblados, y descargándose las ciudades de no pequeño número de campesinos que volvian gustosos á los trabajos de sus antiguas estancias; pero aún quedaban en las poblaciones principales grandes masas sin trabajo, especialmente mujeres, que al mismo tiempo que la fortuna ó recursos con que la mayoría contaba para vivir en otro tiempo, habian perdido durante la guerra y por su causa, sus padres, sus maridos, sus hijos, sus hermanos. La devolucion de bienes embargados, rurales en su mayor parte, y arruinados casi todos, aunque de gran efecto moral, era medida que remediaba poco ó nada la precaria situacion de las que carecian de capitales, quizás de iniciativa y conocimientos para explotarlos; viviendo gran número de ellas de sus trabajos manuales de tejedoras de sombreros y otros artefactos de yarey, y trabajos de aguja, escasísimos todos, y tanto peor retribuidos, cuanto mayor era la competencia que unas á otras se hacian.

Para remediar en algo estado tan aflictivo, trató el General de traer á cada una de las poblaciones que más sufrían una porcion de industrias que, nacidas casi por causa de la guerra, eran monopolizadas en la capital, que era la poblacion que ménos habia sufrido en la lucha, y en la que durante ella se habian hecho muchas y rápidas fortunas. En la Habana se hacian los zapatos, pantalones y chaquetas del soldado; allí sus camisas y demás ropa blanca, allí sus tiendas-abrigos y sus sacos de campaña, allí los catres, fundas, sábanas y demás ropas para hospitales y enfermerías, y allí, en una palabra, cuanto necesitaba un ejército numeroso y del Gobierno dependia; y no fué una de las batallas ménos importantes la que tuvo que reñir el General para vencer obstinaciones y resistencias interesadas, y conseguir que cada batallon se vistiera en la ciudad más próxima á su centro de operaciones, y que en las mismas se construyeran las ropas de los hospitales y cuanto era factible de lo que el ejército necesitaba, con ventaja del soldado

por la baratura de la mano de obra y la facilidad con que los jefes podían inspeccionar las construcciones, y con gran alivio de la miseria pública. Con el mismo objeto filantrópico y político á la vez, se crearon por su iniciativa en las poblaciones importantes, sociedades de trabajo patrocinadas y dirigidas por las señoras principales que crearon fábricas de sombreros, talleres de costura y de lavado, que proporcionaron trabajo al mayor número posible de las necesitadas, retribuyéndolas algo más sus labores, que los precios que los monopolizadores habían establecido, sin aumentar el precio de los objetos vendidos, puesto que las sociedades nada ganaban; y por último, y gracias siempre á sus gestiones, se abrió una suscripción de grandes resultados, con objeto de ayudar á la reconstrucción del país, parte de cuyos fondos se emplearon desde luego en facilitar trabajo á las clases menesterosas y en comprar aperos y animales de labranza para los campesinos más necesitados.

En todos estos trabajos fué el General secundado con entusiasmo por las juntas de señoras y caballeros más principales, y por los comandantes generales, especialmente en Cuba, en la jurisdicción de Sancti-Spíritus, en la que se creó mucho, concluyendo casi con la mendicidad, y sobre todo en el centro, donde la miseria había tomado proporciones horribles y donde la ruina era tan completa que todo había de crearse de nuevo.

Por consejo y peticiones del General vino á ayudar estos esfuerzos para la reconstrucción del país y cicatrizar en lo posible las llagas producidas por la lucha, la Real orden de 27 de Octubre de 1877, por la que se autorizaba: 1.º, el repartimiento de terrenos de realengo y baldíos, los de propios, y arbitrios que no fueran necesarios para el uso común de los vecinos, y los que cedieran los grandes propietarios; 2.º, mandando que fueran agraciados con ellos por orden de prioridad en relación, los licenciados del ejército voluntarios que hubieran tomado parte en la campaña, los

vecinos fieles á la causa española que hubieran sufrido pérdidas por causa de la guerra; que cada lote fuera suficiente para el sostenimiento de una familia, dándose de tres á cinco, segun los agraciados fueran solteros ó casados, con hijos ó sin ellos, y que estas donaciones fueran á perpetuidad, con la condicion de que los terrenos sean cultivados por tres años á lo ménos; que tanto éstos como sus productos y las casas que en ellos se edifiquen, quedan exentos del pago de toda contribucion por ocho años, y que con el producto de la suscripcion ántes mencionada se comprasen ganados y aperos para distribuir entre los colonos. En 19 de Noviembre siguiente se pasaba una circular aclaratoria á las autoridades locales para llevar á cabo lo prevenido en la anterior Real órden.

Ya en 3 del mismo mes de Noviembre se habia dispuesto que quedara libre de contribuciones por cinco años toda finca arruinada que se reconstruyera; la misma concesion se hacía para las rurales ó urbanas de nueva planta ó creacion en los departamentos Central y Oriental; exencion de contribucion por tres años á las industrias y comercios que se establezcan de nuevo en los mismos departamentos, y exencion por dos años de los derechos de introduccion para el ganado hembra, circulándose el 20 del mismo mes á las autoridades y aduanas para su inmediata ejecucion.

Al propio tiempo que fomentaba la reconstruccion material con las medidas mencionadas, continuaba perseverante su política de atraccion, recomendando incesantemente la humanidad en el trato de los prisioneros y la afabilidad de los jefes y autoridades para atender las quejas y reclamaciones de los insulares, castigando severamente los abusos de autoridad de los que de él dependian, y señalando las faltas de otras autoridades y empleados á quienes podia y debia corregirlas, consiguiendo de este modo que las quejas fueran disminuyendo, y grandes resultados en los go-

biernos, capitanías de partido, y aún en juzgados que no dependían de su autoridad.

Mejorado el espíritu público en gran manera, disminuida la prevención casi instintiva con que ciertos espíritus miraban las medidas de tolerancia y humanidad, y en vista de los buenos resultados de los anteriores, poco después del movimiento de avance, en 5 de Mayo de 1877, y de acuerdo con el Capitan y Gobernador general de la Isla, dió un decreto por el que levantaba todos los destierros, suspendiendo todos los expedientes políticos y gubernativos, levantando los embargos de los bienes de todos los acogidos y de los que en lo sucesivo se acogieran á indulto, y mandando entregar los bienes embargados de los fallecidos aún en las filas insurrectas á sus legítimos herederos, sin más limitación que la prohibición de vender estos bienes durante dos años. En el mismo decreto se autorizaba á los gobernadores y teniente-gobernadores para que desde luégo entregaran los mencionados bienes que radicaban en sus jurisdicciones respectivas. El 9 del mismo mes se pasaba á las citadas autoridades una circular para que sobreseyesen todos los expedientes político-gubernativos por causa de infidencia, pusieran en libertad á los presos por las mismas causas, y dieran á todos ellos pasaportes para cualquiera punto á donde quisieran ir. Esta misma circular se hacía extensiva para su inmediato cumplimiento en 29 del mismo mes de Mayo, á los señores alcaldes (jueces).

Complemento y consecuencia del anterior decreto, es la Real orden de 20 de Octubre del mismo año, que autoriza al Capitan general, Gobernador superior civil, para conceder indultos de penas á los sentenciados por los tribunales y consejos de guerra de la isla de Cuba por delitos de infidencia, devolución de los bienes embargados, aún de los sentenciados en rebeldía, y entrega de los pertenecientes á fallecidos, á sus herederos.

Puestas en vigor todas estas órdenes, no quedaba ya nin-

gun cubano preso ni desterrado por delitos políticos; los emigrados voluntarios, lo mismo que los que todavía permanecían en las filas insurrectas, quedaban en libertad de volver á sus abandonados hogares y entrar en seguida en posesion de sus bienes. Muchos fueron los que se aprovecharon de estas generosas disposiciones, regresando á Cuba gran número de emigrados que vivían en las vecinas Repúblicas del Centro de América, Haití, Estados-Unidos y Jamáica, y el General hizo cuanto pudo para que todos entraran inmediatamente en posesion de sus bienes, sin rémoras administrativas, y para que se convencieran de la buena fe y deseos que animaban á nuestro Gobierno y sus representantes en la Isla.

Tanto paciente esfuerzo, tanta constancia, tanta actividad y tanta buena fe no debían quedar estériles, y aunque era lenta y difícil la obra de cambiar de opiniones y sentimientos de un pueblo entero que las ha adquirido por herencia y educacion, y confirmado con la triste experiencia de las faltas y errores de nuestros Gobiernos, vistas por todos y confesadas por nuestros escritores más optimistas, y naturalmente mayores y más importantes á los ojos de espíritus prevenidos y que se consideraban víctimas por el mero hecho de ser cubanos, aún sin sentir los efectos de nuestros desaciertos y exclusivismos; había conseguido el General en jefe lo que nadie creía posible, dado el carácter de estos insulares y la brevedad del tiempo trascurrido. No me atrevo á decir que el odio y los rencores hácia el Gobierno y los peninsulares habían desaparecido, pero sí que había habido en este sentido un cambio radical y notabilísimo en la opinion pública, y que nunca en este siglo había sido tan grande el espíritu de conciliacion y de concordia que reinaba en Cuba; la acritud de los sentimientos hostiles de los insulares se había modificado, su espíritu había mejorado mucho, la confianza en el porvenir y los deseos de paz crecían de dia en dia é iban ganando prosélitos en-

tre los más desconfiados y refractarios á toda idea de conciliacion; en una palabra, tenian quejas más ó ménos fundadas contra el Gobierno y sus empleados, pero tenian esperanzas de ver desaparecer los motivos en que las fundaban; y lo que aún era de más trascendencia, habia desaparecido el deseo de juzgar de un modo pesimista todos nuestros actos, y era por el contrario casi general el de ver los de nuestro Gobierno resolver con acierto los problemas de que depende la futura felicidad de Cuba y su íntima union con la madre patria. Si la conducta del ejército y de las autoridades habia contribuido en gran manera á tan satisfactorios resultados, la gloria era exclusiva del general Martinez Campos, que lleno de fe en la justicia y conveniencia de sus ideas, las habia llevado al terreno de la práctica con una perseverancia incontrastable, sin desanimarse con las contrariedades y sin más norma ni interés que el bien de su patria. Esta conducta habia valido al General una popularidad y un prestigio casi tan grande entre los soldados rebeldes como entre los nuestros, y los principales corifeos y jefes del partido enemigo, atribuyéndole el abatimiento de sus partidarios y el desesperado estado de su causa, no podian ocultar el sentimiento de respetuosa admiracion que les inspiraban las extraordinarias cualidades militares de nuestro caudillo, más aún las políticas, cuyos efectos sentian á cada paso, y sobre todo su buena fe y ardientes deseos por asegurar el bienestar de Cuba.

Tambien entre nosotros se habian modificado profundamente las ideas. La suscripcion para allegar fondos con que reconstruir el país y atender á las necesidades de los cubanos arruinados por la guerra, estaba llena de nombres bien significados no hacía mucho tiempo por su espíritu intransigente. Los partidarios de una guerra á sangre y fuego, sin cuartel y de exterminio; los animados por un españolismo intolerante, de miras estrechas y poco generosas habian disminuido notablemente, y fuera de algunos espíri-

tus obstinados y pesimistas, ó algunas inteligencias egoistas obcecadas por el interés, la gran mayoría de los peninsulares comprendían que había ventajas y conveniencia para la nación en identificar todo lo posible la vida de las antiguas colonias con la de la madre patria; que era justo que estos insulares gozaran de las libertades concedidas á Puerto-Rico hacía nueve años, y que sólo con un criterio liberal y la inauguración de una era de severa justicia y moralidad podía cimentarse una unión firme y duradera basada en la armonía de sus aspiraciones é intereses y en el convencimiento mútuo de que ningún otro estado que el de la unión de Cuba á España podía ser más ventajoso para el porvenir de la Isla y el bienestar de sus habitantes.

En el ejército, el cambio de opinión había sido más rápido y completo, porque el nuevo sistema político-militar está muy de acuerdo con los levantados y generosos sentimientos de nuestro pueblo; y por otra parte, nuestros soldados habían tocado más de cerca sus resultados, y cada día comprendían mejor la importancia de sus consecuencias.

Nuestros soldados se habían convencido de que por valientes y numerosos que fueran los insurrectos, carecían de su espíritu de cuerpo, de su organización y disciplina, y de que con alguna sangre fría y confianza en sus oficiales, no había situación por apurada que fuese en apariencia, de la que no pudieran salir siempre con honra ó victoriosos; y por pequeña que fuera la columna en que operaran, buscaban con empeño al enemigo y le atacaban sin contar su número, ni dar importancia exagerada á sus posiciones. Nuestros jefes tenían confianza en sus soldados y fe en el General en jefe; comprendían las ventajas de sus posiciones militares y el daño que la intranquilidad, la incesante inmovilidad y falta de descanso, y la destrucción de sus recursos causaban al enemigo, al par que las aprehensiones y presentaciones más numerosas de día en día les demostra-

ban que con su noble generosidad, con su humana conducta y con su afable cortesía, se obtenian ventajas seguras y positivas mucho más fácilmente que con el sistema de represalias sangrientas y de terror, en otros tiempos preconizado. Y jefes, oficiales y soldados que comprendian la superioridad de inteligencia del General; que conocian sus continuos esfuerzos para hacer su situacion ménos penosa, cubriendo todas las necesidades y proveyéndolas con solícitud, que le veian tomar una parte activísima en la campaña, haciendo su misma vida, dirigiendo personalmente las operaciones, visitando los campamentos y hospitales, compartiendo sus fatigas y peligros aún con exceso, multiplicándose sin reposo por do quier, y pendiente siempre de sus hechos y aspiraciones, no sólo le respetaban como General, sino que le admiraban como hombre, sintiendo por él un gran entusiasmo, bien mercedido y ganado con la práctica de verdaderas virtudes militares y con el sacrificio de su salud y su personalidad, por el mejor servicio del país.

Habia, pues, mejorado en gran manera el espíritu público de uno y otro bando, y la idea vaga de paz y de concordia, desconocida hacía muchos años en la Isla, iba ganando más y más terreno, á medida que los resultados de las disposiciones dadas para la reconstruccion del país iban siendo más tangibles y conocidos, y á medida que los numerosos presentados y prisioneros, puestos siempre en libertad, iban disfrutando de las ventajas concedidas, y de las comodidades de una vida tranquila y de familia, de la que por tantos años habian estado privados. Sus comunicaciones con el campo insurrecto, en el que habian dejado parientes y amigos, eran frecuentes y casi siempre conocidas por nuestros jefes, que las toleraban convencidos de que cuanto mayor fuese el conocimiento que los soldados rebeldes tuviesen de nuestra conducta, mayor sería el número de los presentados y más nos acercábamos á la terminacion de la lucha.

Ya en el mes de Mayo se habia presentado en la Habana al Capitan General, quien le remitió al General en jefe, un norte-americano, que decia llamarse Mr. Pope, y ser diputado del Congreso de los Estados-Unidos, sacerdote católico presentado para uno de los obispados de Haití, y encargado por el Ministro de Relaciones exteriores, Mr. Fish, de una mision oficiosa para hacer gestiones en favor de la paz. No sé si traia documentos que acreditaran su mision, pero creo que ni el general Jovellar ni Martínez Campos se los pidieron, y éste no dudó un momento en acceder á los deseos que manifestó de ponerse en comunicacion con los insurrectos, mandándole á Santa Cruz del Sur, donde el brigadier Bonanza, por medio de un prisionero, le facilitó los medios de ir en busca del Gobierno insurrecto. Aunque nada garantizaba la mision, ni aún la buena fe de Mr. Pope, nada se aventuraba con la concesion del permiso solicitado y quizás se podia ganar algo en sentido de la paz, si bien el General en jefe tenía la conviccion de que aún no estaba bastante abatido el ánimo de los jefes rebeldes, y de que la estacion era poco propicia para pensar en tratos, pues la época lluviosa estaba empezando y aquéllos debian creer que con las lluvias, y como de costumbre, se suspenderian las operaciones activas, y podrian descansar de sus fatigas y reorganizar y levantar el espíritu de sus soldados, siendo por esta razon prematuras las gestiones que en sentido pacífico se hicieran. Pero el General tenía numerosas pruebas de que los insurrectos comunicaban frecuentemente con sus partidarios de nuestras ciudades y del extranjero, y ninguna noticia podrian llevarles de Mr. Pope, que ellos no supieran ya ó pudieran recibir por otros conductos: por el contrario, en el extranjero, la agencia general de la república cubana, en New-York, y otros centros por el estilo, tenían interés en disfrazar los hechos, y trabajaban con afan por ocultar el verdadero estado de la insurreccion y nuestra línea de conducta, propalando noticias absurdas ya de ba-

tallas ganadas y plazas arrancadas de nuestras manos; ya de crueles degüellos cometidos por nuestras tropas, y otras calumnias por el estilo; las noticias de nuestros periódicos no hacian fe aún siendo oficiales, en causa propia y para extranjeros que nos tenian poco cariño, y era conveniente que un testigo ocular nada sospechoso tocara y viera por sí mismo, y pudiera relatar despues, lo que era el llamado Gobierno y ejército cubanos, y el abatido espíritu que entre ellos reinaba. Permaneció Mr. Pope unos cuantos dias al lado de algunos diputados que formaban la Cámara rebelde, y aunque aquellos señores hicieron esfuerzos por aparentar una situacion ménos precaria, sus mismos trajes, las comidas de raices y jutias (ratas de agua) de que tuvo que participar, la carencia de las cosas más necesarias para los hombres civilizados aún de las clases más inferiores, la harapienta desnudez de sus soldados, y sobre todo, la incesante intranquilidad en que vivian, haciéndole hacer frecuentes marchas para variar de residencia y huir de nuestras pequeñas columnas que cruzaban por do quier, le causaron una impresion triste que no trataba de ocultar, si bien guardando silencio, respecto de los resultados de su mision. Quizás fué más explícito con el General en jefe, pero supongo que por las causas ántes indicadas eran aún exageradas las aspiraciones de los jefes rebeldes; quizás deseaban entenderse directamente con el Gobierno de la Península, y quizás se reducía la mision de Mr. Pope á conocer el espíritu político de los cabecillas y el número é importancia de cada una de las fracciones ó partidos en que estaban divididos, sobre todo el anexionista. Si esta última suposicion es cierta, debió quedar poco satisfecho y convencido de que los jefes rebeldes, tanto civiles como militares, andaban tan divididos entre sí, como diseminados y aún faltos de noticias mútuas, y que la fraccion norte-americana era la más exígua y ménos importante de todas. Como quiera que sea, Mr. Pope marchó en seguida, y no creo que

su mision haya tenido otro resultado que el que se propuso el General en jefe al atenderle; esto es, el conocimiento en el extranjero de la situacion desesperada de la rebelion, el de la exactitud de nuestros partes oficiales, y el aumento del aprecio que entre propios y extraños se iba ganando nuestro ejército, por la conducta politico-militar del General en jefe.

Grande fué el desengaño del enemigo á la llegada de la estacion lluviosa; las operaciones militares no se suspendieron como ántes se acostumbraba, y los rebeldes acosados activamente en todas partes, perdieron las esperanzas de reorganizacion y descanso que para esta época abrigaban. Consecuencia de estos constantes esfuerzos, fué el que ántes que las aguas terminaran, en Setiembre (77) tuvieron lugar los primeros tratos y la primera suspension de hostilidades de que ya he hablado al ocuparme de la Comandancia general de Bayamo. Al empezar Octubre fué cuando salieron de Manzanillo los coroneles Bello y Santistéban, para buscar al Gobierno insurrecto y hacer gestiones en favor de la paz, acompañándoles Estéban de Varona que pocos días despues era víctima de su celo y buenos deseos en pró de su país. Ya he dicho las consecuencias que tuvo aquel asesinato para desarrollar en el campo enemigo desconfianzas mútuas y acentuar más y más sus diferentes aspiraciones, avivando odios ya muy antiguos y latentes, que sólo la diseminacion en que vivian y la inminencia del peligro comun podian acallar. Presentaban los jefes rebeldes á sus soldados y parciales la mision de Bello y Varona, como una prueba de nuestros grandes deseos de hacer la paz, lo que era una verdad, y de nuestra debilidad é impotencia para imponérsela con las armas, enumerándoles el gran número de enfermos que llenaban nuestros hospitales, y pintándonos como haciendo un último y supremo esfuerzo de desesperacion ántes de abandonar la partida. Pero las lluvias empezaban á disminuir, y con ellas, aminoraba tambien el

número de los enfermos, y las dificultades del terreno, y la redoblada actividad de nuestras columnas, y la humana generosidad de nuestra conducta, nunca desmentida en esta campaña, demostraron pronto á los rebeldes que no podia estar tan débil y desesperado quien se mostraba tan activo como generoso, probándoles otra vez cuán falaces eran las palabras de sus jefes que nos pintaban en situacion apuradísima y á punto de embarcar el ejército y abandonar la Isla para siempre.

Aún no habia trascurrido un mes desde el asesinato de Varona, cuando el presidente del poder ejecutivo, Tomás Estrada, que en el momento de ser aquél preso se habia acercado á Bayamo con el pretexto de levantar el ánimo de los insurrectos de aquella jurisdiccion é impedir las presentaciones que tuvieron lugar, y quizás por falta de valor para asistir á la ejecucion de Varona, que segun datos fehacientes obraba con su conocimiento y acuerdo, regresaba al Centro despues de su inútil expedicion, y encontró una pequeña fraccion de nuestras fuerzas, que destrozando su escolta le hizo prisionero, quedando la república cubana sin su presidente y generalísimo de todas sus fuerzas.

Siguiendo ahora como siempre la generosa conducta que por conviccion y por caracteres habia trazado, envióle Martínez Campos á la Península; leve castigo, si como todo lo hace creer, pesaba sobre su doble conciencia y falta de valor, para confesar sus actos, el abandono de su amigo Varona en manos de sus verdugos, y si la Providencia y los remordimientos no hicieran su existencia más triste que la muerte. Aún no habia salido de la Isla, aún estaba en la Habana, donde además de la Junta insurrecta tenía tantos amigos y simpatizadores, cuando se vió abandonado y renegado por todos, como él habia hecho con el desgraciado Varona, y á pesar de su orgullosa altivez se vió obligado á aceptar las ropas y recursos que le ofrecia un gobierno generoso, no habiendo entre tantos de sus partidarios y

amigos, ni uno solo, no ya que le socorriera y visitara, en lo que nada arriesgaban, però ni aún quien bajo sobre le enviara algo que remediara su miseria y salvara su amor propio.

Más desgraciado que Estrada, á los pocos dias de su prision, y en otro encuentro con nuestras fuerzas, caia muerto Eduardo Machado, presidente de la cámara de diputados, haciéndose en una y otra ocasion otros prisioneros importantes.

Estaba ya la insurreccion tan desorganizada por esta época, que á pesar de los esfuerzos de sus jefes para llenar el vacío que la muerte y captura de los presentes dejaban, no pudo reunirse la Cámara hasta despues de un mes de estos sucesos, eligiendo entónces para presidente del poder ejecutivo de la republica á Vicente García, de quien ya hice mencion como jefe de las fuerzas rebeldes de Tunas y Holguin, en cuya jurisdiccion habia operado casi siempre, conociendo perfectamente aquellas localidades, que no habia abandonado sin gran repugnancia y disminucion de su crédito militar. Así le habia sucedido cuando ocho meses ántes se le nombró jefe de las fuerzas que debian invadir las Villas, para levantar los ánimos apocados por nuestra primera campaña; expedicion que fué retrasando y que por fin no llevó á cabo con gran disgusto de los demás corifeos de la insurreccion, volviéndose á poco de iniciarse nuestro movimiento de avance á las jurisdicciones mencionadas, de donde era natural.

No puedo juzgar con exactitud el carácter y valer de un hombre á quien no conozco, pero por su historia, hechos y conducta en circunstancias especiales, como las de las negociaciones de la paz, y por fidedignas referencias, parece ser hombre de valor personal, de escasísima instruccion, y ambicioso segun sus mismos compañeros, pero de un carácter débil, desconfiado é irresoluto, que hacen de su conduta el reflejo inconsecuente de las voluntades más

firmes ó inteligencias más astutas que le han dominado. Su nombramiento para la presidencia fué hijo, más de una combinacion política que un homenaje á sus cualidades y merecimientos, creyendo los diputados que con esta eleccion calmarian algun tanto los ánimos y disminuirian las diferencias de miras y opiniones que cada dia se acentuaban más entre ellos. El nuevo presidente no juró ni tomó posesion de su cargo hasta Febrero del 78, cuando las gestiones en favor de la paz estaban ya muy adelantadas, y para facilitar, segun manifestó verbalmente al General en jefe, una pacificacion general.

Su eleccion, sin embargo, no produjo los buenos resultados que de ella esperaban los cabecillas insurrectos. Desde la muerte de Varona aumentaban diariamente sus mútuas desconfianzas; sus divisiones se habian ahondado más y más, y entre las diferentes aspiraciones de los anti-españoles intransigentes, partidarios de una independencia absoluta; los autonomistas, anexionistas, cuyo número habia disminuído en gran manera, y los que consideraban como la mejor solucion el conservar su antigua nacionalidad con condiciones más ó ménos liberales, se dibujaban ahora francamente, la cuestion de razas y de abolicion de la esclavitud, problema que si es de humanidad, de justicia y de conveniencia resolver con rapidez, puede envolver grandes desgracias para Cuba y áun para aquéllos á quienes se trata de favorecer de un modo imprevisto y poco meditado. Uníase á estas causas, la disminucion de simpatías en el exterior; el cansacio en el interior; la fe que inspiraban las medidas dictadas en el gobierno y la constancia perseverante del General en jefe; la conviccion de que sin la rebelion hubieran conseguido paulatina y pacíficamente, más libertades que las que ahora podian pedir, y lo que no podian esperar nunca arrancar por la fuerza de las armas, sin haber destrozado su propio país, cuya ruina y miseria crecia á medida que se prolongaba su actitud de resisten-

cia intransigente; y todas estas concausas y reflexiones inclinaban á muchos y más principales de ellos, á tratar con el general Martínez Campos, siquiera no fuera más que para conocer hasta qué punto satisfaría las aspiraciones que unos y otros tenían.

Entre los soldados insurrectos, y esta consideracion debia ser de mucho peso en el ánimo de los jefes, eran el cansancio y el desaliento mucho mayores y sobre todo mucho más visibles. Ya no se batian cuando les convenia, sabiéndolo de antemano, conociendo la fuerza de nuestras columnas, y con las ventajas que dan la sorpresa, el número, la posicion preparada y la seguridad del botin. Las confianzas difíciles de recibir por su propia movilidad y desorganizacion, eran ahora casi imposibles, por ser nuestras columnas numerosas, muy activas, y sus movimientos hijos por lo general de los mismos jefes que las mandaban. Tenian que batirse á la fuerza; huian en vez de atacar; eran sorprendidos y despojados á menudo de sus míseros recursos, los que ántes nos sorprendian para despojarnos de nuestros convoyes, y carecian de estancias (sembrados) de casas y aún de refugio seguro para más de un dia, haciendo una vida errante é intranquila. Sus familias andaban como ellos, miserables y fugitivas, variando á cada momento de residencia, haciendo marchas fatigosas, hambrientas, desnudas ó cubiertas de harapos ó cortezas de árboles, y sufriendo angustias y privaciones indecibles. La situacion no se podia prolongar. « He vivido, me decia una » de las señoras que más se han mantenido en el monte al » lado de su esposo, más de dos años sin variar de casa y sin » carecer casi de ninguna de las comodidades que teniamos » en las poblaciones de Cuba, pero la situacion varió com- » pletamente desde principios de Abril al avanzar las tropas » con el general Martínez Campos; desde entónces he variado » innumerables veces de residencia y otras tantas han sido » quemadas las cabañas que nos hacian para abrigarnos,

» muchas veces sin haberlas habitado. Ya no estábamos
 » tranquilos nunca, mis hijos y yo no nos desnudábamos
 » para dormir, y no lo hacíamos sin dejar nuestros efectos
 » más precisos dispuestos en macutos (cabás de hojas de
 » palmera) y á la menor alarma, cada cual cogia el suyo, y
 » huíamos á la espesura para buscar otro refugio que no
 » tardaba en ser descubierto. Tantas y tan repetidas huidas
 » habian concluido por dejarnos privados de lo más nece-
 » sario; hemos conocido las angustias del hambre y de la
 » sed, y he pasado muchas horas de la noche en terrible
 » incertidumbre, oculta en la enramada á pocos pasos de las
 » tropas que nos buscaban, y temiendo ser descubierta por
 » la luz que producía el incendio de nuestra pobre choza.
 » Nuestra vida era cada día más precaria y miserable, y
 » sabiendo que nada tenía que temer de los españoles, fué
 » para mí una noticia agradable, la de la prision de mi
 » esposo, porque con ella cesaban sus peligros y mis penas,
 » y mis hijos y yo podíamos presentándonos, lo que hice
 » en seguida, vivir á su lado, sin las fatigas y miserias inhe-
 » rentes á nuestra vida errante y semisalvaje.» Esta situa-
 cion era general, y como las relaciones de los insurrectos
 con nuestros poblados eran frecuentes, las presentaciones
 menudeaban y cada una de ellas, ó cada prision de algun
 rebelde, era origen de esfuerzos de su familia ó amigos para
 conseguir otras nuevas presentaciones de los allegados que
 en el campo enemigo tenian; y los cabecillas veian con
 intranquila desconfianza que sus filas aclaraban progresi-
 vamente con contiínuas deserciones, y que cada dia podian
 fiar ménos en el espíritu de los que aún les quedaban sin
 ocultar su desaliento, su cansancio y sus deseos de ver el
 fin de vida tan triste y rodeada de peligros.

Aunque mucho mejor, no era sin embargo muy hala-
 güeña la situacion en nuestro campo: nuestro soldado
 estaba mejor vestido, mejor alimentado y cuidadosamente
 atendido en sus enfermedades; pero como dije al principio,

eran muchos los licenciados que el General había enviado á la Península, y muchos también los que iban allá mensualmente, por inútiles ó enfermos, enclenques ó anémicos que podían recobrar en su país la salud perdida, y cuya permanencia en la Isla era un perjuicio para el Erario y para el servicio, por las continuas hospitalidades que requerían. El año había sido anormalmente enfermizo y lluvioso, y los hospitales y enfermerías cuadruplicados ya en número y cabida por la previsorá solicitud del General, habían sido insuficientes para recibir todos los enfermos que habíamos tenido, y todavía estaban llenos de soldados, que aún suponiendo que no aumentaran y que pronto estuvieran convalecientes, no podían por lo general soportar las fatigas de una campaña como ésta, sin peligro de sus vidas y con poca utilidad de su sacrificio. Era casi imposible prolongar la campaña sin nutrir de nuevo nuestros batallones poco ménos que en cuadro, de un modo ó de otro: los enganchados por los banderines de Ultramar eran y aún son caros y por lo general malos soldados, siendo además su número insuficiente para cubrir las necesidades; por otra parte, no se le ocultaba al General la repugnancia que las madres españolas sentían á la idea de una nueva quinta para esta campaña, ¡han venido tantos que no volverán!! Y los inconvenientes que el Gobierno tocaría para hacerla. Además, nuestros apuros pecuniarios iban aumentándose con un considerable déficit mensual entre nuestros gastos é ingresos, y aunque el espíritu público había mejorado muchísimo, y aunque el General tenía ó podía tener la seguridad de terminar felizmente la campaña si se le facilitaban hombres y dinero, su patriotismo se resistía á la idea de pedir á nuestra patria nuevos sacrificios de sus hijos y un nuevo empréstito hecho siempre en condiciones onerosas, y aunque sabía que la nación y el Gobierno le darían lo que pidiese para coronar su obra, sabía que no sería sin detrimento del crédito nacional y del prestigio de

un Gobierno que deseaba robusto, por todo lo cual, y conociendo exactamente el cambio verificado en las ideas de jefes y soldados insurrectos, esperaba ya con impaciente anhelo el resultado de sus operaciones militares y de su conducta política, que no se hizo aguardar mucho tiempo.

Entre tanto, y al par que disminuían las lluvias y enfermedades y volvían muchos de nuestros soldados á sus puestos, había aumentado la actividad y número de nuestras columnas. Por todas partes se operaba sin descanso y con fracciones tan pequeñas que el mismo General preveía algunos descabros, y repetía una y otra vez á los jefes, que no exigiría por ello responsabilidad. Este excesivo fraccionamiento parecía una imprudencia si el conocimiento de los centros de zona y la combinación de movimientos de los pequeños grupos, no hubiera hecho casi imposible un combate de algunas horas sin recibir auxilios del mismo centro y de las columnas cercanas, que tenían orden de acudir hácia donde se oyera fuego; y era tan levantado el espíritu de nuestras tropas y estaban tan seguros nuestros soldados de la superioridad que su instrucción, disciplina y dirección les daban sobre el enemigo, que ni les intimidaba su número, ni se les ocurría la idea de rendirse, por desesperada que su situación apareciese, seguros siempre de recibir á tiempo el auxilio necesario y de castigar duramente á sus contrarios.

VI.

LAS NEGOCIACIONES.

Comision de Estéban Estrada.—Concesion de una zona neutral.—Razones para hacerlo asi.—Viaje á la Habana y las Villas.—Primeras conferencias.—Tratos en distintos puntos.—Restriccion de la zona neutral.—Envío de las bases á los insurrectos.—Conferencia del Chorrillo.—Decision de los insurrectos.—Las bases modificadas y peticion de suspenscion de hostilidades.—Dudas del General.—Razones para suspender las hostilidades.—Suspenscion de operaciones.—Análisis de las bases.—Felicitaciones y dudas.—Presentaciones.

En este estado llegábamos á mediados de Diciembre; el General en jefe, que despues de la muerte de Varona habia reconocido primero la zona de Cuba y despues las Comandancias generales de Holguin, Centro, Spiritus y Villas occidentales, habia regresado al departamento Oriental y recorria segun su costumbre los campamentos y columnas de la Sierra Maestra, cuando recibió el 19 un telegrama del Comandante general del Centro, con fecha 17, en el cual decia, que algunos jefes insurrectos, valiéndose como conducto de D. Estéban Duque de Estrada, habian manifestado deseos de reunirse con objeto de tratar hacer la paz, pidiendo la neutralizacion de una extensa zona en el Camagüey. Era Estrada hombre influyente entre los rebeldes, amigo y pariente de Varona, y prisionero como él de las tropas del general Bonanza. Habia apreciado pronto la política de

tolerancia y los generosos deseos del General en jefe y del Gobierno, y convencido de la impotencia de la insurreccion para hacer la felicidad de Cuba, veia con doloroso sentimiento la prolongacion de una lucha, de la que en último resultado era su país la primera víctima, perdiendo en una lenta agonía los últimos elementos de vida que aún le quedaban. La ejecucion de Varona, en cuyas gestiones habia tomado tambien una parte activa, poniéndose en comunicacion con algunos jefes insurrectos, le habia causado un dolor profundo sin desalentarle, y animado por el desco de impedir la completa ruina de la Isla, y por las activas gestiones de su amigo el brigadier Bonanza, y valiéndose de las amistades é influencias que conservaba entre sus antiguos compañeros de armas, le fué fácil ponerse en comunicacion con algunos jefes, siendo el iniciador de las negociaciones que tan grandes resultados habian de producir, y tomando en todas ellas y hasta al final, una gran parte, no sin graves riesgos y extraordinarias fatigas.

El mismo dia que el General en jefe recibia el telegrama de Cassola, bajaba á la playa, se embarcaba en un cañonero que le llevó á Cuba, y sin saltar á tierra trashordaba á otro vapor que le llevaba á Manzanillo y de allí á Santa Cruz, donde llegó el 21, acompañado por el general Prendergast. Estrada, que estaba en aquel punto, les dijo que varios jefes insurrectos, convencidos de la buena fe del Gobierno y deseosos de evitar la continuacion de una lucha que sólo servía para consumir la ruina de Cuba, creian que las circunstancias de su campo eran propicias á la paz y llegado el momento de intentar una avenencia, y que seguros de que varios de sus compañeros abrigaban ideas semejantes á las suyas propias, querian llamarlos y reunidos en el mayor número posible, acordar el modo más conveniente de hacer su sumision al Gobierno español; pero que la dificultad de las comunicaciones entre los rebeldes, la actividad y número de nuestras pequeñas columnas de

operaciones, y hasta la ignorancia del paradero de muchos cabecillas, de quienes no tenían noticias hacía tiempo, eran otras tantas causas para impedir su reunion que no podría tener lugar con el número de jefes y tranquilidad necesarios para tratar tan grave cuestion; y en consecuencia, pedían la suspension de hostilidades en todo el departamento Central, quedando las fuerzas de uno y otro bando en la inaccion, por un plazo fijo.

La estacion seca había ya empezado; nuestras tropas se movian sin los inconvenientes y enfermedades inherentes á la época de las aguas; estábamos en la estacion en que ántes se empezaba, por decirlo así, una nueva campaña cada año, y la opinion pública esperaba ansiosa los adelantos y resultados de una que creía decisiva, y estaba por lo tanto pendiente de todos los movimientos de nuestras fuerzas: era la época de concluir con el enemigo desalentado por nuestros esfuerzos pacientemente continuados en la mala estacion, y la de recoger el fruto de aquellos penosísimos trabajos; un dia de inaccion, era uno ganado por los rebeldes, ansiosos siempre de ganar tiempo en estos meses, seguros de que las lluvias les proporcionarían una tranquilidad relativa. Perder un mes, quizá más, de operaciones activas en esta época, era exponerse á dejar el enemigo en pié á la venida de las aguas, y prolongar la campaña un año más, con todas las consecuencias de pérdidas de hombres y dinero, y probablemente de parte de la popularidad y prestigio que el General tenía.

Estéban Estrada, por otra parte, nada presentaba en apoyo de su peticion; ninguna carta, ningun documento en que los jefes insurrectos manifestasen sus deseos, y viniera á dar fuerza á las palabras de aquél, y á justificar, en cierto modo, cualquier concesion; y en honor de la verdad, aunque afirmaba que el espíritu de muchos jefes estaba inclinado á la paz, y aunque manifestaba esperanzas de que las consecuencias de esta reunion sería una sumi-

sion casi general, nada prometia, nada aseguraba, ni ocultaba que algunos de los jefes más influyentes eran opuestos á toda idea de transaccion con el Gobierno español, y muy dudoso el que variaran de modo de pensar.

A pesar de todo esto, y á pesar de la opinion contraria de muchos de nuestros jefes que, desconfiando de la buena fe del enemigo, no querian perder un día de accion en las mejores circunstancias, y seguro de que la opinion pública habia de censurar su conducta que ya tachaban muchos de excesivamente confiada, generosa y débil; despues de conferenciar por telégrafo con el general Cassola, concedió el mismo día 21 la suspension de hostilidades, no en todo el departamento Central como le pedian, sino en unas cuantas leguas cuadradas, comprendidas entre Santa Cruz, Contramaestre, Brazo y Rio Sevilla hasta su desembocadura, autorizando al mismo tiempo al Comandante general, para que diera salvo-conducto á Estrada que salió para el campamento insurrecto en seguida, y los que éste pidiera, para que las comisiones y jefes rebeldes pudieran transitar y reunirse sin peligro; sin fijar plazo para romper de nuevo las hostilidades en la zona neutralizada, comprometiéndose á avisar con tres dias de anticipacion, para entrar nuestras fuerzas en ella, y mandando que las operaciones continuaran sin tregua ni descanso en el resto del Departamento y de la Isla.

Muchas y muy poderosas eran las razones que habian influido en el ánimo del General en jefe para hacer una concesion que parecia perjudicar á las operaciones, permitiendo que los rebeldes se unieran y concertaran sus planes, y tan opuesta á la corriente general de la opinion pública. Respecto á esta última, es máxima del General el no darla la razon cuando no la tiene, y ahora, como siempre, convencido de que la nacion nada perdía y algo podia ganar con la decision que tomaba, sacrificaba con gusto, ó por mejor decir, sin pensar en ello, porque nunca le ha pre-

ocupado su personalidad en semejantes casos, la popularidad que seguramente perderia en caso de mal éxito, á trueque de conseguir alguna ventaja para el país. En cuanto á los perjuicios militares de su concesion, eran ciertamente más en la apariencia que en la realidad; el terreno neutralizado no era, ni con mucho, un centésimo del teatro de la guerra; ya he dicho que en opinion del General, más que de victorias decisivas, imposibles de obtener en esta campaña, esperaba grandes resultados, y la práctica venía justificando sus previsiones, de la política que habia inaugurado, de la intranquilidad del enemigo y de su falta de recursos. La guerra continuaba en todas partes, y si algunos rebeldes buscaban un refugio tranquilo en el terreno neutralizado, nuestras fuerzas quedaban con más libertad para operar en el resto por fracciones muy pequeñas, destruir sus siembras y recoger las familias que aún quedaban en el monte, miéntras que el exceso de insurrectos aglomerados en una pequeña zona, consumia y nos enseñaba recursos que de otro modo hubieran sido más duraderos y áun desconocidos para nuestras columnas. El peligro, por otra parte, auna las voluntades, y en los momentos de verdadero apuro é inminente riesgo se acallan las pasiones, duermen los odios, cesan las polémicas y todo se subordina á una accion salvadora; la tranquilidad, por el contrario, hace renacer los rencores, las discusiones y las discordias; tan luégo como su reunion tranquila y exenta de cuidados y peligros lo permitiera, habian de manifestarse con mayor violencia las distintas aspiraciones y deseos de muchos de los jefes insurrectos; era, pues, probable que la concesion del General, y la reunion de los hombres más influyentes de la rebellion, pusiera de manifiesto las diferentes tendencias que los animaban, y convenciera á muchos de ellos de que la prolongacion de la guerra que asolaba la Isla, no sólo no los acercaba sino que los alejaba del triunfo de sus ideas, triunfo quizás más asequible por medio de la paz.

De todos modos, la falta de unidad de miras no podía ménos de hacerse patente, ni de aumentar los celos y rivalidades que de muy antiguo existían entre ellos, con ventaja segura para nuestra causa.

Además, neutralizado aquel territorio, era imposible evitar las relaciones entre uno otro campo, que los soldados insurrectos descaban con ánsia para dar y recibir noticias de sus familias y amigos, ni que aprovecharan esta tregua para adquirir objetos de que por tanto tiempo habian carecido. Nuestros soldados, penetrados del espíritu del General, y acostumbrados por un año de campaña humanitaria, no necesitaban excitacion ni recomendaciones de ningun género para mostrarse generosos, expansivos y tolerantes con las preocupaciones del enemigo; estos soldados no podían dejar de hacer comparaciones entre sí y los nuestros, bien vestidos, alimentados y atendidos, y su propia desnudez, privaciones é incertidumbre intranquila de su errante existencia; las comunicaciones con los presentados, prisioneros puestos en libertad, y afirmaciones de sus amigos y parientes haciendo patente la conducta de nuestras autoridades, y la verdad de las promesas del General, les convencerían de la buena fe del Gobierno español y desarraigarian creencias mantenidas entre ellos por la política interesada de sus jefes, demostrando á la mayoría que estaban haciendo una guerra cruel, por conseguir ventajas que disfrutaban hacia ya tiempo todos los cubanos ménos los soldados rebeldes, y en una palabra, que la bandera que defendían no tenía razon de ser, y todas estas concausas contribuirían aquí en gran escala; como en pequeña habia sucedido en Manzanillo, á variar el espíritu del soldado insurrecto, á hacerle desear la paz y á ejercer sobre sus propios jefes esa presion de abajo á arriba, cuyos efectos son tanto mayores y potentes cuanto más contenida ha estado su fuerza, obligándoles á acelerar una solucion pacífica, si las presentaciones aisladas ó en masas no dejaban solos y

reducidos á la impotencia á los corifeos de la insurreccion.

El General, por último, no habia querido fijar plazo á esta suspension de hostilidades, porque no causando un perjuicio real á las operaciones que proseguian por todas partes, le importaba poco que su duracion se prolongase algo; sabía además que, dada la desorganizacion en que el enemigo se encontraba, y la falta de comunicaciones entre sus jefes, habia de tropezar, para avisarse y reunirse, con muchas dificultades y retrasos á pesar de los salvo-conductos, caballos y otras facilidades que les procuraba. Segun las noticias que habia de recibir del espíritu y rumbo que tomaran los trabajos de los jefes reunidos, podia convenirle acortar ó alargar la duracion de la junta, y le parecia poco politico y hasta poco formal fijar plazos fatales para prorrogarlos despues, sin contar con el inconveniente de tener la opinion pública anhelante, pendiente de fechas que en esta clase de negociaciones no es posible señalar sin exponerse á desengaños de mal efecto.

Conocida la suspension de hostilidades que acabo de analizar, y dadas al general Cassola sus últimas instrucciones, quedó Estéban Duque de Estrada encargado de comunicar esta decision á los insurrectos, marchando en seguida de Santa Cruz, y continuando el mismo dia el General en jefe hácia el departamento Occidental y la Habana, para conferenciar con el general Jovellar y ponerse de acuerdo con él respecto á todas las eventualidades que pudieran surgir de la reunion de los jefes rebeldes. Hecho esto, y miéntras daba lugar á que los cabecillas se reunieran y su concesion producía algunos resultados, recorrió todas las Villas occidentales, viendo, como de costumbre, por sí mismo, el estado de los campamentos y operaciones, y el espíritu cada vez más pacífico y levantado de sus habitantes, y el 5 de Enero volvia á Sancti-Spíritus. En aquella Comandancia general se habian dado algunos golpes buenos á los insurrec-

tos, hiriendo en uno de los encuentros á Pancho Jimenez, uno de los jefes más importantes de aquella jurisdiccion, y empezaban á dibujarse entre los insurrectos los deseos de reunirse y entrar en tratos, manifestados poco ántes por los del Centro. Dió el General sus instrucciones para el caso que sucediera lo que preveía el comandante general Rodriguez Arias, y el 7 salió hácia Santa Cruz, donde llegó el 8, y el 9 á la capital del departamento del Centro.

Habíanse reunido en este intervalo, y en el sitio llamado Palma-Hueca, sino todos, la mayor parte de los diputados y jefes civiles más influyentes de la insurreccion, y casi todos los militares del Camagüey, juntando bastantes fuerzas en el terreno neutralizado, con gran ventaja de nuestras columnas que operaban subdivididas en fracciones de 15 hombres por el resto del Departamento, favoreciendo las numerosas presentaciones de soldados y familias insurrectas, y destruyendo los sembrados que encontraban, miéntras que ellos mismos consumian los recursos de la zona neutralizada, donde tambien se habian concentrado muchas mujeres y niños, buscando, siquiera fuese por poco tiempo, una tranquilidad y descanso que no podian encontrar en parte alguna. El Comandante general del Centro estaba en el Chorriillo, próximo al punto de reunion de los jefes rebeldes, aunque sin tener noticia de ellos ni de Estéban Estrada hacía muchos dias. Apareció este último el dia 11, y el 12 fué al mismo punto el General en jefe. Allí recibió á los diputados Roa y Luaces, comisionados por los demás jefes reunidos y portadores de una carta de Goyo Benitez, brigadier y jefe de las fuerzas rebeldes del Camagüey. Decia éste en nombre de todos, y confirmaron los comisionados verbalmente, que consideraban poco patriótica la continuacion de una lucha que devastaba la isla de Cuba inútilmente, y que deseaban la paz, pero que ántes de tomar respecto á ella un acuerdo definitivo deseaban consultar á los demás jefes de la insurreccion, reuniéndolos á ser posible, tanto para dar

á su decision mayor fuerza é importancia, como para evitar que los jefes de los otros departamentos pudieran acusar á los ahora reunidos de poco consecuentes para con ellos y áun de haberlos abandonado, añadiendo que el vicepresidente Céspedes habia ido á buscar á al presidente electo Vicente García, á quien queria esperar, terminando la carta con la peticion de próroga de la suspension de hostilidades y ampliacion del territorio neutralizado á toda la Isla, ó cuando ménos al departamento del Centro, y libertad, facilidades y tiempo para enviar comisionados á los jefes de Oriente y Occidente y aguardar las respuestas que trajeran.

Al mismo tiempo casi que los del Centro se habian iniciado tratos parecidos con los principales jefes insurrectos de las Villas occidentales, Sancti-Spíritus y Remedios, Bayamo y Manzanillo, y hasta en Tunas y Holguin, que era el mando de Vicente García, habia éste manifestado deseos de hablar con el General en jefe, ó con Prendergast, hallándose este último en Manzanillo pendiente de todos los tratos iniciados en aquellas jurisdicciones y acudiendo siempre al punto en que su presencia podia ser más útil. La primera pretension manifestada por los jefes rebeldes era la suspension de hostilidades en sus distritos respectivos, pretension que una vez concedida hubiera sido la completa paralización de las operaciones, y la que ordenó el General en jefe á todos los comandantes generales que negaran con firmeza sin negarse por esto á estar en negociaciones con ellos, y haciendo ver á los que pedian la neutralizacion de sus zonas que no se podia perder la época más propicia para nuestras armas sin garantía ninguna de una paz próxima que disculpara ante la nacion la inaccion en que querian colocar á nuestro ejército.

Si bien la carta de Goyo Benitez y la mision de los diputados Roa y Luaces daban ya un carácter algo más formal á las hasta entónces officiosas negociaciones del Centro, tampoco daban garantía ninguna de paz próxima que discul-

para en cierto modo la concesion de sus peticiones, ni podian darla en un asunto que querian resolver en reunion de un gran número de jefes que sabíamos que tenian caracteres, educacion, opiniones y deseos muy variados. Contestó, pues, el General á los comisionados como habia mandado que se contestase á las peticiones hechas en las demás comandancias generales, que lo que pedian era la suspension de la guerra, y más de lo que sus atribuciones le permitian conceder, mucho más en aquella estacion, y sin que ninguna garantía ni aún promesa disculpara concesion tan importante á los ojos de la nacion y del Gobierno; que animado, sin embargo, de los mejores deseos en pró de la paz y de la felicidad de la Isla, prorogaba la suspension de hostilidades en los mismos términos ya concedidos, es decir, obligándose á dejar marchar los jefes y fuerzas reunidas á los puntos que quisieran, avisándoles con tres dias de anticipacion ántes de empezar de nuevo las operaciones, no en el terreno actualmente neutralizado, que era demasiado extenso, sino en unas seis leguas cuadradas sobre la márgen derecha del Rio Sevilla, ofreciéndoles para el caso de que la pequeñez de este territorio hiciera difícil la subsistencia sobre él de las fuerzas y familias que tenian reunidas los auxilios de víveres que necesitaran, dando además pases á los comisionados que quisieran enviar á los otros departamentos, y para los jefes que quisieran venir de aquéllos al Centro, facilitándoles tambien medios de trasporte y aún de comunicaciones por telégrafo que hicieran sus misiones más rápidas y cómodas.

Aceptaron los jefes del Centro estas condiciones, aunque no los auxilios de raciones que el General les ofrecia; restringióse el terreno neutralizado y salieron varios comisionados para avisar á los jefes rebeldes más importantes de la Isla, y sobre todo, para enterarse por sí mismos del estado y espíritu de las fuerzas insurrectas de cada localidad. Era éste cada vez ménos favorable á la continuacion de la

guerra, y aunque los comisionados llevaron nombramientos y nuevos ascensos para los jefes más importantes, y muchos de ellos estaban poco dispuestos á una transaccion con el Gobierno español, todos volvieron con la conviccion de que la situacion era mala y apurada, grande el cansancio, mayor la confianza que nuestro caudillo les inspiraba, y casi general entre soldados y subalternos el deseo de llegar á una solucion pacífica. Los jefes sabian además que la insurreccion habia perdido sus simpatías en las vecinas repúblicas, y que Inglaterra y los Estados-Unidos estaban dispuestas á impedir que saliera de sus puertos ninguna clase de auxilios para los rebeldes, llegando en aquellos dias á su conocimiento la noticia de haber sido apresada en Jamáica una goleta que les traia armamentos, y detenido en New-York el vapor *Estrella*, en el que intentaban traer una expedicion.

En tanto que los comisionados del Camagüey desempeñaban su comision, se habian manifestado claramente en todas partes ménos en Cuba los deseos de tratar con nuestros jefes. En Bayamo, Manzanillo y Jiguani, á pesar de haberseles negado la suspension de hostilidades, estaban los jefes rebeldes en relaciones con el comandante general y general Prendergast. En Holguin y las Tunas conferenciaba el brigadier Valera con algunos jefes de Vicente García, y éste enviaba otros dos de su confianza al general Prendergast, y prometia ir á unirse á los del Centro, para lo que pidió y se le concedió la neutralizacion de uno de los caminos de Tunas á Palma-Hueca, pues pensaba ir y fué acompañado por una escolta bastante numerosa, no por falta de confianza hácia nosotros, sino porque, en mi juicio, no queria estar solo entre las Cámaras y fuerzas insurrectas del Camagüey. Tambien los cabecillas de Villas occidentales estaban en relaciones con el general Figueroa; y en Spíritus y Remedios, á pesar de la oposicion del General en jefe, el general Arias y el brigadier Fuentes se vieron

obligados á conceder la neutralizacion, no de una zona, sino de dos campamentos, en los que se reunieron las fuerzas insurrectas en són de paz, y áun á suministrarlos raciones para evitar que se diseminaran en busca de alimentos, y aumentaran de hecho con su actitud pacífica la neutralizacion que se les habia negado; de modo que á principios de Febrero se tenía casi una seguridad de las buenas disposiciones de la gran mayoría de las fuerzas rebeldes, á excepcion de las de Cuba, que mantenidas léjos de nuestros centros, tenían ménos conocimiento de lo hecho por el General y por el Gobierno, manteniéndose su jefe Maceo desconfiado y poco propicio á dejar las armas, parte por resentimientos con los de otras localidades, parte porque disminuidas en gran manera por las enfermedades las tropas que operaban en aquel extenso y áspero departamento, estaban las suyas más descansadas y ménos perseguidas, y áun habia tenido últimamente dos combates que nos habian sido desfavorables, adquiriendo algunas municiones con la sorpresa de un convoy, y aumentando á proporcion sus pretensiones.

De acuerdo con el general Jovellar habia consultado el general Martínez Campos con el Gobierno á fines de Enero las concesiones que pensaba hacer á los insurrectos, y habiendo recibido telegrama del presidente del Consejo de fecha 2 de Febrero aprobando la nota que le habian mandado y cuanto en lo sucesivo pudieran hacer, se la envió á los jefes reunidos en Palma-Hueca, el 3 de Febrero, como base sobre la que habia de hacerse la paz, y al mismo tiempo, y por conducto del general Prendergast, se entregó en Ranchuelo á los comisionados de Vicente García, haciendo comprender á todos, que siendo impropio del carácter del General en jefe las dobleces y subterfugios, ofrecia desde luégo cuanto creia conveniente y justo que la nacion diera, y que si bien estaba dispuesto á oír las variaciones que desearan hacer en cuestiones de forma y á aceptar cuantas pudiera

en pró de la paz, no podia ni queria variar nada en la esen-
cia de las bases que desde luégo les ofrecia.

Conforme habia prometido el general Prendergast, el 5 de Febrero llegaba á Palma-Hueca el presidente electo Vicente García, escoltado por unos 150 hombres de sus soldados de más confianza, y en seguida pidió al General una entrevista, que tuvo lugar el dia 7 en Chorrillo, con asistencia de gran número de jefes insurrectos civiles y militares, y por nuestra parte de los generales Martínez Campos, Prendergast y Cassola.

En esta conferencia sumamente larga, manifestó Vicente García, lo mismo que en las anteriores lo habian hecho los otros jefes, que la prolongacion de la lucha destrozaba el país aniquilando inútilmente los últimos elementos de vida que en la Isla quedaban, y que convencidos de los buenos deseos del Gobierno y del General en jefe, creian posible y necesario terminarla de un modo honroso y satisfacer los deseos de gran número de partidarios; que con objeto de facilitar las negociaciones habia venido á jurar el cargo de presidente de la República, para el que habia sido elegido, como ya he dicho, despues de la captura de Estrada, pero que todos los cubanos allí presentes habian prestado el juramento á su Constitucion, uno de cuyos artículos prohibia todo trato con los representantes del Gobierno español que no fuera bajo la base de la independencía de la Isla; que habiendo recibido todos ellos sus poderes por eleccion popular, sólo el pueblo podia desligarlos de los compromisos contraidos, y al pueblo sólo, por sí ó por medio de comisionados elegidos con este objeto, tocaba el decidir sobre la cuestion que se debatia, pidiendo como consecuencia una suspension general de hostilidades en toda la Isla, para que con conocimiento de las bases que el General les habia enviado se hicieran nuevas elecciones de diputados, trayendo éstos desde luégo la autorizacion para rechazar las bases, ó admitirlas y hacer la paz partiendo de ellas. Habló despues el General con grave

firmeza, razonó las bases y las consecuencias que tendrían para asegurar un porvenir tranquilo y feliz á Cuba, hizo presente que ni estaba autorizado para conceder la suspensión de hostilidades que se le pedía, ni podía ni quería aconsejar al Gobierno una concesión que no justificaba ninguna garantía de resultados, y que había de ser por tiempo indefinido en atención á la desorganizada diseminación en que los insurrectos vivían, y haciéndole perder á él como General en jefe la época más propicia para obtener grandes resultados de las fatigas y esfuerzos hechos por su ejército, y la ocasión probable de destruir las partidas que aún quedaban en pié, exponiéndose á engañar las esperanzas del país y del Gobierno que debía dar cuenta de sus actos ante las Córtes próximas á abrirse; hízoles observar, por último, que lo que ellos llamaban pueblo cubano y al que querían apelar estaba ya reducido á escaso número de familias errantes, y de raza de color en su mayor parte, y á los soldados, reunidos casi todos en los campamentos de Bayamo, Manzanillo, Jiguani, Tunas, Villas occidentales, Spiritus y Remedios, pendientes todos del resultado de aquella reunión, y de cuyo espíritu tenían conocimiento exacto por sus propios comisionados, igual al de las fuerzas del Camagüey, reunidas casi por completo en el próximo campamento de Palma-Hueca. Prolongóse la discusión durante siete horas, encerrándose los unos en el deber que el mencionado precepto constitucional les imponía, y esforzándose nuestros generales en vencer sus resistencias, poniendo ante sus ojos como primer móvil á que debían atender, las sugerencias de su razón y de su conciencia en pró de la patria y de los soldados que se habían sacrificado por seguirlos; no faltando alguno de los diputados que hiciera presente que lo que ahora se les ofrecía era mucho ménos de lo que en ocasiones anteriores se les había ofrecido, observación que recogió el General, contestando que no sabía qué clase de ofrecimientos podían haberles hecho oficiosamente durante

los mandos de sus dignos antecesores, pero que el Gobierno y él, anhelando herrar los recuerdos de un pasado sangriento, no querían mirar hácia atrás, fijando sus miras y buenos deseos en el porvenir y felicidad de la Isla, que deseaban ardientemente; que las bases ofrecidas ahora eran una concesion, no á las armas sino á la justicia, y que las promesas de derechos y de libertades en ellas concedidas serian ya un hecho práctico, si no hubieran impedido ya su planteamiento, por una parte el estado anormal en que la guerra que trataba de concluir colocaba á la isla de Cuba; y si por otra, el Gobierno, animado por el mismo espíritu de justicia, no creyera que era de gran conveniencia y de absoluta necesidad el que los diputados elegidos en Cuba tomaran parte activa é importante en la discusion de medidas y leyes que en la Isla se habian de cumplir, y que tan gran influencia podian tener en su prosperidad y en el desarrollo de su riqueza, y finalmente, que no comprendia ofrecimiento mayor ni que entrañara más buena fe y mejores deseos que el de la unificacion de derechos y leyes de Cuba con el resto de las provincias españolas, en todo lo que no se opusiera á su modo especial de ser, y en una palabra, el de hacer verdaderamente españoles y hermanos por sus deberes, derechos é intereses, á los que ya lo eran por usos y costumbres, lenguaje, religion é historia.

Terminóse, sin embargo, la conferencia, sin decir nada, y sin que nada prometieran los jefes insurrectos al despedirse de nuestros generales con una fria cortesía que no auguraba ninguna solucion próxima ni satisfactoria. Quedó el General en jefe sumido en angustiosa incertidumbre y casi convencido de que todos sus esfuerzos y pacientes trabajos en pró de una solucion satisfactoria, rápida y definitiva iban á quedar inútiles, y no eran las noticias que de Oriente llegaban las más á propósito para resolver sus dudas y acallar sus temores. Maceo, que como ya hemos dicho se habia siempre manifestado opuesto á toda clase de

negociaciones, y hacía esfuerzos desesperados para levantar el ánimo decaído de la insurrección, había tenido dos encuentros con pequeñas columnas, á las que había causado sensibles pérdidas, y se había apoderado de uno de nuestros convoyes, adquiriendo algunos miles de cartuchos. A pesar de todo se mantuvo firme y sin querer anunciar la ruptura de hostilidades, como le aconsejaban muchos de nuestros jefes, resistiéndose á precipitar los sucesos con impacencias impremeditadas.

Trasladóse desde Chorrillo al Zanjón, en cuyo punto se le unieron el día 9 de Febrero los Sres. Roa y Luacas con una carta de Vicente García, quien como presidente de la República, acreditaba á aquellos señores como comisionados del Gobierno que presidía, para dar cuenta al General en jefe de los sucesos acaecidos y decisiones tomadas en el campamento de San Quintín. Hé aquí ahora su resúmen.

Después de la larga entrevista con nuestros generales, cuya narración acabo de hacer, reuniéronse en su campamento todos los jefes y diputados rebeldes, discutiendo largamente sobre el estado y porvenir de la insurrección, y conveniencia de hacer la paz sobre las bases presentadas por el general Martínez Campos, cuya esencia era: igualdad de derechos político-administrativos con Puerto-Rico; olvido y perdón absoluto de todos los delitos políticos cometidos desde principios de la insurrección; libertad de los esclavos que aún militaban en las filas rebeldes, y libertad de marchar fuera de la Isla á los sometidos que lo desearan. Después que cada cual hubo expuesto ámpliamente su modo de pensar, se acordó por una gran mayoría de los miembros del Gobierno y Cámara que era conveniente el hacer la paz partiendo de las bases propuestas, y en vista de lo urgente de las circunstancias y con objeto de quedar libres de sus compromisos constitucionales, hicieron dimisión de sus cargos y reunieron á todas las fuerzas y familias que dentro del territorio neutralizado se encontraban, para que eli-

gieran un Comité que, desligado de toda promesa anterior, pudiera gestionar la paz y hacer las modificaciones en las bases y las peticiones nuevas que creyera convenientes para el país y para los insurrectos. Eligiéronse, pues, siete miembros para formar el Comité, siendo cinco de ellos de los antiguos intransigentes, quedando Emilio Luaces como presidente, y como secretario Rafael Rodríguez, y con la condición de que si sus trabajos no daban la paz por resultado, todos los miembros del Gobierno y los diputados que habían dimitido sus cargos volverían á aceptarlos para la continuación de la guerra.

Reunido el nuevo «Comité del Centro» acordó apelar de nuevo al pueblo, y reunido éste como anteriormente y leídas las bases enviadas por el general Martínez Campos, se hicieron las siguientes preguntas: «1.ª ¿Se continúa la guerra, ó se hace la paz sobre las bases leídas? 2.ª Si los demás cubanos en armas, á quienes se consultará, se niegan á aceptar la paz bajo estas bases, y deciden continuar la guerra; ¿persisten los camagüeyanos en hacer la paz aislados, ó quieren continuar la guerra?» Tres cuartas partes de los jefes, y la inmensa mayoría del pueblo se decidió por la paz á la primera pregunta; y una minoría de jefes, y un tercio escaso de la fuerza se decidió por continuar la guerra, á la segunda.

Terminada esta especie de plebiscito, se había vuelto á reunir el Comité del Centro, y su presidente Luaces y el teniente coronel Roa, miembro también de aquel Comité, traían al General en jefe las bases modificadas por ellos, con la decisión firmada por todos de sujetarse á lo que la mayoría había acordado, pidiendo de nuevo al mismo tiempo la suspensión general de hostilidades para toda la Isla, y facilitación de medios para enviar á todos los Departamentos comisionados que dieran cuenta de las decisiones tomadas en San Agustín, á todos los jefes de fuerzas y procuraran su adhesión á esta paz, aguardando las tropas

del Centro el resultado de estas comisiones, hasta fines de mes, con objeto de que la deposicion de armas fuera lo más simultánea y numerosa posible.

Las modificaciones hechas por el Comité en las bases presentadas por el General, eran poco importantes, á excepcion de la primera, que en lugar de la asimilacion con Puerto-Rico habian sustituido con la petición de asimilacion de Cuba con las provincias españolas, bajo la Constitucion vigente, á excepcion de las quintas. Esta petición era inadmisibile por muchas razones, y en la conferencia que tuvieron con el General los Sres. Roa y Luaces, conferencia en la que tomó tambien parte, por medio del telégrafo el general Jovellar, demostraron aquellos señores que no tenian conocimiento ni ellos ni los jéfes reunidos en San Agustin, de las diferencias que habia entre la organizacion de Puerto Rico y la del resto de las provincias españolas, sino que la petición era hija de la desconfianza que les inspiraba la historia de tantas promesas hechas y no cumplidas por el Gobierno español, y del deseo de seguir en Cuba los movimientos liberales ó retrógrados que la política y la administracion de la Península pudiera tener en lo sucesivo, llegando en su afan de completa asimilacion, hasta ofrecer el someterse á las quintas, con la condicion de pagar este tributo en dinero.

Hízoseles presente que lo más importante y esencial para el interés de los pueblos, son el desarrollo de su vida municipal y provincial, su administracion de justicia y su participacion en la confeccion de las leyes, por medio de sus representantes en Córtes; que las leyes municipales y provinciales promulgadas despues de la Restauracion, se habian hecho extensivas á Puerto-Rico; que la administracion de justicia y la representacion en los Cuerpos colegisladores era la misma, y que bajo todos estos aspectos puede decirse que aquella Isla estaba fundamentalmente asimilada con las demás provincias españolas. Que debian

tener en cuenta que la tendencia de todos los Gobiernos y las manifestaciones de la opinion en la Península, vienen marcándose tiempo há y cada vez con más fuerza en sentido de la asimilacion, y que ésta llegaria á ser tan completa como la conveniencia de las mismas provincias de Ultramar lo permita, el dia que los diputados de todas ellas puedan ejercer en las Cámaras su natural influencia. Como prueba evidente de que ciertas diferencias existirian aún por muchos años, por voluntad de los más interesados en llevar la asimilacion á su último grado, se les recordó la exencion de quintas que desde luégo pedian, como hubieran pedido un sistema de tributacion distinto, si hubieran estudiado las contribuciones que la Península pagaba, sobre las que se les hizo una ligera explicacion, que desde luégo no agradó á los comisionados; haciéndoles tambien presente que dentro de la Península existian las provincias Vascas, con diferencias administrativas bien marcadas, mantenidas por conveniencia propia, y por último, que tampoco les convendria, por ahora, el establecimiento en Cuba de las dos autoridades civil y militar, sino el de una sola que en representacion del Gobierno pueda armonizar la marcha de toda la Administracion.

Marcharon los comisionados á San Agustin para consultar con sus compañeros el resultado de esta entrevista, y sin duda debieron parecerles muy atendibles las razones expuestas por los generales Campos y Jovellar; y reflexionar además, que cambios tan radicales como los que traeria una asimilacion completa é inmediata en el sistema tributario y organizacion politico-administrativa de la Isla, no se introducen de un modo tan rápido como ellos deseaban, sin causar trastornos y desorganizacion de lo existente, que se traducirian en perjuicios gravísimos para todos, y en quejas y amargas censuras contra los mismos á quienes tan buenos deseos animaban, y que era tan seguro para el porvenir de Cuba, y más conveniente para su bienestar, el

hacer desde luégo solamente aquellas reformas que no habian de producir trastornos y daban garantía de la buena fe del Gobierno, dejando á los representantes de la Isla la tarea de estudiar lenta y concienzudamente las reformas que se habian de introducir paulatinamente y de modo que ayudasen más bien que paralizasen el movimiento agrícola é industrial del país; porque al siguiente dia 10 volvieron los Sres. Luaces y Roa al Zanjón, trayendo las bases que definitivamente debian acordarse.

Hé aquí ahora la copia de aquel documento.

« Constituidos en junta el pueblo y fuerza armada del » departamento Central, y agrupaciones parciales de los » otros departamentos, como único medio hábil de poner » término á las negociaciones pendientes, en uno ú otro » sentido, y teniendo en cuenta el pliego de proposiciones » autorizado por el General en jefe del ejército español, » resolvieron por su parte modificar aquéllas presentando » los siguientes artículos de capitulación.

» Artículo 1.º Concesion á la isla de Cuba de las mismas » condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que » disfruta la isla de Puerto-Rico.

» 2.º Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos » cometidos desde el año de 1868 hasta el presente, y liber- » tad de los encausados ó que se hallen cumpliendo condena » dentro y fuera de la Isla. Indulto general á los desertores » del ejército español sin distincion de nacionalidades, ha- » ciendo extensiva esta cláusula á cuantos hubieren tomado » parte directa ó indirectamente en el movimiento revolu- » cionario.

» 3.º Libertad á los esclavos ó colonos asiáticos que se » hallen hoy en las filas insurrectas.

» 4.º Ningun individuo que en virtud de esta capitula- » cion reconozca y quede bajo la accion del Gobierno español, » podrá ser compelido á prestar ningun servicio de guerra, » miéntras no se establezca la paz en todo el territorio.

» 5.º Todo individuo que desee marchar fuera de la Isla,
 » queda facultado, y se le proporcionarán por el Gobierno
 » español los medios de hacerlo sin tocar en poblaciones si
 » así lo desca.

» 6.º La capitulacion de cada fuerza se efectuará en des-
 » poblado, donde con antelacion se depositarán las armas
 » y demás elementos de guerra.

» 7.º El General en jefe del ejército español, á fin de
 » facilitar los medios de que puedan avenirse los demás
 » Departamentos, franquerá todas las vías de mar y tierra
 » de que pueda disponer.

» 8.º Considerar lo pactado con el «Comité del Centro»
 » como general y sin restricciones particulares, para todos
 » los Departamentos de la Isla que acepten estas proposi-
 » ciones.

» Campamento de San Agustín, Febrero 10 de 1878.—
 » Emilio Luaces, Presidente del Comité del Centro.— Rafael
 » Rodríguez, Secretario.»

Como se ve en la comparacion de este documento con las bases que el General en jefe, de acuerdo con el general Jovellar y con la aprobacion del Gobierno, habia enviado á los jefes insurrectos, los artículos, 1.º, 2.º, 3.º y 5.º eran nuestros, y los 4.º, 6.º, 7.º y 8.º adicionados por ellos. Más adelante discutiré el pró y el contra de estas concesiones, discusion que ahora cortaria la narracion de aquellos sucesos.

Grande era la responsabilidad que envolvia la concesion de la suspension de hostilidades en toda la Isla, que pedian los insurrectos para consultar la capitulacion anterior con todos los jefes de fuerza armada en los demás departamentos, y procurar su adhesion ántes de hacerla ellos mismos. El general Martínez Campos, que aunque ejecuta con rapidez, es despues de meditar mucho y despacio, discutiendo el pró y el contra y escuchando las opiniones de todos, hacía días que consultaba con los generales Jovellar, Pren-

dergast y Cassola, cuyos dos últimos tenía á su lado y con opiniones distintas; inclinábase el general Prendergast á la concesion; y en la duda del resultado, preferia la negativa el general Cassola, á cuya opinion se inclinaba tambien el general Jovellar, pareceres los dos de mucho peso para el General en jefe, tanto por la inteligente experiencia que el general Cassola habia demostrado en su mando y en estas negociaciones, cuanto por el deseo del general Martinez Campos de marchar en todo de acuerdo con el general Jovellar, con el que tenia diarias y largas conversaciones telegráficas, exponiéndole la situacion, sus impresiones y las de Prendergast y Cassola; pero llegaba el momento de decidir, y tenia que hacerlo por sí solo, puesto que no habia una unidad completa de pareceres entre las personas que más confianza le inspiraban.

Llevaba el general Martinez Campos más de un mes de intranquila incertidumbre, y aún le esperaban momentos terribles de duda, pero ningunos debieron ser para él tan cruelmente angustiosos como los de la noche del 9 al 10 de Febrero. Tenia en su mano la suerte de la Isla, la del ejército, la de España quizás, y pesos de semejante naturaleza agobian el espíritu, tanto más, cuanto más claramente ve la inteligencia las importantes consecuencias que va su decision á originar. Ante su imaginacion intranquila debian aparecer las enormes cifras de nuestra deuda, la apuradísima situacion de nuestro Erario, la escasez de nuestro crédito y las perentorias exigencias de nuestras imperiosas necesidades; la desconsoladora imágen de las víctimas numerosas que las enfermedades y las fatigas hacian en nuestras aclaradas filas; el horror que á las madres españolas inspiraba la idea de una nueva quinta para Cuba, y el desprestigio que recaeria sobre el Gobierno, si despues de paralizar la guerra en la mejor estacion, se veia obligado á continuar las operaciones en la época de las aguas exigiendo al país nuevos y más crueles sacrificios. Grandes eran las

ventajas que reportaría la nación de una paz inmediata y en la que la razón y el convencimiento influían tanto como las ventajas adquiridas por nuestras armas, pero aún eran mayores los inconvenientes de un desengaño, si después de paralizar por algunos meses las operaciones, había que renovarlas con desprestigio de la nación burlada en sus esperanzas, sin contar con el propio del General y el aparente empañamiento de su brillante carrera, idea esta última, que estoy seguro no le preocupó un solo instante en aquellas horas de penosa incertidumbre, así como de que hubiera sacrificado gustoso toda idea de gloria personal por ver claro en el porvenir y ajustar su conducta, para que su patria recogiese mayor beneficio y gloria.

Ya al aceptar el difícilísimo mando del ejército de Cuba, con gran conocimiento de las graves dificultades político-militares con que había de tropezar, y quizás dudando del buen éxito de sus esfuerzos, había hecho abstracción completa de su personalidad, y venía decidido á sacrificarse, si preciso era, en bien de su patria. Fácil le era la resolución del actual problema si sólo hubiera atendido á salvar su personalidad. La exigencia de una sumisión inmediata, hecha á los jefes del Centro, que hubiera traído seguramente la continuación de la guerra, justificando su conducta con la falta de garantías para conceder una suspensión general de hostilidades, y las facilidades y tiempo anteriormente concedidos para conocer el espíritu y resoluciones de las fuerzas armadas en los otros departamentos, objeto para el que ahora se le pedían nuevos plazos, y la paralización de la guerra; envuelta en unas cuantas frases ampulosas en las que se pusieran en juego el honor, la dignidad y el interés nacional, bastaban para hacer muy razonable una decisión que, repito, estaba en el ánimo de la mayoría de los partidarios de nuestra España, y como ya he indicado, en el de muchos de los jefes más acreditados de nuestro ejército; quedándole después grandes probabilidades de numerosas

presentaciones y de aniquilar el resto del enemigo en un plazo más ó ménos largo con gran aumento de su gloria militar, si bien con la exposicion de prolongar la lucha un año más, y exigiendo al país nuevos sacrificios de dinero y los aún más dolorosos, de millares de sus hijos víctimas inevitables de una decision que le ponía en el caso de aniquilar la insurreccion sin convencer á los parciales. Pero no se trataba de él; se trataba de evitar á esta hermosa y asolada provincia española las convulsiones devastadoras de la lenta agonía de la rebelion, la totalizacion de su ruina, y las vidas de millones de sus hijos víctimas seguras de la continuacion de la lucha: se trataba de economizar las fuerzas que aún quedaban, y de cerrar la dolorosa herida abierta hacía nueve años en el seno de la madre patria, por la que perdía desangrándose sus mejores elementos de vida y riqueza, y de dar á nuestra querida España con una paz sólida y ardientemente deseada, la tranquilidad de que carece hace un siglo, y el general Martínez Campos; no titubeó, ni pensó quizás en ello, en sacrificar su personalidad, su prestigio y su gloria militar, cuando decidió acceder á la peticion de los insurrectos, convencido por sus largas y detenidas reflexiones, de que la nacion no perdía probablemente nada con la suspension general de hostilidades, y era posible que ganara mucho, aún cuando con ella no se consiguiera una pacificacion completa é inmediata.

Hé aquí ahora algunos de los racionios, que á mi juicio, decidieron la conducta del General en jefe. Es indudable que con la negativa de suspender las operaciones militares en toda la Isla, colocaba á los jefes civiles y militares de la insurreccion, reunidos en el Centro, en la necesidad de continuar la lucha, justificaba su actitud belicosa para muchos de sus soldados, y tenía que combatir con hombres faltos de esperanzas y que creían haber hecho cuanto era posible en pró de la paz. Verdad es que la

estacion era la más oportuna para operar y la ménos mal sana para nuestros soldados, pero todos estaban fatigados, la mayor parte salian de los hospitales debilitados por las enfermedades, y habian de resistir mal los trabajos y penalidades de una campaña que debia ser activísima. Verdad es tambien que los insurrectos estaban abatidos, desorganizados y diezmados á su vez por las enfermedades y presentaciones; pero la negativa del General levantaria su espíritu, dándoles el ánimo de la falta de esperanza y aunando sus voluntades: teníamos que concluir con los soldados, obra pesada y dificultosa, porque su táctica era ahora huir, esconderse y ganar tiempo, y sobre todo, con los jefes insurrectos más importantes, porque pocos de ellos, aún errantes, miserables y aislados, bastaban para mantener enhiesta la bandera de « Cuba libre, » y con ella las esperanzas y trabajos de sus numerosos simpatizadores y partidarios en el interior y en el extranjero. Era, pues, muy posible que las aguas se echaran encima sin haber conseguido un aniquilamiento del enemigo tan radical como era necesario para dar la guerra por terminada, dejando nuestras tropas estenuadas por las continuas marchas y excesivas fatigas, y víctimas seguras de las enfermedades que llegarían fatalmente con las lluvias, lo que nos obligaba á prolongar la campaña por otro año, sin evitar un nuevo empréstito y la venida de nuevas tropas.

Concedida la peticion de los jefes reunidos en San Agustín, quedaban nuestras columnas en la inaccion en la época más propicia para sus movimientos; el enemigo descansaba, quizás se organizaba algo, y en caso de mal éxito en las negociaciones se prolongaba la campaña por otro año, imponiendo á la nacion nuevos sacrificios de hombres y dinero; pero nuestras tropas podian reponerse y conservarse para el momento en que su accion fuera necesaria, ganando en salud, robustez é instruccion, sin perder en disciplina, resignacion y demás cualidades que hacen de nuestro sol-

dado uno de los mejores del mundo. Los insurrectos, faltos de organizacion, y en la expectativa de una paz próxima y deseada, habian de aprovechar la tregua, más para disfrutar las comodidades de la vida civilizada y de familia de que tantos años há estaban privados, que para reorganizarse y crear los elementos necesarios para prolongar la guerra, consumiendo, por el contrario, los pocos elementos que les quedaban, en mantener las fuerzas que pudieran conservar reunidas. Las diversas tendencias de cada fraccion y aún de cada jefe habian de manifestarse más y más en la tranquila inaccion en que quedaban, aumentando la divergencia de sus opiniones, sus enconos y rivalidades, y convenciendo á unos y otros de la inconveniencia de continuar una guerra sin objeto definido y consumir la ruina de su propio país para colocarle probablemente en una situacion diametralmente opuesta al ideal deseado.

Las pocas familias que aún vagaban miserablemente por los montes entrarian en relaciones con las de nuestras ciudades y poblados, se convencerian de los errores en que se las habia tenido respecto de nosotros, de que nada tenian que temer y sí mucho que esperar de la proteccion y buenos deseos del Gobierno español y de sus autoridades, y raras serian las que prefiriesen una vida trabajosa, errante y llena de peligros, al tranquilo desahogo y bienestar y escaso trabajo con que han vivido y pueden vivir los campesinos de Cuba en situaciones normales. Estas causas obrarian seguramente el mismo efecto en el espíritu de los soldados insurrectos, y aunque se mantuvieran al lado de los jefes durante la tregua, se convencerian de que se habia abusado de su credulidad, de que nada pedian ni deseaban que no tuvieran sus compañeros y paisanos á nuestro amparo, de que ellos y sus familias eran objeto de la solicitud del Gobierno, y estaban atendidos, respetados y tratados con justicia y moralidad por nuestras autoridades; y cuando

despues de una temporada de tranquila y cómoda inaccion quisieran los agentes rebeldes seducir á los unos , y los jefes obligar á los otros á hacer de nuevo la guerra casi sin víveres , exponiendo su vida en encuentros diarios con nuestras columnas, y á andar errantes , hambrientos é intranquilos por montes ásperos y bosques enmarañados, era casi seguro que no querrian batirse , que no querrian seguirlos, que se presentarían á la primera ocasion favorable, ó que el espíritu de los soldados y oficiales subalternos que nada tenían que ganar en la prolongacion de una contienda cuyos primeros víctimas eran , obrando con poderosa presion sobre sus mismos jefes, les obligarian á presentarse á nuestras autoridades. Estas previsiones estaban justificadas por lo que habia sucedido dos meses ántes en Manzanillo, y posteriormente en Spíritus; negada la neutralizacion y suspension de hostilidades que pedían algunos jefes al Comandante general de aquella jurisdiccion, se habian reunido en Enero en actitud pacífica sin querer hacer fuego á nuestras tropas, por lo que para evitar la neutralizacion de todo aquel territorio se habian visto el general Arias y el brigadier Fuentes en la precision de señalar campamentos en que pudieran vivir tranquilos; y hacía dos dias , el 8 de Febrero, que viendo aquellos mismos insurrectos que las negociaciones del Camagüey se prolongaban, habian pretendido deponer desde luégo las armas, dando vivas á la paz, á España y al General en jefe, teniendo que intervenir nuestros jefes para evitar que una presentacion prematura perjudicase á la general que se deseaba obtener.

Si el resultado de la concesion era una paz inmediata y casi general, pues Martínez Campos preveía desde luégo la oposicion de Maceo; si con ella se ahorrraba la nacion además de gastos considerables muchas vidas de sus hijos, víctimas seguras de las fatigas y de las balas, el General prefería muy mucho á algunas hojas más en su tupida corona de laureles, las bendiciones de cien mil madres y es-

posas españolas y cubanas á quienes devolvería ilesos y salvos de inminentes peligros, algun pedazo de su corazon.

Decidido, pues, á aceptar las bases que los comisionados Luaces y Roa le trajeron en la mañana del 10 de Febrero, y á supender en su consecuencia las hostilidades en toda la Isla, el General que hasta entónces se habia complacido en obrar de acuerdo y en union con el general Jovellar, y que con tanto gusto hubiera visto la firma de éste al lado de la suya propia en un documento que podia ser el feliz precursor de la completa pacificacion de Cuba, lo firmó, sin embargo, solo y áun sin consultar al Gobierno sobre tan grave decision; pero al obrar así, no lo hacia movido por el mezquino deseo de apropiarse exclusivamente una gloria que le sobraba y que no ha escatimado ni en documentos oficiales, ni en sus discursos ni áun en conversaciones particulares, á la activa cooperacion que el general Jovellar le habia prestado en todas ocasiones, sino impulsado por un generoso sentimiento de prevision política, que nunca será apreciado en lo que valia.

Sabía el General en jefe que la suspension general de hostilidades no traeria ningun perjuicio real para la nacion, áun en el caso de que las negociaciones abortaran; pero sabía tambien que áun siendo positivas é importantes las ventajas que la paralizacion de la guerra traeria en pos de sí, sólo el tiempo y la reflexion podria hacerlas tangibles para los que no conocieran muy á fondo la cuestion, al paso que al reanudar de nuevo las hostilidades apareceria desde el primer momento para la inmensa mayoría de nacionales y extranjeros como torpemente engañado por los ardides de los insurrectos, y la opinion pública, impresionable siempre y juzgando sólo por las apariencias, no dejaria de levantarse contra él acusándole de cándido y quizás de inepto, mucho más cuando no es posible subir tan alto y con tan generoso carácter sin crearse algunos enemigos y muchos envidiosos. Si el Gobierno hubiera sido

consultado ántes de tomar esta decision, si la hubiera aprobado, se hacía en cierto modo solidario de los resultados, y en caso de mal éxito de la aparente torpeza del General; y un fracaso que debia preverse colocaba al Gabinete en una posicion falsa, al paso que, suspendidas las hostilidades sin su acuerdo, quedaba, si habia que romperlas de nuevo, en libertad de censurar la conducta del General en jefe y de relevarle de su cargo.

Análogos eran los motivos de su conducta respecto al Gobernador superior de la Isla; si éste hubiera firmado con él las bases, y aprobado por lo tanto la peticion de los insurrectos, se hacía tambien solidario de la suspension de la guerra, le alcanzaba su parte de impopularidad en un caso desgraciado, y quizás se creia en el deber de dimitir su cargo al mismo tiempo que lo hiciera el General en jefe. Por el contrario, no firmando las bases, su situacion era completamente distinta; sabíanse de público las desconfianzas que el general Jovellar abrigaba respecto á la unidad de miras de los insurrectos, y los resultados de la concesion; la precision de continuar la guerra justificaba sus previsiones y las del público, su popularidad crecia, y el mando le era mucho más fácil. Ahora bien; Martinez Campos creia que teniendo él que dejar la direccion del ejército de operaciones, ninguno podia relevarle con mejores condiciones ni con más conocimientos que los que el general Jovellar tenía de mando tan complicado, y que ninguno podia sustituirle con más rapidez y ménos perjuicios para la nacion y la marcha de la campaña, y consideraba el relevo de los dos al mismo tiempo como un conflicto que podia tener gravísimas consecuencias para el país y que á toda costa debia evitarse.

Dejó, pues, al Gobierno y al general Jovellar completamente desligados en una cuestion de tanta trascendencia, y firmó las bases el dia 10, dando en seguida y por telégrafo órden á todos los comandantes generales, incluso al del de-

partamento Oriental, para que suspendieran toda clase de operaciones agresivas, y auxiliasen cuanto les fuera posible á los comisionados que el Comité iba á enviar á los demás departamentos para gestionar la adhesion de todos los jefes insurrectos, trasladándoles tambien las bases aceptadas, para que por su parte procurasen ponerlas en conocimiento de las fuerzas rebeldes. Al mismo tiempo participó al Capitan general lo hecho, para que éste lo hiciera al Gobierno, y contestó á Vicente García, de quien habia recibido dos cartas, y escribió el Comité del Centro diciéndoles que habia aceptado las bases traídas por los Sres. Luaces y Roa, y la órden de suspension general de hostilidades que acabada de dar, con la esperanza de que no se tirase un tiro más en Cuba.

El Comité del Centro habia elegido para llevar estas noticias á los demás jefes insurrectos, aquellos de los reunidos que creian tendrian en cada departamento mayor influencia; hélos aquí:

Á Cuba: Mayor general Maximino Gomez; brigadier Rafael Rodriguez y comandante Enrique Collado.

Á las Villas: Coronel Enrique Mola; diputado Marcos García; Ramon Perez Trugillo y Spotturno.

Á Bayamo: Comandante Agustin Castellanos y alférez José Barrenqui.

Además, Vicente García, que tenía seguridad de que la gente de Tunas y Holguin seguiria sus indicaciones, se despidió del General diciendo que, conforme con obrar con la mayoría, reuniria su fuerzas y las traeria al Centro para que depusieran las armas todas en el mismo dia, y el 11 de Febrero se comisionó al brigadier Gonzalez para ir á New-York á poner en conocimiento de la «Agencia general de la República cubana» estos acontecimientos, y más adelante veremos la disolucion de aquel Centro como resultado de esta mision.

Inmenso fué el júbilo que desde el primer momento causó

la noticia de la suspension de hostilidades en la gran mayoría de los habitantes de la Isla, y aún Madrid se colgaba é iluminaba el 22, con gran disgusto del General en jefe, que nada queria decir hasta ver el éxito de las negociaciones, y habia teleografiado y volvió á hacerlo de nuevo quitando todas las ilusiones. Sólo algun cubano impenitente, de esos simpatizadores de doble cara que nada han perdido en la insurreccion, que no conocen las privaciones, fatigas y peligros sufridos por los rebeldes militantes, y de los que con frases ampulosas y tono declamatorio hablan de su amor á un país cuya ruina han acelerado y visto con indiferencia, ó alguno de esos ávidos agiotistas que, semejantes á cierta especie de moscas que ni viven á gusto ni se desarrollan más que sobre las llagas más horriblemente asquerosas, convirtiendo la guerra y las desgracias de su patria, si patria tienen tan repugnantes seres, en medios vergonzosos y rápidos escalones de fortunas inmorales y escandalosas, lloraron la pérdida de sus lucubraciones y locas esperanzas los unos, y los otros lo que creian el fin de sus infames negocios, procurando todos ellos sembrar desconfianzas y alarmar la opinion pública, interpretando con doblez y mala fe las bases mal conocidas en un principio, pero luégo que las condiciones con que se esperaba obtener la paz fueron bien conocidas quedaron los sentimientos de duda apagados por la alegría y satisfaccion general.

Pero como quiera que de estas bases ha de partir la futura organizacion de Cuba, variando radicalmente su actual modo de ser, natural es que haga sobre ellas y su concesion algunas indicaciones, que dando á cada cual lo que es suyo deje al General en jefe, ya que sea suya la gloria de haber terminado lucha tan prolongada y tan sangrienta, la parte de responsabilidad que en ella pueda caberle.

Cuando en el último tercio del año 76 se designó al general Martínez Campos para dirigir esta campaña, expuso ante el Consejo de Ministros, que las aprobó, todas las ideas

militares y políticas que ha ido desarrollando lentamente y de un modo meditado durante su mando, y si en ciertos momentos la opinion pública le ha sido contraria, el Gobierno debia encontrar lógica una conducta trazada francamente ántes de aceptar su cargo, con maravilla de muchos, en circunstancias que generalmente se creian desesperadas, y de las que el presidente Grant decia en su último mensaje á las Cámaras norte-americanas, que «consideraba como muy poco probable que en Cuba se obtuvieran resultados favorables á la paz.» Y sin embargo, á principios de 1878 el nuevo Gobierno de la República norte-americana, reconociendo los grandes resultados obtenidos por la direccion político-militar del general Martínez Campos, prometia espontáneamente no inmiscuirse en los asuntos de Cuba.

El General habia adelantado tan rápida y brillantemente por el camino de la paz, siguiendo una conducta predicha ya en Madrid. Acosar á los insurrectos sin tregua ni descanso con una mano, miéntras con la otra le brindaba con una paz honrosa y los derechos y libertades que de justicia les correspondian. A pesar de la primera aprobacion del Gabinete, Martínez Campos habia continuado sus consultas á cada paso que daba y á cada una de las importantes medidas que habia tomado, y siguiendo su modesta costumbre consultó con el general Jovellar primero, y cuando llegó el momento oportuno con el Gobierno, las bases que pensaba ofrecer á los insurrectos, de modo que cuando el 3 de Febrero las envió á los jefes reunidos en el Camagüey y á Vicente García á las Tunas, contaba ya con el acuerdo del general Jovellar y habia recibido la aprobacion telegráfica del Presidente del Consejo de Ministros.

Era la primera de las bases definitivamente aceptadas la asimilacion de Cuba con Puerto-Rico en sus derechos político-administrativos. No era esta una innovacion á cuya idea no estuviera acostumbrada la nacion entera y su Gobierno por hechos realizados y por muchas y sagradas pro-

mesas. No se podía negar á la isla de Cuba más extensa, poblada é importante, más rica y más adelantada bajo todos puntos de vista morales y materiales, las libertades y reformas concedidas y planteadas años há en la Antilla hermana. Los espíritus más estrechos y recalcitrantes no podían negar que Cuba disfrutaria ya de todas aquellas ventajas y quizás de otras más amplias si la guerra no hubiera paralizado la ley del progreso, dando motivo y pretexto para aplazar su planteamiento indefinidamente. La concesion debía ser ahora inmediata, porque era por una parte una satisfaccion á los elementos liberales del país que permitia que los insurrectos volvieran á sus hogares honrosamente; obrando así, se convertia en un acto de generosidad lo que no podia tardar en ser una reclamacion de promesas repetidas y consignadas en la última Constitucion, ó una imposicion de las ideas y de la época moderna. Por otra parte, los cubanos, y no sin apariencias de razon por nuestro mal, nos acusaban de malos cumplidores de promesas fácilmente hechas y de poco valer en un país en que las mudanzas de gobierno son harto frecuentes, y en que los sucesores no han tenido prisa ni áun deseos de cumplir las palabras empeñadas por los antecesores á nombre de la nacion. Los cubanos han tenido sus representantes en las Córtes de los años 12, 20 y 36; se les han prometido éstas y otras ventajas en las Constituciones de 1812, 37, 45 y 68, y en el art. 87 de la hoy vigente se autoriza al Gobierno para aplicar en Cuba y Puerto-Rico las leyes promulgadas en la Península, añadiendo que ambas islas tendrán representantes en las Cámaras españolas; y como no habia llegado la época de cumplir tan repetidas promesas calificaban de púnica nuestra fe, teniendo el para nosotros triste derecho de dudar de nuestra lealtad. Tiempo es ya de que cumplamos lo que hemos prometido y prometamos, si han de desaparecer los recelos y desconfianzas que tanto dificultan la estrecha union y buena armonía que debe haber entre provincias hermanas.

Este art. 1.º era además el cumplimiento de la real promesa hecha en el último mensaje á las Córtes, y una medida no sólo de justicia sino de conveniencia nacional y de prudente prevision política. Efectivamente, con el fin de la guerra van á agitarse en Cuba cuestiones de gravedad suma, de las que depende quizás el porvenir y riqueza de la Isla, y que habrán de resolverse en Córtes. Necesario es que las cuestiones de organizacion provincial y municipal; las de administracion, fomento y contribuciones; las de trabajo, colonos y esclavos, se resuelvan con conocimiento de la nacion y audiencia de los representantes de las Antillas, y que cese de una vez la legislacion por decretos, hijos de las variadas voluntades de los ministros de Ultramar, de informes de sus empleados ó de los dados por juntas nombradas por el Gobierno, y sin contar nunca con los que han de sufrir las consecuencias de las medidas y decretos á que aquellas consultas dan lugar.

El olvido y perdon de los delitos políticos cometidos desde que estalló la insurreccion, era lo consignado en el artículo segundo. No sólo no tiene nada de nuevo ó imprevisto, sino que el General en jefe pudiera haberse evitado el escribirlo, como pudiera yo excusarme el mencionarle, si su consignacion no fuera para él la ratificacion de promesas anteriores, y no viera yo sintetizada en él la política de Martinez Campos durante esta lucha. Con el asentimiento del Gobierno, habia el General venido á Cuba decidido á inaugurar en la guerra y en la política una era de generosa humanidad y un completo perdon y absoluto olvido del pasado: ántes de empezar la campaña; en 7 de Noviembre de 1876, daba su primer decreto de indulto para los que se presentasen á nuestras autoridades, y despues, segun lo creia posible, unas veces por sí mismo y siempre de acuerdo con el Gobernador superior civil, y otras por medio de reales órdenes debidas á su iniciativa, se publicaban y empezaban á cumplirse los decretos que ya he mencionado de 8 y

9 de Febrero, 5, 9 y 29 de Mayo y 20 de Octubre de 1877, en virtud de los cuales quedaban indultados sin distincion de ningun género todo los desertores, insurrectos é infidentes; suspendidos los procedimientos contra ellos; puestos en libertad los presos y prisioneros; levantados los destierros en libertad de volver á sus casas los emigrados complicados en delitos de infidencia, y devueltos los bienes embargados de todos ellos, pudiendo asegurarse, que al publicarse este artículo, no habia en la Isla ni fuera de ella ninguno á quien aplicárselo, puesto que áun los que conservaban las armas en la mano tenian el derecho de tomar posesion de sus bienes, y estaban absueltos de antemano, por el solo hecho de presentarse.

Como el artículo 1.º, no era nuevo el 2.º, pero siempre será una de las más puras glorias del general Martínez Campos, en haberle puesto en práctica, quitando á esta guerra su carácter de sanguinaria ferocidad, obrando al principio aislado casi de la opinion general, que sin comprender las consecuencias de su conducta, censuraba lo que llamaba su candidez é inocente generosidad, augurando que las ingratitudes, abusos é impenitentes esfuerzos de los enemigos, le harian variar pronto de modo de pensar; y sin embargo de que tuvo bastantes desengaños y tocó más de una ingratitud, no perdió la fe en sus ideas, y su paciente constancia causó en un año una variacion tan radical en el espíritu de sus opositores, que al publicar este artículo 2.º, era para la inmensa mayoría del país tan lógico y natural su contenido, que casi se consideró como una inútil redundancia.

Y más hubiera hecho, y más rápidamente hubiera obrado en este sentido, si su prudente y patriótico desecho de conservar unidos elementos españoles, no le hubiera obligado á contemporizar con las ideas de los más intransigentes y obstinados, tratando de convencerlos, y consiguiendo con los resultados prácticos de su conducta el arraigar la opinion

de que una guerra nacida de causas políticas, no se combate solamente con las armas materiales. Y este cambio de opinion no era sólo entre los españoles; el espíritu de armonía y de concordia era general hasta en las filas de los mismos insurrectos, y era una gran verdad lo que delante de sus compañeros de armas decia el general insurrecto Máximo Gomez, al general Martinez Campos: «La insurreccion » muere, no por las armas españolas, sino por las condiciones personales y la política de V.»

Tampoco era nueva la concesion consignada en el artículo 3.º, grave, sin duda, por las consecuencias que puede tener, pero que no sólo resuelve la cuestion conforme á prácticas establecidas años há, sino del modo que ménos inconvenientes presenta. Por este artículo quedaban libres los esclavos y colonos que en aquel momento estaban en la insurreccion, y que se presentasen á nuestros jefes ántes del 31 de Mayo. El artículo 3.º, de la orden del Regente, de 4 de Julio de 1870, hacía libres á todos los esclavos que pertenecian al Gobierno, y á todos los que servian ó en lo sucesivo sirvieran bajo la bandera española: tambien estaba mandado que los esclavos ó contratados fugados de sus fincas, ó pasados al enemigo, que cayeran prisioneros, no se devolvieran á sus dueños, sino que se indemnizara á éstos y fueran aquéllos destinados á los batallones de libertos, ley por la que todos los esclavos que se hacian prisioneros quedaban libres de hecho. La ley era conveniente y se practicaba, y cuando por alguna circunstancia ó reclamacion más ó ménos influyente y atendible se ha dejado de cumplir devolviendo á los dueños de fincas escasas de brazos, algunos de los aprehendidos, la rápida desmoralizacion de los demás esclavos, y las deserciones numerosas y á veces en masa, han venido á justificar la prudente prevision del legislador, poniendo á nuestras autoridades en la triste precision de recurrir á medidas severísimas para atajar un mal hijo de su complaciente debilidad. Algun dueño per-

sistia aún en pedir, y muchos se alegrarian de entrar en posesion de sus antiguos esclavos y colonos chinos, pero no para utilizarlos en sus propias haciendas, sino para sacar de ellos vendiéndolos una ventaja inmediata; pero estos esclavos, acostumbrados durante muchos años á la vidalibre é independiente del guerrillero; á tratar de igual á igual á los antiguos hacendados con quienes se habian lanzado al campo y hecho una vida comun; con aspiraciones muy á menudo realizadas de encumbrar su categoría y mandar á los mismos blancos, y con las ideas desarrolladas por su propia posicion, y por los discursos de los jefes de la insurreccion, ¿perderian al cambiar de dueños los hábitos y aspiraciones adquiridas, para resignarse otra vez con humilde paciencia á trabajar en los ingenios, forzadamente y para otros, bajo el látigo del mayoral? Seguramente que no, y la devolucion de esos cuantos centenares de esclavos insurrectos á sus antiguos dueños, hubiera bastado para producir rápidamente una conflagracion general y mucho más grave y sensible que la que se trataba de terminar.

Peor aún que la de los esclavos es la actual condicion de los asiáticos contratados: la ley Moret, que así se llama generalmente la que acabo de mencionar, da á los esclavos la seguridad de que sus hijos sean libres, les promete la libertad para la vejez, y les facilita el adelantarla con la economía y un trabajo independiente protegido por las leyes; pero el chino, más inteligente y con ideas más exactas de sus derechos y de la justicia, no tiene más remedio al concluir la contrata que los trajo á Cuba, sino volverse á China, lo que le es imposible materialmente, ó volverse á contratar de nuevo, y está fatalmente condenado á una esclavitud perpétua, si bien esta explotacion de su trabajo se disfrace con los nombres de contratacion y patronato.

La ley era previsora, y Martinez Campos ha obrado prudentemente ampliando su espíritu, y el Gobierno aprobando su decision, pero esto no es más que el principio de solu-

cion de una cuestion que envuelve en sí problemas gravísimos para el porvenir de la Isla, y grande será el servicio que el General en jefe presta á la humanidad en general y á su patria en particular, si por su valiente iniciativa sale nuestro Gobierno de una apatía halagada por partidarios interesados del *statu quo* y se ocupa por fin de resolver estas cuestiones, como lo exigen la moralidad, la justicia, la conveniencia y áun la honra nacional lastimada.

Las demás condiciones consignadas en los artículos 4.º, 5.º, 6.º, 7.º y 8.º: que no se obligará á los presentados á combatir contra aquellos de sus compañeros que no aceptaran las bases; facilidades para que los que lo desearan pudieran salir de la Isla; deposicion de las armas en despoblado; franquear las vías de comunicacion á los comisionados del Centro; y hacer extensivas estas comunicaciones á los departamentos Occidental y Oriental, son exigencias tan naturales, que nadie podia dudar en concederlas, y tan modestas, que sólo las recuerdo como prueba del deseo de paz que á todos animaba, y de la confianza en el porvenir que el General en jefe habia logrado inspirarles.

Quizás se podia haber hecho la paz sin empeñar promesa alguna, y es casi seguro que la prolongacion de la lucha nos hubiera llevado á ese resultado, pero por las razones de conveniencia que he indicado, el General, que sabe armonizar la generosidad con la energía, y que aunque ejecuta con rapidez, medita lentamente, estaba convencido de que un día de campaña ahorrado era una doble victoria, por la sangre y tesoros economizados al país, y además, de que las rebeliones de esta naturaleza sofocadas por la fuerza no están radicalmente concluidas. Los cabecillas aislados, sin recursos y puestos en el último apuro, se hubieran escondido ó hubieran emigrado sin perder la esperanza, para aguardar una ocasion propicia á la realizacion de sus planes y desplegar de nuevo una bandera que aún estaria en pié.

La paz, tal cual se ha hecho, puede y debe ser el sólido

fundamento sobre que se levante Cuba, feliz, más rica y floreciente que en los pasados tiempos y estrechamente ligada con las demás provincias españolas. Las concesiones hechas en el anterior articulado justifican honrosamente la patriótica decision de los jefes insurrectos al deponer sus armas, y peninsulares é insulares, españoles todos, pueden fraternizar bajo las mismas leyes y con los mismos deberes y derechos, sin que ninguna humillacion de amor propio venga á turbar la armonía de sus mútuas relaciones.

Comprendiólo así la generalidad del país: las autoridades y corporaciones oficiales, las sociedades y casinos de la Isla entera, muchos círculos de la Península y áun del extranjero, incluso el Presidente del Consejo que aprobaba lo hecho el 14 de Febrero, enviaron por telégrafo calurosas felicitaciones al General en jefe, aumentando no poco su intranquilidad, porque, á pesar de sus esfuerzos para hacer comprender que la suspension de hostilidades no envolvía en modo alguno la seguridad de la paz, muchos le saludaban ya como al *Pacificador de Cuba* y daban como un hecho seguro y definitivo lo que sólo era un incierto prólogo de la ansiada pacificación, y no se le ocultaba al General, que convertido en universal creencia el ardiente deseo que todos sentían por la terminación de la guerra, sería el desaliento tanto más grande, cuanto mayor era el entusiasmo manifestado, si un fracaso posible venía á echar por tierra tantas y tan halagüeñas esperanzas, convirtiéndolas en un terrible desengaño.

Afortunadamente no habian de quedar inútiles tantos trabajos, tantos sacrificios y tantos heróicos esfuerzos de prevision y constancia, y á la íntima satisfaccion de haber cumplido concienzudamente con sus deberes, sin más norte que el bien de su patria, había de unirse en breve la de ver sus fatigas y angustias coronadas por un brillante éxito, y apreciados sus trabajos y servicios por la generalidad de sus compatriotas.

Tranquilizábanle, por una parte, las noticias que recibia acerca del espíritu de los soldados insurrectos reunidos ya en los campamentos, pero sabía, por otra, que alguno de los comisionados y jefes, que juntos y en un principio estaban conformes con los demás y animados al parecer de la mejor buena fe, observaban separados del Centro, una conducta ménos franca y discursos más reticentes, que no dejaban de causar inquietudes al General en jefe, obligándole durante muchos días á sostener una continúa y fatigosa correspondencia telegráfica con unos y otros, venciendo aquí una resistencia, acallando allá un amor propio lastimado, desvaneciendo en otro lado algun escrúpulo, contemporizando con unos, razonando con todos, y superando siempre obstáculos y dificultades que prolongaron sus dudas é incertidumbres, y las angustias de su situacion excepcional.

A fines de Febrero habian regresado al Camagüey todos los comisionados por el Comité del Centro, y á excepcion de Maceo que, segun el General preveía, habia recibido mal sus manifestaciones, pidiendo la abolicion inmediata de la esclavitud, milicia nacional y abonos de sueldos, expresando sin embargo el deseo de hablar con el general Martinez Campos, y de Vicente Garcia, á quien escribió el General el 19 para que hiciese su presentacion en las Tunas, evitando á sus tropas cuatro días de marcha, para traerlas al Centro como habia prometido, y que contestó el 23, aplazando su presentacion y disculpando la falta de cumplimiento de sus promesas que reiteraba, con el deseo de convencer á Maceo y otros cabecillas de Oriente, con quienes decia tener compromisos, todos los demás jefes habian aceptado lo hecho por los del Centro, y era segura su presentacion y la de todas sus fuerzas que con este objeto estaban reuniendo.

El último dia de Febrero será siempre memorable en los fastos de Cuba. Reunidos todos los insurrectos del Camagüey á corta distancia de Puerto-Príncipe, escuchaban

conmovidos una arenga del general Martínez Campos, tan sencilla como elocuente, y poco despues con los diputados y jefes á la cabeza, entraban en la capital renunciando á su destructora mision y á su errante vida, por una de trabajo pacífico y reparador, que es de esperar vuelva á esta hermosa Antilla en breve tiempo su antigua riqueza y prosperidad. En este dia hicieron su presentacion unas 2.000 personas que habitaban en los bosques del departamento Central, continuando las presentaciones hasta no quedar un solo insurrecto en todo el Camagüey. En el mismo dia 28, se recibió la noticia de haber depuesto las armas en el campamento de Ojo de Agua, 425 hombres y 100 de familia de la Comandancia general de Spiritus y Remedios; haciéndolo el 3 de Marzo en Artemisa el jefe insurrecto José Gomez, con 40 de familia y 108 hombres de armas, y el 4 del mismo Marzo en Ciego-Potrero, Estéban Arias con 200 hombres, continuando tambien las presentaciones hasta quedar completamente limpia aquella Comandancia en muy pocos dias. Las fuerzas diseminadas de las Villas occidentales tardaron más en reunirse, pero del 10 al 25 de Marzo presentó su jefe Maestre hasta 700 hombres, y poco á poco quedaron aquellas jurisdicciones tan libres de insurrectos y malhechores como no lo habian estado nunca. En Holguin habia su jefe, Collazo, empezado ántes las presentaciones, haciéndolo el 22 de Febrero 130 personas; el 25, 31; el 27, 111; y el 28, 166 hombres, 115 mujeres y 118 niños; continuando en el mes de Marzo hasta quedar aquella Comandancia general sin más enemigo que los que mandaba Vicente García en las Tunas. Tambien se retrasaron las presentaciones en la Comandancia general de Bayamo, Manzanillo y Jiguani, haciéndolo el 7 en Yara 210 hombres y 50 de familia; el 8, 80 hombres; y el 10 y 18 en Jibacoa y Canto el Paso, el resto de las fuerzas insurrectas con el general Modesto Diaz y los coroneles Félix Figueredo, Massó, Rios, Dominguez y Marcano.

Tambien el 2 de Marzo, y como resultado de la mision del brigadier Gonzalez, se disolvia por sí misma la Junta y Agencia de la República cubana de New-York, cuyos jefes eran entónces Aldama, Echevarría y Galí.

Algunos de los jefes más importantes de la insurreccion, como Máximo Gomez, Modesto Diaz, Goyo Benitez, Cisneros y algun otro, marcharon voluntariamente al extranjero, pero una gran mayoría quedó en la Isla, dispuestos á contribuir con sus esfuerzos y trabajo á la cicatrizacion de las heridas abiertas por la guerra.

VII.

LA PAZ EN CUBA.

Marcha del General á Tunas y Bayamo.—Entrevista con Vicente García.—Actitud de Maceo.—Conferencia de Baraguá.—Preparativos de campaña.—Reorganizacion del Gobierno rebelde.—Operaciones y resultados.—Conferencias con Figueredo y embarque de Maceo.—Ultima expedicion filibustera.—Efectos de la marcha de Maceo.—Concesion de zonas neutrales.—Presentaciones.—Los actores de la lucha.—Insurrectos.—Voluntarios.—Milicias cubanas y de color.—Marina de guerra y mercante.—Ejército.—Causas que han prolongado la guerra.—Medios para evitar su reproduccion.

La insurreccion habia muerto moralmente, y la guerra estaba casi concluida. Las presentaciones de las Villas occidentales y orientales, las del Centro, Bayamo y Manzanillo, habian sido tan completas que no quedaba un insurrecto ni aún un bandido en los campos de aquellas jurisdicciones. La Isla estaba, pues, casi pacificada, pero aún quedaban en armas en las Tunas Vicente García, cuya actitud era indecisa; en Cuba Antonio Maceo, más francamente hostil á nuestro Gobierno y opuesto á la paz que acababa de hacerse, y el General con la febril actividad que es uno de los rasgos predominantes de su carácter, despues de presenciar la entrada de los insurrectos en Puerto-Príncipe el 28 de Febrero, salia de aquella capital al siguiente dia, y pasando por Santa Cruz y Manzanillo, estaba el 5 de Marzo en Cauto-abajo, el 6 en Yara y el 7 en Bayamo conferenciando con

el general insurrecto Modesto Díaz y demás jefes de aquellas jurisdicciones que habian retrasado sus presentaciones, tanto por reunir las fuerzas y familias diseminadas por los montes, como por aguardar la decision de Maceo, á quien habian enviado comisionados que nada consiguieron; haciendo ellos su sumision, segun lo habian prometido, de acuerdo con lo capitulado en el Zanjón, y en la forma que al terminar el anterior capítulo he referido.

El General en jefe, por sí mismo ó por medio de sus jefes, habia continuado en correspondencia con Maceo y Vicente García, teniendo el 11 de Marzo en Canto el Paso una entrevista con el último, en la que manifestó su indecision, disculpándola con el deseo de obrar de acuerdo con todos sus jefes, algunos de los cuales estaban con Maceo y no habian podido reunírsele por falta de comunicaciones y de caballos, pero que el día 14 creía que ya habrian llegado todos y enviaria á decir al General lo que conforme con la opinion de la mayoría decidiese. En mi juicio, irresoluto ahora como siempre y sabedor de la entrevista que el General debia tener próximamente con Maceo, nada queria resolver hasta saber el resultado de ella. Contestóle el General que habia dado tiempo suficiente para que se hicieran todas las consultas; que marchaba á Cuba para avistarse con Maceo, y que desde el día 19 rompería las hostilidades contra los que no se hubiesen avenido con las condiciones pactadas en el Centro á presencia, y con acuerdo suyo como presidente.

El general Prendergast habia salido de Puerto-Príncipe al mismo tiempo que el General en jefe, dirigiéndose á Cuba para hacer lo posible por reducir á Maceo, y preparar elementos para hacer en último caso una campaña activa. Aquel cabecilla, como llevo dicho, habia recibido mal á la Comision que le envió Modesto Díaz y á la que fué en nombre del Comité del Centro, mostrando entre otras pretensiones exageradas é inaceptables la de una suspension de hostilidades por cuatro meses, expresando, sin embargo, el de-

seo de tener una conferencia con el general Martínez Campos, para saber, decia él, «qué beneficios reportaria al país esa paz sin la independencia que aquí todos desean.» Los comisionados del Camagüey se habian retirado penetrados de la inutilidad de su insistencia con aquel cabecilla, quien por su parte hizo esfuerzos y ofertas para retener á Máximo Gomez á su lado ó en Cuba, rechazándolas éste. Desde entónces, y á pesar de decir que no aceptaba la suspension de hostilidades, se habia mantenido en la inaccion, si bien aislando á su gente de todo trato con nuestros soldados y resistiéndose á admitir en su campamento ni áun las visitas de sus parientes, aunque conservando la correspondencia con el general Prendergast. Escribióle éste la próxima llegada del General en jefe, y contestó Maceo que á las ocho de la mañana del 15 de Marzo estaria en el sitio llamado Baraguá, no léjos de Miranda, con unos 30 hombres de acompañamiento, acudiendo el General el dia y hora citados con 10 ó 12 entre jefes y ordenanzas.

Las reticencias y exageradas pretensiones de Maceo y su resistencia á oír las bases y las consecuencias que de ellas y la paz resultarían para el país, demostraban que no estaba dispuesto á arreglo de ninguna especie, sacrificando quizás á su amor propio lastimado por lo que él llamaba abandono de los demás jefes, la tranquilidad de Cuba y la vida de gran número de sus partidarios, á los que desde el principio de las negociaciones habia alejado cuidadosamente de nuestros centros, prohibiéndoles severamente toda clase de roce y comunicacion con nuestro campo, y manteniéndolos de hecho en una ignorancia inconcebible y casi total de todo lo que en el resto de la Isla habia sucedido. Hablando sobre las bases aceptadas por la mayoría de los jefes insurrectos llegó á calificarlas de deshonorosas, á lo que el General contestó con enérgica viveza que no comprendia qué deshonor cabia en aceptar unas condiciones que daban á los cubanos todos los derechos y garantías que el resto de

los españoles tenían, tratando á Cuba como á una provincia hermana de las de la Península, terminando diciéndole que ni por interés personal, ni por Cuba, ni por España, ni por nada había él hecho ni estaba dispuesto á hacer nada que con razon pudiera calificarse de deshonoroso. Balbuocé Maceo algunas disculpas de sus palabras, ménos meditadas que dichas con intencion, pero penetrado el general Martinez Campos de las disposiciones poco pacíficas con que el rebelde cabecilla había venido á la conferencia, abrevió ésta preguntándole cuántos dias de neutralidad necesitaba para colocar sus fuerzas donde lo creyera conveniente; pidióle Maceo ocho, y aunque el plazo era excesivo, mucho más para quien no había aceptado la suspension de hostilidades, concedióle diez el General, y regresó á Cuba en el mismo dia para disponer lo necesario y renovar la guerra el 25.

Al siguiente, 16 de Marzo, recibió el General en jefe una carta de Vicente García fechada en el mismo punto Baraguá, donde había tenido lugar la entrevista del dia anterior con Maceo, en la que decía que reunidos todos los jefes no habían decidido nada por «considerar poco lo que se les ofrecia» y haberle dicho Maceo que era corto el tiempo para que aquel cabecilla consultara á sus jefes. Contestóle el General lacónicamente preguntándole su actitud, pues nada decía de ella en su carta, y el 17 volvió á escribir diciendo: «Efectivamente incurrí en la mia de ayer en la omision involuntaria de no haber significado á V. mi última resolucion,» y más adelante «no estar de acuerdo con las bases aceptadas por el Comité del Centro, y por lo tanto obligado á no separarme de la lucha miétras no aceptase aquéllas el departamento de Oriente;» respuesta cuando ménos ridícula, dada por quien hacía poco más de un mes, en 8 y 9 de Febrero, había escrito al mismo general Martinez Campos otras cartas autorizando á los enviados del Comité del Centro, portadores de las bases, y diciendo que obraria conforme á lo que la mayoría decidiese; en quien con conoci-

miento de las bases había dicho que había jurado el cargo de presidente de la República cubana para facilitar las operaciones del Camagüey, en las que había tomado una parte activa é importante, y por último, en quien, ya que yo no pudiera justificar su falta de consecuencia, podía disculparla con consideraciones de delicadeza y compañerismo hácia los cabecillas de Oriente. Como quiera que sea, y á pesar de las repetidas promesas que Vicente García había hecho al General en jefe, verbalmente y por escrito, de obrar conforme lo hiciera la mayoría de los jefes insurrectos, esta decision no le sorprendió, prevenido ya por sus reticencias é irresoluciones y su conducta poco franca en el mes que había transcurrido desde que se separaron en el Centro.

Obligado á proseguir la guerra, tampoco le cogió de nuevo ni desprevenido esta eventualidad. Desconfiando más que ningun otro del éxito completo de las negociaciones entabladas, y más previsor por consecuencia que todos, al mismo tiempo que la de suspension de hostilidades agresivas del 11 de Febrero, había dado á todos los Comandantes generales la órden terminante de aprovechar el tiempo de tranquilidad como si las negociaciones no existieran y la lucha hubiera de proseguir, continuando las obras de los campamentos y fortificaciones empezadas, y muy especialmente la de aglomerar en todos los centros de operaciones recursos y raciones abundantes que evitaran en lo posible, y si la guerra se continuaba, el distraer las tropas de la persecucion del enemigo para custodiar los convoyes. Por otra parte y á medida que las noticias que recibia le daban una seguridad casi completa de la pacificacion de los departamentos Occidental y Central, había mandado correrse hácia las Tunas y Oriente algunos batallones, y concentrarse otros cerca de los puertos de embarque, y fácil le fué, al verse en la triste necesidad de combatir de nuevo, llevar al teatro de la guerra todas las fuerzas disponibles, situando en Cuba las que pensaba dirigir por sí mismo, y en Tunas

las que habia de mandar el general Prendergast, que salió el 20 de Cuba para aquella jurisdiccion, trasladándose el General en jefe el 24 á San Luis, donde estableció su cuartel general, si bien sin perder su costumbre de recorrer incesantemente todo el teatro de las operaciones.

Disuelto el Gobierno y Cámara insurrectos; privados los rebeldes de la mayor parte de sus jefes civiles y militares que tenian alguna significacion política, y desorganizados todos sus centros y servicios, trataron de darse una sombra de organizacion ántes de que las operaciones empezaran, y no léjos de Baraguá, donde se habia celebrado la última entrevista, tomaron Vicente García y Maceo los títulos de generalísimo y segundo respectivamente, nombrando un Gobierno civil compuesto de tres miembros, cuyo jefe fué Jesús (Titá) Calvar; todo ello por aclamacion del pueblo cubano, segun decian al participar estos nombramientos al general Martínez Campos.

Empezáronse las operaciones el 26 de Marzo, conforme se habia prevenido al enemigo, moviéndose nuestras columnas con poca fuerza y grandísima actividad, pero sin que en la mayor parte de las Comandancias generales llegaran á tener encuentros formales. Sólo en la zona de Cuba hubo dos, felicísimos para nosotros, con las fuerzas del mismo Maceo, que no volvieron á repetirse, á pesar de la movilidad de nuestras fuerzas. El plan de los insurrectos era atacar las zonas de cultivos, tanto para procurarse recursos y causarnos grandes daños materiales y áun morales, cuanto para acercarse á los ingenios, cuyos esclavos y colonos chinos esperaban atraer fácilmente á sus filas, seduciéndolos con la libertad concedida por la capitulacion del Zanjón, y que vencidos ó vencedores habian de obtener. No consiguieron, sin embargo, su propósito, ni áun lo intentaron con el arrojío de que habian dado pruebas en otras ocasiones, pareciendo más bien que su objeto era huir de nuestros centros y soldados, para evitar las deserciones y presenta-

ciones, manteniendo sus fuerzas en la mayor inacción posible y ganando tiempo para que se despejase una situación que no creían duradera.

El mes y medio que la suspensión de hostilidades había durado, había producido muchos de los efectos que el General en jefe esperaba de aquella medida, justificando los hechos su previsión, á pesar de que todos los jefes rebeldes, y Maceo muy especialmente, habían procurado mantener á sus soldados sin roce ninguno con nuestros centros y en la ignorancia de lo ocurrido. Recurrióse aquí, como en las Villas se había hecho, á sembrar por los caminos y bosques más escondidos, relaciones impresas de las presentaciones de los demás departamentos, con copia de la capitulación del Zanjón, y las presentaciones empezaron á menudear desde el momento en que rotas las hostilidades y aumentado el número de nuestras columnas, obligaron á los rebeldes y sus familias á errar continuamente de uno á otro monte, sin encontrar alimento ni aún reposo seguro en parte alguna, y al par que las noticias é impresos les hacía sabedores de que nada tenían que temer á nuestro lado. Con el conocimiento de lo acaecido en toda la Isla, y la seguridad de un perdón absoluto, decayó rápidamente el espíritu belicoso de los soldados enemigos, difundiendo entre sus filas tal espíritu de descontento é insubordinación, que á pesar de que muchos jefes les repetían que sólo continuaban la guerra para hacer una paz más ventajosa para ellos, la situación de los cabecillas se hacía de día en día más precaria y comprometida, porque muchos huían á nuestros campamentos sin motivo, ó por la más ligera reprensión, y la disposición de los que quedaban levantiscos y disutados ponía sus vidas en peligro, sin gran utilidad para sus designios, por la resistencia que oponían para obedecer sus órdenes y atacar nuestras fuerzas y establecimientos.

Análoga era la situación de la insurrección en las Tunas, donde el general Prendergast dirigía las operaciones, persi-

guiendo activamente al enemigo, sin lograr tampoco tener encuentros formales con las fuerzas de Vicente García, que muy conoedor de aquellas localidades, parecia aún más decidido que los cabecillas de Oriente, á no batirse con nuestras tropas.

A pesar de la continuacion de la guerra, no cesaron por completo las relaciones de algunos jefes insurrectos con los nuestros, y á los pocos dias de haberse renovado las hostilidades, Vicente García y Antonio Maceo solicitaban autorizacion para enviar sus respectivas familias fuera de la Isla, la que no sólo les fué concedida por el General en jefe, sino que mandó se las tratara con la mayor consideracion, facilitándolas medios para ir á Jamáica, á cuya Isla marchó tambien un hermano de Maceo, herido de alguna gravedad en un encuentro anterior.

Aún no llevábamos un mes de nuevas operaciones, cuando el Doctor Félix Figueredo, uno de los jefes más instruidos é influyentes en lo que de insurreccion quedaba, se presentó en 20 de Abril en el cuartel general del General en jefe, teniendo con éste algunas entrevistas, consiguiendo el 27 del mismo mes la neutralizacion de una pequeña zona, en la que con el cabecilla Maceo se reunieron algunos de sus jefes más importantes, y el 9 de Mayo Antonio Maceo, acompañado por los brigadieres insurrectos Leite, Vidal, Ríos, Rivas, su ayudante Larent y algun otro; despues de saludar al General en jefe en San Luis, continuaron para Cuba, donde se embarcaron en el *Fernando el Católico*, que los condujo á Kingstown (Jamáica).

Casi al mismo tiempo se habia recibido la noticia de que Melchor Agüero, con 12 hombres, habia logrado desembarcar, en una pequeña embarcacion, en la costa Sur del departamento Central. Esta expedicion, que provenia de Jamáica, era hija del último esfuerzo de los simpatizadores y agentes que allí tenía la insurreccion, y creian que bastaria su desembarque para levantar de nuevo el recien pa-

cificado Camagüey; su jefe pensó sin duda de otro modo al tocar las cosas de cerca, porque en seguida se presentó á las autoridades en los Caciques con los 12 expedicionarios, y las cajas de armas, municiones y ropas que habia desembarcado, pidiendo un indulto, que con su acostumbrada generosidad concedió el General en jefe.

De Haití, Jamáica, Estados- Unidos y Cayo-Hueso, donde hubo que enviar vapores para traerlos, por ser insuficientes las goletas que allí habia, venian numerosos cubanos emigrados, voluntarios los unos y huidos los otros, por haber tomado una parte más ó ménos activa en la rebelion, y aprovechaban el nuevo órden de cosas y el ámplio perdon concedido por el General, para volver á sus hogares, trayendo á su país, con su capital, actividad y trabajo, nuevos elementos de vida.

La marcha de Antonio Maceo y sus compañeros sorprendió á la mayoría de los jefes insurrectos, y más aún á sus soldados, que se negaban á creerlo, juzgando la noticia invención nuestra, hasta que sus mismos cabecillas la confirmaron. Maceo sintetizaba por su carácter, conducta y condiciones militares, el espíritu de resistencia obstinada é intransigente hácia el Gobierno español, y jefes y soldados rebeldes tenian la conviccion de que sería el último en avenirse y en dejar las armas. Su marcha fué debida sin duda á su desaliento, y quizás se hacía alguna ilusion respecto á la influencia que personalmente ejercería sobre los simpatizadores de la insurreccion en el extranjero, porque á su llegada á Jamáica reunió á los que pudo de los cubanos que allí quedaban, les expuso el estado de la lucha y la falta de recursos para continuarla, consiguiendo que se le ofrecieran hasta siete voluntarios y algunos chelines (¡cinco! segun noticias fidedignas). Estas noticias llegaron á conocimiento de los restos de la insurreccion, por conducto de confianza para ellos, pues el teniente coronel Lacrent, que habia acompañado á Maceo, regresó de Jamáica á los pocos

dias, confirmando lo que ya sabíamos, y acabando con las esperanzas de los rebeldes más obstinados y optimistas.

Después de la marcha de Maceo, varios cabecillas de Oriente se habían dirigido á los jefes de brigada más próximos pidiendo zonas neutrales en que poder reunir su gente que tenían muy fraccionada para evitar los encuentros con nuestras columnas y empezar á tratar de su presentación, y autorizados por el General en jefe tenían ya el 19 de Mayo campamento neutral Limbano Sanchez, Guillermo Mancada (Guillermon), José Maceo, Flor Crombert, Medina, Soria y algun otro, siendo por otra parte numerosas las presentaciones de soldados y de familias que desde luégo se venían á nuestros campamentos deseosos de tranquilidad y sin querer aguardar la capitulación en masa.

De acuerdo con el General en jefe aprovechó el general Prendergast en las Tunas el embarque de Maceo y sus compañeros para Jamáica dándole esta noticia, la de la presentación de Agüero en el Centro y la de vuelta á Cuba de gran número de emigrados, en una carta elocuentemente escrita, en la que después de pintarle el estado de los restos de la insurrección, la próxima y probable disolución del Gobierno y presentación de todos los jefes de Oriente apelaba á sus sentimientos de amor á su país y á sus soldados para que no prolongase una lucha inútil que paralizaba el remedio de los males causados por la guerra, y no colocase á sus subordinados en una situación aún más precaria, si como era seguro después de la pacificación de Oriente, se veía el General en jefe en la dura precisión de declarar bandoleros y perseguir como tales á los escasos insurrectos que quedaran en armas. Contestó á esta carta Vicente García el 16 de Mayo deplorando los males que la continuación de la guerra traía consigo, pero insistiendo en su necesidad por considerar inaceptable lo que á los demás se les había dado, y á pesar de esto, el 22, después de saberse en Cuba la llegada é inútiles gestiones de Maceo en Jamáica, y cuando su ayu-

dante estaba ya de regreso, escribió García á Prendergast pidiendo una entrevista, origen de otra que tuvo lugar en 26 en Ranchuelo, cesando de hecho desde aquel dia las hostilidades en toda la Isla, pues ya habian terminado hacia muchos dias en Oriente y no volvieron afortunadamente á renovarse.

Al conceder los campamentos neutrales se habia hecho comprender á todos los jefes que el general Martinez Campos ni queria ni podia variar en nada los artículos que habia firmado en el Zanjón y el Gobierno habia aprobado por completo, y avenidos todos á deponer las armas, el 25 de Mayo se disolvió el Gobierno insurrecto, presentándose sus miembros en el mismo dia al General, que se hallaba en el Cristo. El 26 entregaron las armas en Tacajó las fuerzas que mandaba el coronel Limbano Sanchez, compuestas de los dos batallones del regimiento titulado de Holguin, con 369 soldados y unos 300 de familia. El 27 lo hicieron en San Luis los del regimiento de Santiago, con su jefe Quintin Bandera y 220 hombres, y el 29 en el Cobre parte de las fuerzas de Crombet, siendo diarias y numerosas las presentaciones aisladas, y ocupándose los jefes en reunir sus fuerzas y familias diseminadas, aguardando la llegada del coronel Martinez Freire, que al romperse las hostilidades á fines de Marzo se habia corrido hácia Baracoa, y del que no se tenian noticias hacia un mes. El 8 de Junio capitularon en el Cobre el resto de las fuerzas de Crombet, Higinio Vazquez, José y Agustin Cebreiro, con 17 jefes y oficiales, 160 hombres y 170 de familia, y el 10 habiendo llegado ya Martinez Freire lo hicieron en Alto Songo las fuerzas del brigadier Moncada (Guillermon), compuestas de los regimientos de Cuba y Cauto con 2 coroneles, 68 jefes y oficiales, 6 prefectos y subprefectos y hasta unas 1.500 personas, con lo que quedó el departamento Oriental limpio de insurrectos y la Isla completamente pacificada, pues ya habian tenido lugar las presentaciones de Tunas y Holguin.

En esta Comandancia general, y á pesar de su salud resentida por trabajos excesivos, habia seguido el general Prendergast las negociaciones empezadas en la entrevista que tuvo con Vicente García el 26, llevándolas á un término feliz con la deposicion de armas hecha en Rompe el 6 de Junio por 3 brigadieres, 3 coroneles, 1.185 hombres y unas 500 personas de familia. Vicente García llegó el mismo dia á Manati, embarcándose con 26 jefes y oficiales, unos 50 soldados y 25 de familia, á bordo del vapor *Guadalquivir* que los trasladó á San Thómas, desde donde debian marchar á Venezuela.

La guerra ha terminado; pero sería este estudio incompleto si no diera á conocer los actores de tan sangriento drama y reclamase un recuerdo que no negará la patria agradecida á aquellos de sus hijos que han sacrificado su salud ó su vida por alcanzar la paz y conservar la integridad de su patria.

Al general Martínez Campos se debe indudablemente una paz preparada con sus acertadas medidas militares, su actividad incansable, su constante energía, su habilidad diplomática y generosa política. Su figura se engrandece en esta campaña hasta un punto de que no hay ejemplo en nuestra historia contemporánea. Nadie en nuestra patria, ni fuera de ella, duda de los talentos militares del afortunado caudillo; la campaña de Cuba le coloca bajo el punto de vista político á tal altura, que la imaginacion no encuentra simil sin traer á la memoria los gloriosos recuerdos de nuestros grandes capitanes del siglo xvi. Consecuente, sin embargo, con el propósito manifestado en el prólogo, dejo á otros, y á la historia sobre todo, la tarea de juzgarle, y por la misma razon callo los importantísimos trabajos de D. Joaquin de Jovellar, su digno compañero en el mando de la Isla; los de su segundo D. Luis Prendergast como jefe de Estado Mayor general, tanto más valiosos cuanto más modestamente hechos, así como los elogios que merecen la mayoría de los

generales, jefes y oficiales que han tomado una parte activa en una campaña tan oscura como ruda y difícil.

Desde el principio de la guerra ha sido costumbre de muchos de nuestros publicistas aparentar un profundo desprecio por los soldados cubanos y tener muy en poco su valor y condiciones militares. Los que tal han hecho, si obraban de buena fe, no conocían la insurrección, ó la conocían poco y mal, pues es muy distinta de la suya la opinión de los jefes y soldados que han hecho esta campaña. Ganosos algunos de aquellos escritores de halagar las malas pasiones dominantes y de adquirir una popularidad tan poco merecida como fácilmente ganada, falsearon los hechos y extraviaron la opinión, sin reflexionar que no debía valer tan poco un enemigo que tanto nos costaba vencer, que en las guerras civiles se baten hermanos contra hermanos, que teníamos en nuestras filas muchos soldados, guerrilleros y voluntarios cubanos que se han batido mucho y bien por la causa española, mereciendo las alabanzas que ellos mismos les prodigaban y que se ponían en ridículo con tan distintas apreciaciones sobre soldados de la misma familia.

Los insurrectos tenían innegables y preciosas cualidades militares; los que han llevado durante diez años una vida de fatigas enormes, privaciones increíbles, arrostrando peligros inminentes y diarios, han acreditado sobradamente su resistencia y sobriedad, su constancia y su valor.

Desterrados de las ciudades desde el principio de la guerra, secuestrados por diez años de la vida civilizada, privados de las comodidades y recursos inherentes á la sociedad; el monte ha sido su patria y su morada, encontrando en sus maderas, palmas, yaguas y bejucos elementos para construir sus habitaciones; cuerdas en la majagua; platos, vasos y otros utensilios en el coco y la güira; ropas en los algodones y guacacoas; sombreros en el yarey; alimentos en las frutas, boniatos, yucas y otras raíces; y azúcar, miel, cera,

aceites, medicinas y recursos variadísimos para satisfacer todas sus necesidades.

El monte no ha tenido secretos para ellos, y de día y de noche, en medio de bosques monotonos por su espesa frondosidad, se dirigian sin vacilar hácia el punto deseado, con tanta seguridad como se arrumba el marino en las extensas soledades del Océano. Han llegado á leer en el monte como en un libro, dejando muy atrás las ficciones del gran novelista norte-americano, al describirnos la sagaz perspicacia de los indios seguidores de rastros de las antiguas tribus que poblaban sus bosques y praderas. Ellos buscarán sin titubear la caza que perseguís, la planta ó raiz que necesitais, la fruta que ha de saciar vuestra hambre, el sitio en que seguramente se hallará el agua que ha de apagar vuestra sed. La necesidad, el peligro y el hábito han dado á sus sentidos una maravillosa finura de percepcion: la yerba apénas doblegada, la rama tronchada, la hoja caída, el canto y vuelo de ciertas aves, la huella medio borrada de los animales, la disposicion de los tizones de una hoguera apagada, el color de la ceniza, el olor del humo, el peculiar de cada raza humana, y otros mil indicios imperceptibles para cualquiera otro, observados con una perspicacia inconcebible y analizados con una sagacidad admirable, son para el cubano práctico del monte otros tantos datos seguros; páginas en que lee claramente cuanto un testigo ocular pudiera decirle. Ellos os dirán si hay gente cerca, cuántos han acampado en un sitio, cuántos han pasado por una senda, su sexo, su raza, si iban despacio ó deprisa, cuántos días ú horas hace, hácia donde se dirigen; sin equivocarse un falso rastro con el verdadero, y os darán detalles que sorprenden en un principio y que se oirían siempre con incredulidad, si no razonaran el origen de sus aseveraciones, y los hechos no hubieran justificado una y otra vez sus más inverosímiles asertos.

En las épocas de operaciones activas, no han tenido por

mucho tiempo más comida que alguna fruta ó raíz ó algun trozo de caña dulce, dando pruebas de una sobriedad que sólo viéndola puede creerse: han hecho marchas constantes y asombrosas; casi siempre han estado mal vestidos, sin abrigo, sin raciones, y sin paga ninguna, sin que su constancia y desinterés se desmintieran con una vida tan amarga y peligrosa, y sin ceder su valor hasta que la magnánima política del general Martínez Campos ha conseguido lo que nunca pudo la severidad.

Cierto es que la falta de jefes subalternos y la carencia de instruccion y disciplina los hacian muy inferiores á nuestros soldados, para batirse en órden y al descubierto, pero con todas estas desventajas lo han hecho muchas veces con valor, y en los combates individuales, de guerrillas, sorpresas y emboscadas, han mostrado una agilidad, un ánimo, sangre fria y sagacidad tales, que ayudados por su conocimiento del monte, hacía de cada uno de ellos un jefe, y de todos, un enemigo terrible por su astúcia, audacia y movilidad, como si con la sangre española hubieran heredado las cualidades instintivas de los guerrilleros, que tan pródigamente ha producido nuestra patria desde Viriato á Mina, y los innumerables que en nuestras últimas guerras civiles se han distinguido.

Los voluntarios de Cuba han prestado considerables servicios á la causa nacional. Comerciantes, artesanos y jornaleros que en su mayor parte vivian de su trabajo personal, han permanecido diez años sobre las armas, sacrificando sus intereses particulares ante el peligro de su patria.

Los de las ciudades han cubierto todos los servicios de las guardias y fuertes de las plazas, permitiendo que, fiado el Gobierno en su nunca desmentido patriotismo, pudiera emplear en las operaciones activas de campaña gran número de soldados de las guarniciones cuyos servicios tomaron á su cargo.

Momento ha habido en que malos cubanos, pagando con

negra ingratitud los esfuerzos y beneficios de un Gobierno que sólo ansiaba la felicidad de la Isla, emplearon las libertades generosamente concedidas, para insultar con ridículas caricaturas y difamar con las publicaciones de una prensa desencadenada, á las autoridades, al Gobierno y á la nacion que tan magnánimos se mostraban: momento ha habido en que algun español estúpido ó mal intencionado, ganoso de popularidad de mala especie, ó incitado quizás por móviles más torpemente interesados, procuraron sacar partido de hechos poco importantes en sí mismos para conseguir su miserable objeto. Alarmada la opinion pública en uno y otro caso, excitados los ánimos hasta la exaltacion y explotada quizás la buena fe y el amor patrio irreflexivo de los voluntarios, por gentes aviesas y mal intencionadas, interesadas en deshorrar la causa española, llegó aquel Cuerpo á perturbar el orden que debiera mantener, poniendo en peligro la causa misma que creía salvar con su conducta desordenada. Pero extravíos tan momentáneos han sido compensados con creces, por la influencia verdaderamente salvadora que tuvo su actitud desde el primer momento de su creacion, y por toda clase de constantes sacrificios hechos en el desempeño de servicios tan importantes como prolongados.

Meritoria en grado sumo ha sido la conducta de los voluntarios de los pueblos enclavados en el territorio de la guerra. Dependientes de su trabajo personal aún más que los de las ciudades, cortos en número, y blanco seguro de los odios del enemigo, tanto por sus conocimientos prácticos de las localidades respectivas, como por ser muchos de ellos cubanos de nacimiento; han prestado continua y desinteresadamente servicios penosos en la guarnicion de los fortines de defensa de los poblados y zonas de cultivo, batiéndose con frecuencia, no sólo para defender sus casas y sembrados, sino acompañando á nuestras tropas en muchas expediciones ó supliéndolas en las conducciones de convoyes, correos y

otros servicios, según mencioné al hablar de los de las jurisdicciones de las Tunas y Holguín, no haciendo ahora el elogio de los de ningún pueblo en particular, porque para ser justo tendría que citar los de casi todos los poblados de la Isla.

A nuestro lado han combatido también gran número de hijos de Cuba, organizados en compañías de bomberos, guerrillas locales y batallones de las mismas, demostrando gran valor y constancia unidas á la sagacidad del enemigo, y dando pruebas de una fidelidad á la causa española rara vez desmentida. Ellos se han batido sin cesar, ya solos, ya acompañando á nuestras columnas, á las que han prestado una cooperación inestimable, haciendo continuamente utilísimos servicios de exploración y reconocimientos.

Cubanos eran también los soldados de esas valientes escuadras de Guantánamo, cuyo nombre está asociado al de nuestros más brillantes batallones, en cuantos hechos de armas ha habido en los ásperos montes de aquella jurisdicción, y cubanos también los jefes que las dirigían de padres á hijos, transmitiéndose con un valor indomable y una inteligencia superior de esta guerra, un amor nunca desmentido hácia nuestra España.

Muchos han sido también los negros y mulatos que han militado en nuestras filas, ya como soldados voluntarios, ya como guerrilleros, ya en los batallones de milicias de color, de libertos ó de obreros. Su constancia, sobriedad y valor han sido admirables. La Isla entera está cubierta de sus obras militares, trochas, torres, reductos, barracones, hospitales, almacenes, puentes, caminos y líneas telegráficas. Nuestro modesto é inteligente Cuerpo de ingenieros militares ha encontrado un excelente auxiliar en estos soldados, que bajo sus órdenes se han batido á menudo al par que continuaban sus trabajos. Digna de mención entre sus muchas y sólidas cualidades es su fidelidad á nuestra causa,

siendo rarísimos los casos de desercion que entre ellos se cuentan.

Hijos de Cuba eran, por último, esos innumerables guías (prácticos) de nuestras columnas, conocedores profundos del terreno, del monte, de sus recursos y de los que el enemigo podia necesitar y encontrar, sin cuya inteligente cooperacion hubieran sido muchas de nuestras operaciones difíciles de llevar á cabo y de escasos resultados.

La marina se ha hecho en alto grado acreedora al agradecimiento de la patria. El Jefe del Apostadero ha procurado atender á necesidades apremiantes con escasísimos recursos y un material casi inútil. El Comandante de la division naval de operaciones, inspirando su actividad y buenos deseos á los jefes y oficiales á sus órdenes, y admirablemente secundado por ellos, ha prestado incansablemente preciosos servicios á costa de trabajos penosos y poco brillantes por su índole y la de la campaña, sacando un partido increíble de un material antiguo y ruinoso en su mayor parte. Los trasportes y barcos medianos (pequeños en cualquiera otra marina) han multiplicado sus viajes de transporte de tropa y conduccion de víveres, y sus cruceros para vigilar la costa, supliendo la actividad de los oficiales y los trabajos incesantes de las tripulaciones, las deficiencias de los viejos buques, y arrostrando con inteligente valor los peligros á que las condiciones de éstos, la naturaleza de las costas y las exigencias de la campaña les exponia. Los barcos pequeños, cañoneros y lanchas y hasta botes, han hecho frecuentemente comisiones propias de barcos de más porte y empuje, y diariamente trasportes de víveres, tropas y enfermos, y racionamientos de fuertes y torres aisladas sobre la costa ó en los laberintos de canalizos que forman los manglares, metiéndose por do quier en canales desconocidos y malsanos, entre peligrosos arrecifes, ó aguantándose en malos tiempos sobre costas abiertas para prestar con sus embarcaciones menores algun servicio urgente á las tropas. Las

guarniciones de las torres y los soldados de los campamentos de las costas les deben inapreciables servicios, y así lo comprendían, saludando con alegre agradecimiento las periódicas apariciones de estos pequeños buques.

Uníase á los mencionados servicios, la vigilancia de una costa baja y sucia, pantanosa y cubierta de una vigorosa vegetación, cruzada por una red de esteros y estrechos canales, coronada de arrecifes traidores y bordada de numerosos islotes (cayos), entre los que podía deslizarse fácilmente alguna pequeña embarcación. Sin embargo de tantas y tantas dificultades aglomeradas contra ella, á fuerza de constante vigilancia, de estacionar botes en las pasas y puntos ménos accesibles, y de un trabajo tanto más penoso cuanto que la escasez de personal no permitía asignar más de un oficial á cada uno de esos cañoneros, la marina ha conseguido cortar casi por completo las comunicaciones directas del enemigo con el exterior, y con frecuencia ha causado graves daños á la insurrección haciendo atrevidos desembarcos para destruir las numerosas fábricas de sal que en la costa habían establecido, ó las embarcaciones que construían.

Si los trabajos hechos acreditan una celosa actividad, la utilización del material de que han dispuesto acredita sobradamente su inteligencia, siendo admirable que en esta campaña, con tanto buque pequeño, viejo y de malas condiciones, en movimiento incesante por sitios poco conocidos ó absolutamente inexplorados, no haya habido que lamentar la pérdida de ninguno de ellos. La marina puede estar satisfecha de un comportamiento que ha excedido en mucho las esperanzas que en su cooperación se tenían, habiéndose adquirido el sincero aprecio de sus compañeros de armas del ejército.

También ha prestado servicios importantes de transporte la marina mercante, y el ejército de la Isla recordará siempre agradecido el nombre de alguno de los capitanes de la

línea del Norte, Gana, Ron y algun otro, y muy especialmente el de los vapores del Sur, *Callejo, Muniategui, Artaza, Lavin y Crespo*, cuyos nombres consigno como recuerdo de su humana conducta para los enfermos y heridos, y el esmero y atenciones para todos los individuos del ejército.

· ¡El soldado! ¡pobre pluma la mia, y nunca más de veras he lamentado mi insuficiencia para pintar sus miserias y privaciones, sus fatigosos servicios, su animosa resignacion, su valor indomable y generoso!

Cuba libre, que en sus espesos, ásperos y enmarañados montes ofrecia abrigo y recursos á los naturales, era para nuestro soldado un desierto inmenso é insalubre en que ninguna necesidad podia satisfacer. El máximum de calor y de humedad que desarrolla en los umbríos bosques de la Isla, esas manifestaciones de una vida vegetal, exuberante, que excede á cuanto la imaginacion más brillante puede idear, desarrolla al mismo tiempo y como fatal compensacion esa atmósfera deletérea que pone en inminente y continuo peligro la vida de nuestras tropas.

La especial índole de esta campaña obligaba á nuestras columnas á una movilidad contínua; las operaciones se hacian frecuentemente siguiendo los rastros del enemigo fuera de caminos, por montes ásperos ó abriéndose paso á machete á través de enmarañadas espesuras, sin posibilidad de llevar acémilas ni tiendas, abrigos, ni impedimenta de ningún género. Cada cual debia llevar consigo lo que necesitaba, además de su armamento, municiones y víveres para cinco ó seis dias. Nuestro sistema de no dar reposo al enemigo traia consigo marchas incesantes bajo un sol abrasador, calados casi diariamente por lluvias torrenciales, siempre por malos caminos ó á campo traviesa, por terrenos blandos y pegajosos en que á cada paso se hundia el soldado hasta media pierna, y en los que á las pocas horas de marcha eran contados los que no habian

dejado sus zapatos enterrados en los pantanosos barri-
zales.

¡Cuántas y cuántas veces tras una jornada penosísima se han visto en la precision de acampar en terrenos engua-
chardados por las lluvias! ¡Cuántas han descansado sus
cuerpos rendidos sobre yerbas húmedas ó sobre el barro, y
el agua y la humedad les han impedido hacer lumbre para
hacer su comida, secar sus ropas ó ahuyentar las innume-
rables legiones de mosquitos de todas clases, que sedientos
de sangre convertian la noche en un martirio aún más in-
tolerante que la marcha más fatigosa!

Como ciertos servicios no se organizan de repente, y las
improvisaciones son siempre defectuosas, á pesar de los
cuidadosos desvelos del General en jefe y de la vigilancia
de todos sus subordinados, han sufrido todos, soldados y
oficiales, miserias y privaciones de todo género, han cono-
cido el martirio del hambre alguna vez, y más á menudo,
el todavía más cruel de la sed. Ellos se han batido siempre
con arrojo decidido; han recibido con sangre fria las sor-
presas y emboscadas del enemigo; han pasado largos meses
de monotono aislamiento encerrados en torres y fortines
léjos de los centros y continuamente acechados por gentes
astutas y pacientes que aprovechaban sus menores descui-
dos; se han identificado con los hijos del país, asimilándose
sus buenas cualidades sin perder las propias; ellos han con-
tribuido á toda clase de construcciones militares desde el
campamento al fortin, desde la barraca al hospital; no han
visto las poblaciones sino para ir á ocupar un lecho en el
hospital, y recibian sus pagas con años de retraso; raro es
el que no ha visto su salud minada por fiebres pertinaces ó
úlceras rebeldes; sus filas han sido aclaradas en proporci-
ones horribles por las balas enemigas y por enfermedades
cruelles; y en medio de tanta fatiga, privacion, sufrimiento
y peligro, no se ha oido un murmullo de descontento,
ni su ánimo ha decaido, ni se ha entibiado su valor y entu-

siasmo, ni han perdido la resignacion alegre que les caracterizaba. Jamás han contado su número para buscar al enemigo, ni se han arredrado ante sus posiciones, y sus caras anémicas y desencajadas por la enfermedad se animaban á la idea del combate, desarrollando cualidades tales de buen humor, sobriedad, constancia y valor, que harian de ellos, con poca instruccion, el primer soldado del mundo.

Lo digo con orgullo nacional, pero sin que la pasion me ciegue: cuando reflexiono sobre las dificultades que la falta de organizacion y atraso de nuestro ejército y servicios militares, las miserias de nuestro Erario, y las que las especiales condiciones del terreno, del clima y del enemigo, han aglomerado como á porfia contra nuestras tropas, no temo asegurar que los primeros ejércitos de Europa, con sus trenes, parques, ambulancias y todos los recursos que una nacion rica y una organizacion militar adelantada pueden dar al soldado, hubieran hecho en igualdad de número muchísimo ménos, con mayores pérdidas, y sin mostrar las grandes virtudes militares que nuestro ejército ha patentizado; y que el de cualquiera otra nacion, por muy instruido que sea, colocado en las condiciones en que nuestro ejército ha hecho la campaña, hubiera tenido una série de terribles fracasos, donde nosotros hemos obtenido tan felices resultados.

No ménos que su valor y constancia, es de admirar la humanitaria conducta y generoso ánimo de nuestras tropas. Ni las fatigas, ni los sufrimientos, ni las ingratitudes, ni aún las crueldades que el enemigo ha cometido con varios prisioneros, han bastado para generalizar un deseo de venganza, y si los presentados y prisioneros han encontrado jefes y autoridades que los recibian paternalmente, tambien han hallado, desde el primer momento, un amigo compasivo en cada soldado, que no sólo les ayudaba en todos sus trabajos de instalacion y cultivo, sino que á pesar de sus propias escaseces, nunca se ha encontrado bastante pobre,

para dejar de partir con el enemigo vencido sus víveres y escasas ropas y recursos.

Ellos y la conducta política del General en jefe, han cerrado esa llaga que durante diez años ha destrozado á Cuba y desangrado á España; y si el primer deber de todo ciudadano es el de servir á su patria, nuestros soldados pueden regresar á sus hogares con la íntima satisfacción de haber cumplido sus deberes como los mejores españoles. Sus conciudadanos pueden saludarlos con cariñoso respeto, porque bajo su tosca y modesta apariencia, hay en cada soldado que ha hecho la campaña de Cuba un héroe de valor, resignacion y generosidad; un mártir de su patria; un verdadero español.

Termina aquí la reseña histórica de esta campaña; pero aún falta algo que haga este estudio ménos incompleto y más provechoso. Numerosas publicaciones, anteriores las unas, y dadas á luz las otras miéntras redactaba yo estos apuntes, se ocupan del exámen histórico-filosófico de las causas que originaron tan sangrienta insurreccion, del de los medios de evitar su reproduccion y del de los de devolver á esta rica Antilla su antigua prosperidad, desarrollando su riqueza y vida pública bajo sólidas bases. No añadiré yo á tantas otras una narracion harto conocida de todos los que saben algo de nuestra historia colonial, ni á tantos planes uno nuevo para la reorganizacion político-administrativa de Cuba, pero séame lícito hacer algunas consideraciones que de este estudio se deducen, y que son importantes cualquiera que sea el plan que el Gobierno se proponga seguir.

Prescindiendo de las causas que originaron este conflicto, son varias y gravísimas las faltas de nuestros Gobiernos que contribuyeron de consuno al rápido incremento material que desde su principio tomó la insurreccion, y á la excesiva duracion del mal; pero de ellas son á mi juicio las principales:

Primera: el apático abandono de los Gobiernos anteriores, pues como dije al principio, la situación prevista y anunciada por todo el mundo, cogió á nuestras autoridades, no de sorpresa, pero sí completamente desprevenidas, sin armas y sin soldados.

Segunda: la lentitud y parsimonia con que se han enviado los refuerzos á la Isla, como si no se tratara de sofocar la rebelion y aniquilar al enemigo, sino de mantenerle en jaque, cubriendo con nuevas víctimas los vacíos que las ya sacrificadas, causaban en nuestras filas. No es pertinente, en este lugar, el exámen de las causas, poderosas muchas de ellas, que han forzado á nuestros Gobiernos á obrar de un modo tan inconveniente para terminar la guerra; pero es de innegable evidencia, que un poderoso esfuerzo para enviar de una sola vez sesenta mil hombres, al principiar la rebelion, hubiera cortado el mal de raíz, ántes que el enemigo se hubiera aguerrido con nuestras lecciones y á nuestra costa, mucho más económica y políticamente, que con esa sangría prolongada por diez años consecutivos. La nacion se hubiera ahorrado más de cien mil de sus hijos muertos ó inutilizados, y otros tantos millones de duros; los campos de Cuba no estarían completamente assolados y destruidas sus riquezas, sin calcular los gravísimos males morales que la rebelion ha producido.

Por último: la falta de conocimientos topográficos de una Isla que hace cuatro siglos que poseemos, la escasez de medios de comunicacion y de trasporte, y sobre todo, la carencia de caminos, han sido causas de incalculables pérdidas de hombres, dinero y tiempo, y uno de los más graves obstáculos con que todos los generales han tenido que luchar en esta campaña. La nacion ha pagado cara y sangrientamente la incuria de sus gobernantes. Con alguna prevision se podía haber aprovechado la buena voluntad y riqueza del país, y la Isla hubiera estado el 68 cruzada en todos sentidos por los ferro-carriles; el desarrollo de las rentas

públicas hubiera compensado con creces las subvenciones de construcción, pequeñas en un país en que los terrenos que no hubieran sido baldíos ó de realengo, hubieran sido regalados por sus propietarios, lo mismo que todas las maderas necesarias para hacer las obras. Los gastos originados por la falta de vías férreas durante la campaña exceden en mucho á las más crecidas subvenciones, y es por otra parte probable, que, á haber contado con una buena red de comunicaciones, la insurrección no hubiera estallado, ó cuando ménos, hubiera sido de escasa importancia. Apoyan nuestro juicio la suerte de los distritos más ricos y poblados del departamento Occidental, que apenas han conocido los males de la guerra.

No es esta ocasión de decidir si es preferible un ferrocarril central, que, dividiendo la Isla en sentido longitudinal, una la Habana con Santiago de Cuba, partiendo de Villa-Clara, donde ahora llega, y pasando por Spíritus, Ciego de Ávila, Puerto-Príncipe, Guaimaro, Tunas, Bayamo, Jiguani y San Luis, poblaciones que nada tienen que cambiar entre sí, y que por consiguiente, harían de esta línea una vía completamente militar de 200 leguas casi irproductivas; ó bien, si es más conveniente la construcción relativamente fácil y rápida, y seguramente reproductiva, de líneas pequeñas que unieran Puerto-Príncipe con Santa Cruz del Sur; Las Tunas con Maniabou y Puerto-Padre; Holguín con Jibara; Bayamo con Manzanillo, y Mayarí y Sagua con San Luis y Cuba. Estas últimas llenarían en mi juicio el objeto militar, ofreciendo las ventajas de facilidad de ejecución y economía en los transportes, y hechas y administradas con economía, la de sostenerse por sí mismas desde el principio, y contribuir eficaz y poderosamente al desarrollo de la riqueza de la Isla; pero cualquiera que sea la decisión de las personas competentes, debe llevarse á cabo sin levantar mano hasta haber terminado tan importantes obras.

Elemento poderoso de fuerza material para la insurrección

cion han sido algunos millares de negros esclavos que desde un principio se lanzaron al campo, bastante de ellos siguiendo á sus antiguos amos que nunca creyeron en la duracion de la lucha, y elemento temible para cualquier agitador que quiera producir una terrible conflagracion son los 160.000 esclavos que aún trabajan en los campos de Cuba. No olviden nuestros gobernantes que si la paz tal cual se ha hecho ofrece más garantías que si todos los jefes rebeldes hubieran depuesto sus armas en 28 de Febrero, por la division en que han quedado elementos revolucionarios que de otro modo no hubieran perdido su cohesion, los odios políticos no son eternos, y que si en la Península se han entendido el 68 los vencidos y vencedores del 66, es aún más fácil que se unan en Cuba camagüeyanos y orientales que despues de todo han obrado del mismo modo con diferencia de dias, y sin que ningun arroyo de sangre los separe. La fiebre de las revoluciones y luchas civiles deja á los partidarios desengañados y debilitados, pero muchos de ellos despechados y convulsos y con fuerza sobrada para destruir, si bien desprovistos de la constancia y vitalidad necesarias para hacer el bien.

No insisto más sobre cuestion tan trascendental, porque la ley Moret, que tantas veces he mencionado, promete plantear la de emancipacion tan luégo como los diputados cubanos lleguen á las Córtes, y esto va por fin á suceder, y además porque creo que el nuevo Capitan general de la Isla tiene una conviccion profunda de que no hay tranquilidad posible ni duradera en Cuba miéntras no desaparezca esa llaga social que predispone á un verdadero ejército de esclavos y contratados asiáticos, hombres sóbrios, ágiles y robustos, á escuchar las promesas de libertad hechas por cualquier perturbador.

La agricultura y aún la industria cubana se resienten de la escasez de brazos, y seguramente se agitan ya varios proyectos para su importacion.

Los colonos negros serian excelentes, pero su emancipacion aún no terminada en la Isla, su ignorancia para contratar por sí ó por medio de sus representantes, la abundancia de tierras fértiles en sus propios países, y sobre todo los recelos que inspiraria á todas las naciones civilizadas cualquiera inmigracion que se juzgara como continuacion de la trata y de la esclavitud, hacen imposible la realizacion de este proyecto, y razones análogas explican los insuperables obstáculos con que tropezaria la importacion de coolies indios que son por otra parte más débiles y flojos que los negros para nuestros trabajos.

Los emigrantes europeos, hijos en su mayoría de las naciones del Norte, encuentran en los Estados-Unidos, Australia y América del Sur, con tierras abundantes y fértiles, un clima y una agricultura más conformes con sus hábitos y naturaleza que lo que en Cuba puede ofrecérseles.

Los yucatecos y canarios tienen mejores condiciones que ningun otro, y de esos países tan similares á Cuba por su clima y producciones debería procurarse una inmigracion benéfica; pero los unos son muy escasos y los otros tienen al lado el extenso y fértil continente africano, que el Gobierno español debe tener siempre presente, y todos ellos son insuficientes para satisfacer las necesidades de la industria agrícola de esta Isla.

Finalmente, el único país que sobrado de habitantes puede dar inmigracion suficiente con alivio de su propia miseria es la China. Sé que últimamente se ha levantado una cruzada contra los chinos en los Estados-Unidos, y especialmente en California; pero aún cuando algunas acusaciones, como las de inmoralidad en su conducta privada y abandono de sus personas que se les hacen sean fundadas, son debidas en parte á las leyes y costumbres norte-americanas y tienen fácil remedio; y otras, como la de que monopolizan las pequeñas industrias y agriculturas, son hijas de su sobriedad, economía y aplicacion, cualidades que no serian

seguramente por ahora un mal en la isla de Cuba. He visto los chinos en su propio país, en Cuba, en la India y en Filipinas, donde son excelentes horticultores, y si no son unos jornaleros modelos donde están ligados por contratos leoninos, son en cambio más civilizados é inteligentes que los indios y los negros; donde tienen libertad trabajan mucho y bien como colonos independientes ó socios interesados, y tengo la convicción de que no trayendo como hasta ahora se ha hecho la hez de las cercanías de Macas y de Canton, sino verdaderos labradores pobres que por desgracia sobran allí, y tratados con alguna generosidad y con justicia sobre todo, resolverían el problema de la falta de brazos con grandes ventajas para los hacendados cubanos que sepan y quieran interesarlos en sus explotaciones. En cuanto al Gobierno, en Cuba como en Filipinas, encontraría en los chinos, ya como pequeños labradores, ya como industriales, los súbditos más tranquilos y los mejores pagadores de toda clase de impuestos y contribuciones, siempre que se les garantice su libertad de iniciativa dentro de las leyes comunes.

Otras causas orgánicas han contribuido á dar una exagerada robustez á la insurrección; pero seguramente son las citadas las más importantes, y todas ellas tendrían remedio fácilmente si el Gobierno atiende á lo que de ellas se deduce. Vivir con prevision, obrar con rapidez y potentemente facilitar las comunicaciones y resolver el problema de la esclavitud conforme lo exigen la humanidad y la conveniencia de nuestra España.

Aunque más complejas, no son tampoco difíciles de señalar las causas morales que originaron y sostuvieron la guerra, si bien sea obra de lenta paciencia borrar las prevenciones y áun los odios que han hecho nacer en los espíritus de muchos hijos del país.

Las amarguras y ruinas ocasionadas por la lucha han destruido poco á poco las quiméricas esperanzas de la mayoría de los cubanos, pero no han desarraigado los sen-

timientos de hostilidad hacia nuestros Gobiernos profundamente implantados en sus corazones, y la tranquilidad será efímera en Cuba y no habrá verdadera armonía entre la Isla y la Península, mientras que el convencimiento hoy general de su impotencia para vivir independientes y de que bajo ninguna otra forma hallarán más ventajas que en su unión á España, no se añada el de la igualdad de sus derechos político-administrativos que ahora acaban de concedérseles con el de los demás españoles, y sobre todo mientras no exista entre unos y otros una comunidad de intereses materiales fácil de desarrollar con recíproca utilidad y ventajas para la nación.

Por triste experiencia saben los cubanos, como sabemos todos los españoles, que la influencia de las instituciones políticas es lenta y no de una influencia tan decisiva como fuera de desear para curar males morales. Las virtudes y la corrupción no son patrimonio exclusivo de ningún sistema de gobierno, y aunque alguno favorezca más el desarrollo de las unas y la destrucción de la otra, virtudes y corrupción hubo, hay y habrá con cualquiera forma, y con cualquiera se puede y se debe aumentar las unas y disminuir la otra.

No hay para la causa española en Cuba más que una bandera, sólo ella puede cicatrizar dolorosas llagas, llevar la paz á los corazones, la tranquilidad á la mente y la confianza á todos los nacionales y extranjeros que, ansiosos de paz, no pueden recordar el pasado sin abrigar dudas y fomentar timideces que perjudican al porvenir. Seguro estoy de que aparte de las cuestiones de forma y de detalle, la parte política de los centenares de planes y proyectos presentados para la pacificación y reorganización de la Isla, pueden sintetizarse en la bandera que proclamo como única salvadora y compatible, como digo en el párrafo anterior, con cualquier sistema, moralidad y justicia.

Nuestros Gobiernos, en general, han mostrado tanta

tibieza para buscar el bien, tan poca energía para desarraigar el mal, que su apatía ha cundido de la cabeza hasta las más ínfimas esferas de la acción gubernamental, y explica sin justificarla la indolente tranquilidad con que generalmente se ven ó saben, los abusos, desmanes y malversaciones más escandalosos. Satisfecha la mayoría con no ser víctima de ciertos atropellos, ó no participar del fruto de ciertas rapiñas, llega á extremo tal la falta de fe moral y la relajación de sus más primordiales preceptos, que se oye con frecuencia calificar de generosidad y bondad de corazón el no impedir, el no denunciar y aún el dejar impunes escandalosos abusos, que podían evitarse los unos, ó que castigados los otros con justicia, servirían al ménos para impedir que su repetición convierta el abuso en costumbre, y que se disfracen con nombre de virtudes nuestra indolente complacencia y nuestra punible debilidad.

Este es un mal general en nuestra patria; los lazos morales se han aflojado; los apetitos materiales han crecido en proporción, y son débiles barreras para oponerse á aquellos males, la inestabilidad, falta de antecedentes, é ignorancia de su cometido, de muchos de los empleados que á las colonias se mandan, sin dar ninguna garantía de su capacidad, y sin que la reciban ellos de la duración de sus destinos. ¿Qué se puede esperar de empleados que empiezan á servir al Gobierno en su edad madura, admitiendo un destino que saben que durará tanto ó ménos que la influencia del padrino que se lo ha buscado, ó que el ministro que firmó su credencial, para emprender un viaje de mil leguas y servir en un país desconocido, en el que expone su vida, y en el que una cesantía anticipada le dejaría en la miseria?

Ha variado tan fácil y rápidamente el personal de empleados, y se han tenido las condiciones de los agraciados tan poco en cuenta, que se ha dado el caso de presentarse en un mismo día dos personas nombradas para desempeñar el mismo cargo, uno de los cuales había hecho un viaje

largo y penoso y expuesto su vida, para volver á su costa á la Península, sin más resultado que el de conocer á su sucesor. ¿Qué moralidad se puede exigir al dichoso poseedor de la credencial de fecha más moderna? ¿No vivirá siempre bajo el pensamiento desmoralizador de que el próximo correo le traerá un relevo que le coloque en la angustiosa situación en que él colocó á su antecesor? También se ha dado el caso de ser el empleado tan absolutamente inepto para ocupar, ya que no para desempeñar su destino, que la autoridad no se ha atrevido á darle posesion de él; pero si ejemplos de ignorancia tan crasa son raros, lo son más aún los de oposición á la voluntad de los ministros, y éstos debieran cuidar de no poner á sus subordinados en semejantes conflictos.

Con razon sobrada dice un amigo mio: «No me ocupo de política, pero conozco los cambios de gabinete, y hasta me figuro los nombres de los ministros entrantes y salientes, examinando los más repetidos en las listas de empleados que vienen en los vapores correos, y las de los cesantes que regresan á la Península; y añade: Cuando veo que un español empieza á distinguirse como literato ú orador, me digo que nunca le conoceré, porque ni ellos vienen por acá ni yo puedo ir por allá; pero abrigo la seguridad de conocer pronto á sus hermanos y primos, tíos y sobrinos, y nunca he dejado de satisfacer mi curiosidad, si bien confirmando más y más mi idea de que si todos los que pertenecen á ciertas familias pueden ocupar toda clase de buenos destinos, son raros los que tienen aptitud para desempeñarlos, y la corte de España monopoliza los mejores; y que la naturaleza, avara de sus dones, no desarrolla un fruto con lozanía, sin que se resientan la mayor parte de los que del mismo tronco reciben vida.»

No se me oculta que se tachará lo dicho de trivial; todo ello se ha repetido hasta la saciedad, nadie lo ignora; pero el mal no se ha remediado, y es uno de los cánceres más

graves, que no sólo perjudica á nuestras antiguas colonias, sino que debilita la union que entre ellas y la metrópoli debe existir. Sin que se vean los esfuerzos del Gobierno para su extirpacion, no debe esperarse que mejore en ellas el espíritu público.

Si la falta de moralidad en la Administracion es de consecuencias funestísimas, aún son más fatales las que la falta de justicia trae consigo, porque su influjo abarca más ancho campo, y se hace sentir en los rincones más apartados de los centros de Gobierno, pudiendo decirse que allí donde la equidad no existe, la arbitrariedad se entroniza y la justicia se esconde, no hay paz asegurada ni tranquilidad posible.

De justicia es que los cubanos sean en lo sucesivo españoles de hecho, como lo son por su nombre é historia, y que sus derechos y deberes se igualen todo lo posible con los del resto de los españoles. Esto se ha empezado á hacer, y en lo sucesivo podrá haber entre ellos diferentes aspiraciones, y tener cada cual su ideal político; podrán apoyar ó censurar un Gobierno, hijo al fin, en cierto modo, de nuestra manera de ser, y en cuya constitucion habrán tomado parte; pero cuando sus diputados hayan tomado asiento en Córtes y hayan ejercido su natural y poderosa influencia en la confeccion de las leyes, no podrán acusar con justicia al resto de las provincias españolas, de tratar de oprimir y explotar á las insulares, en pró de los intereses peninsulares, como hoy lo hacen, acusándonos de imponerles con los exagerados derechos proteccionistas, los productos de nuestra agricultura ó industria, vinos, tejidos, harinas, etc., que podrian adquirir mejores y más baratos en el extranjero, cerrando nuestros mercados á sus tabacos, aguardientes y azúcares, que podrian reanimar el comercio entre ambas provincias, uniéndolas con lazos fuertísimos.

Tiempo es ya efectivamente, y es sobre todo justo, que el patriotismo estrecho, rancio y mal entendido, que no ve

más que los intereses materiales de algunas provincias peninsulares, ceda el paso á principios más justos y morales, y de que desaparezca para siempre toda idea de exclusivista supremacía. Que los intereses cubanos é insulares, estrechamente unidos por un espíritu equitativo de justa reciprocidad, sean intereses de todos los españoles, y no habrá lazo de union entre unos y otros, ni más sólido, ni más duradero.

El egoismo, como sistema de Gobierno, es fatalmente mortal para los que lo practican. No olviden nuestros Gobiernos, no olvidemos los españoles todos, la ruda enseñanza que nuestra historia colonial entraña.

La arbitrariedad inmoral engendra odios implacables, y estas sangrientas revoluciones que quizás se dominen alguna vez por la fuerza, pero que sólo se aplacan con la justicia.

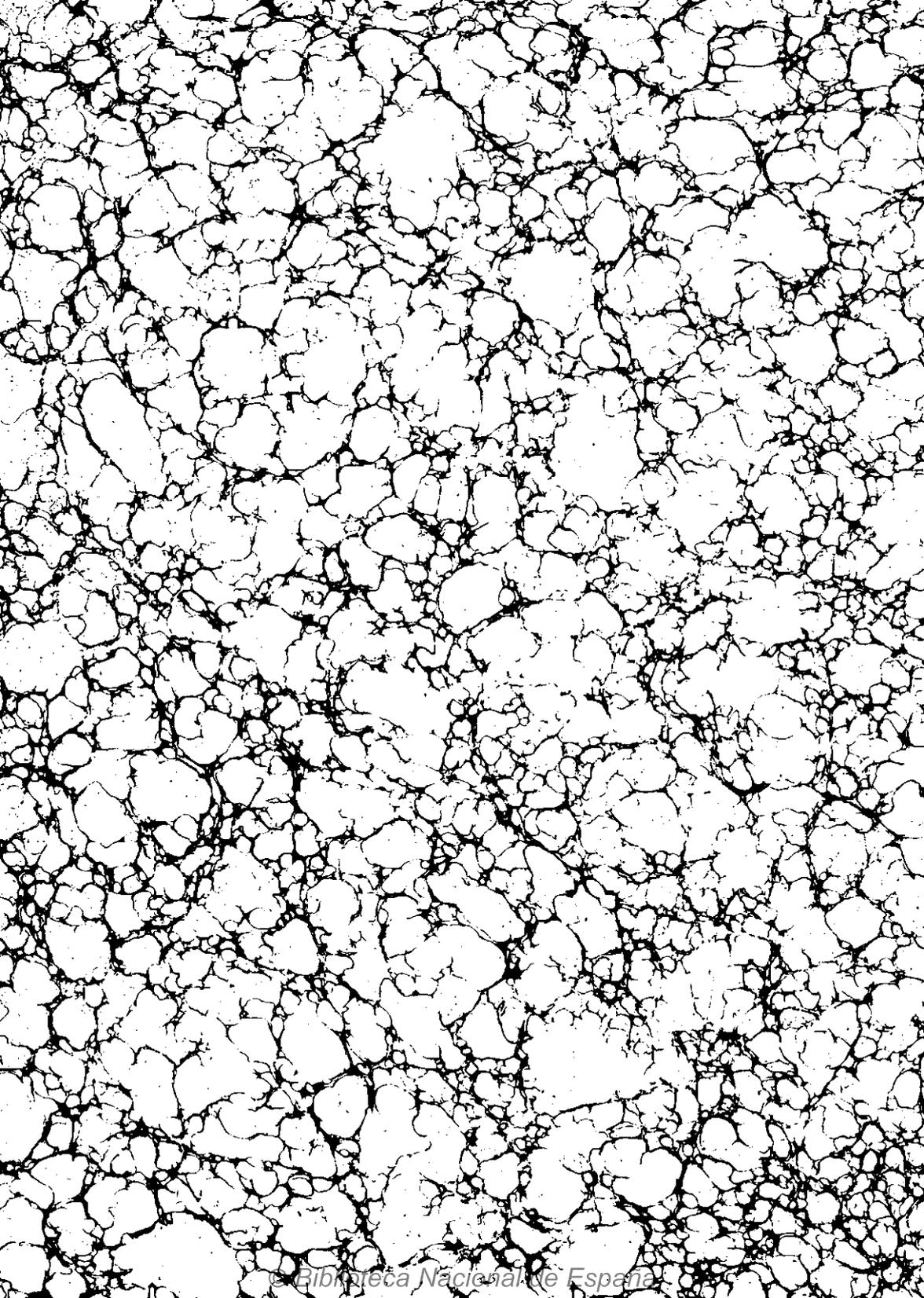
FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO.....	7
I.—OJEADA RETROSPECTIVA.—Principio de la insurreccion.— Separacion de bandos.—Nuestra imprevisión.—Causas que han prolongado la guerra.—Concentraci3n de fuer- zas y habitantes.—Sistemas de oposiciones.—La res- tauraci3n.—Fin de la guerra carlista.—Renuncia del general Jovellar.—Nombramiento del general Mart3nez Campos.—Su aceptaci3n y embarque.....	11
II.—DESCRIPCION DE LA ISLA.—Estado de la insurreccion.— Describei3n general.—Oriente.—Centro.—La Trocha.— Occidente.—Estado de la isla en Noviembre de 1876.— Organizaci3n civil de los insurrectos.—Organizaci3n militar.—Su esp3ritu y esperanzas al empezar la cam- paña.....	22
III.—CAMPAÑA DE LAS VILLAS.—Orden general del ej3rcito.— El general Prendergast.—Plan militar y distribuci3n de fuerzas.—Creaci3n de zonas y centros de operaciones.— Columnas ofensivas.—Humanizaci3n de la guerra.— Ideas y esfuerzos del General.—Conducta de las tropas.— Instrucciones del General á los jefes de columna.—Su inspecci3n.—Subdivisi3n del enemigo y de nuestras columnas.—Resultados obtenidos en Marzo.—Deseos del General.—Sus esfuerzos y medidas pol3ticas.....	35
IV.—GENERALIZACION DE LA CAMPAÑA ACTIVA.—Razones para avanzar y generalizar la campaña.—Preparativos.—Or- den general del ej3rcito.—Avance y establecimiento de las fuerzas.—Estado del Centro.—Operaciones.—Re- construcci3n.—Holguin y Tunas.—Bayamo.—Pri- meros tratos de los jefes insurrectos.—Cuba.—Las Villas.....	53

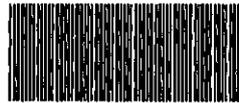
- V.—ADELANTOS MATERIALES Y MORALES.—Inspeccion y trabajos del General en jefe.—Medidas rectoras.—Medidas políticas.—Cambios del espíritu público.—Espíritu del ejército.—Ideas de paz.—Mister Pope.—Desengaño de los insurrectos en la estacion lluviosa.—Captura del presidente Estrada.—Muerte del presidente de la Cámara.—Eleccion de Vicente García.—Estado de la insurreccion.—Nuestro estado..... 77
- VI.—LAS NEGOCIACIONES.—Comision de Estéban Estrada.—Concesion de una zona neutral.—Razones para hacerlo así.—Viaje á la Habana y á las Villas.—Primeras conferencias.—Tratos en distintos puntos.—Restriccion de la zona neutral.—Envío de las bases á los insurrectos.—Conferencia del Chorrillo.—Decision de los insurrectos.—Las bases modificadas y peticion de suspension de hostilidades.—Dudas del General.—Razones para suspender las hostilidades.—Suspension de operaciones.—Análisis de las bases.—Felicitaciones y dudas.—Presentaciones. 99
- VII.—LA PAZ EN CUBA.—Marcha del General á Tunas y Bayamo.—Entrevista con Vicente García.—Actitud de Maceo.—Conferencia de Baraguá.—Preparativos de campaña.—Reorganizacion del gobierno rebelde.—Operaciones y resultados.—Conferencias con Figueredo y embarque de Maceo.—Concesion de zonas neutrales.—Presentaciones.—Los actores de la lucha.—Insurrectos.—Voluntarios.—Milicias cubanas y de color.—Marina de guerra y mercante.—Ejército.—Causas que han prolongado la guerra.—Medios de evitar su reproduccion.. 144







BIBLIOTECA NACIONAL



1000549428



11538560138560115